El Jeroglífico

Edgar Wallace

textos.info
Biblioteca digital abierta

Texto núm. 2987

Título: El Jeroglífico
Autor: Edgar Wallace
Etiquetas: Novela

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 4 de noviembre de 2017
Fecha de modificación: 4 de noviembre de 2017

Edita **textos.info**

Maison Carrée
c/ Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en http://www.textos.info/

I. LA CASA DE LOMBARD STREET

El señor William Spedding de la razón social "Spedding, Mortimer y Larach, Notarios", adquirió el terreno en la forma habitual. La propiedad fue puesta en venta a la muerte de una vieja dama que vivía en Market Harborough (que nada tiene que ver con este relato) y subastóse de una manera completamente normal.

El señor William Spedding adquirió la casa por ciento seis mil libras esterlinas, suma lo bastante elevada para despertar el interés de todos los periódicos de la noche y un gran número de los diarios de la mañana siguiente.

A fin de ser todo lo meticuloso que el caso requiere, añadiré qué los planos para la erección de un nuevo edificio en aquel lugar fueron presentados a la oficina investigadora de la *city*. El arquitecto que los examinó mostróse un poco sorprendido por la disposición interior del nuevo edificio pero como se hallaba conforme con todas las disposiciones que regían la. Erección de casas en la *city* de Londres, y ninguna falta podía encontrarse en su aspecto exterior (su fachada había sido tan artísticamente trazada que uno hubiera podido pasar doce veces en un día ante ella sin observar nada extraordinario en aquella construcción), ni en su sistema de entrada de aire y luz, el hombre se encogió de hombros y dio el visto bueno.

Lo que no comprendo, señor Spedding, —dijo apoyando un dedo sobre el plano, —es cómo su cliente piensa conservar el debido aislamiento. Hay un vestíbulo y un gran hall. ¿Dónde están las oficinas privadas, qué significa esa enorme caja de caudales en medio del *hall* y dónde se sentaran los empleados? Porque supongo que tendrá empleados, ¿no? ¡Pero si no van a tener ni un minuto de paz!

El señor Spedding sonrió comprensivamente.

— ¿Y los sótanos? Creo que para esto hacen falta sótanos.

Y el arquitecto golpeó con un dedo un ángulo de la hoja donde se leía:

"Plano para la erección de un depósito de valores". —Ya está la caja de caudales—replicó el señor Spedding, sonriendo nuevamente. Este William Spedding, que desgraciadamente no se encuentra ya entre nosotros —pues, como explicaré, murió súbitamente —era un hombre alto, delgado, de suaves modales. Fumaba siempre cigarros de los mejores y era de fácil sonrisa, como un hombre muy satisfecho de la vida. Para seguir con los detalles, acaso innecesarios, añadiré que la construcción del nuevo depósito de valores se adjudicó a "Potham y Holloway" que presentaron, como todo el mundo sabe, las condiciones de construcción más elevadas. —Mi cliente desea que el trabajo esté perfectamente realizado—declaró el señor Spedding, observando fijamente al representante del constructor de obras.—Desea un edificio capaz de resistir fuertes conmociones. Algo que no sea repartido a los cuatro puntos cardinales por una ligera explosión de dinamita. El representante asintió con un movimiento de cabeza.

— Usted ya ha leído las condiciones requeridas — siguió el notario, cortando la punta de un nuevo cigarro.—Y en cuanto al pedestal… ¡Ejem!… El pedestal… Se interrumpió mirando al representante de "Potham y Holloway". —Está bien claro—replicó éste. Sacó un manojo de papeles de una cartera que tenía junto a él y leyó: —"Los cimientos serán de hormigón, y de una profundidad de siete metros… El pedestal estará formado por una mezcla de cemento y granito y reforzado con acero… en el centro habrá un departamento de acero de veinticinco centímetros por quince, y de una profundidad de la mitad del propio pedestal".

El notario inclinó la cabeza. —Ese pedestal es la parte más importante de toda la construcción. Ese departamento de acero—ignoro su nombre técnico—que uno de estos días tendrán que llenar sus hombres, es lo segundo en importancia; pero la caja de caudales, que se encontrará a veinte metros sobre el nivel del suelo del edificio será… Pero todo lo de la caja está ya arreglado.

Un ejército de trabajadores apareció en Lombard Street y echó abajo los antiguos edificios. Fue un derribo en toda regla, realizado de una manera eficacísima, que llenó de polvo toda la calle, que se veía llena de camiones que retiraban los escombros. Ni de noche se descansó, trabajándose a la luz de potentes lámparas.

Una mañana, el señor Spedding permaneció bajo la lluvia, protegido por su paraguas de seda, expresando la convicción de que su cliente estaría muy satisfecho por el progreso realizado.

— Veo que no les importa la lluvia—dijo el notario, indicando con un movimiento de barbilla el grupo de sudorosos trabajadores.

El capataz de las obras se limitó a replicar:

— Paga extraordinaria.—Y como queriendo explicar la munificencia de los constructores, añadió: — Ya se indicó en la oferta.

Así, bajo la lluvia y el sol, de día y de noche, fue levantándose el deposito de valores.

Una noche, un carruaje tirado por un solo caballo penetró en la desierta calle y un criado ayudó a descender a un anciano de tembloroso andar y rostro delgado. Presentó una orden escrita al capataz y fue admitido en el interior de la valla de la construcción.

Avanzó por entre los escombros, no hizo ni una sola pregunta, no replicó nada a las explicaciones que le dio el asombrado capataz, que se preguntaba qué de bueno podía tener una obra en construcción para que un anciano acudiera a visitarla a las tres de la mañana, en vez de permanecer en su casa.

El viejo habló tan sólo una vez.

— ¿Dónde estará el pedestal?—preguntó con voz áspera; y cuando el capataz le indicó el lugar donde los obreros estaban llenando los cimientos, el visitante curvó los labios en una desagradable sonrisa que reveló unos dientes demasiado blancos para un hombre de sus años. No dijo nada más; se levantó el cuello del abrigo y regresó lentamente a su coche.

En la obra no volvió a verse más al cliente del señor Spedding—si es que en realidad se trataba del cliente del señor Spedding.— Que se sepa no volvió a presentarse en Lombard Street antes de la terminación del edificio, cuando el último cristal fue colocado en la gran cúpula dorada y la última losa de mármol fue encajada en las adornadas paredes del gran *hall,* ni cuando el notario quedó en muda contemplación ante el enorme pedestal de granito que se levantaba en medio de una maraña de vigas de acero que sostenían una escalera que llevaba a la gigantesca caja de caudales.

El notario no estaba solo, pues a su lado se encontraba el contratista de obras que admiraba en silencio la inmensidad de su creación.

— Ya está listo—dijo y su voz se multiplicó en ecos por los vacíos espacios del edificio.

El notario no replicó.

— Su cliente puede empezar a trabajar mañana mismo, si quiere.

El notario volvióse hacia el contratista.

— Aun no está preparado—replicó suavemente, como asustado de los ecos.

Avanzó hacia las abiertas puertas de acero del *hall.* El contratista le siguió.

En el vestíbulo sacó dos llaves del bolsillo. Las pesadas puertas se abrieron en silencio. El señor Spedding las cerró. Los dos hombres atravesaron el vestíbulo y salieron a la concurrida calle. El notario cerró las puertas de entrada al edificio.

— Mi cliente me ha recomendado que le dé las gracias y le felicite por la rapidez con que se ha realizado el trabajo—dijo. El contratista de obras se frotó las manos demostrando cierta satisfacción.

— Ha empleado dos días menos de los convenidos—siguió el señor Spedding.

El contratista era hombre de pocas ideas fuera del círculo de sus negocios. Una vez más repitió:

— Sí, su cliente puede empezar a trabajar mañana mismo.

El notario sonrió.

— Señor Potham, es muy posible que mi cliente no empiece a trabajar en diez años —dijo.—Es posible que no trabaje en todo el tiempo que le

queda de vida.

II. LA CASA DE TERRINGTON SQUARE

Un hombre desembocó en Terrington Square desde Seymour Street, pasando lentamente junto al policía de servicio allí y saludándole con un breve "buenas noches". Más tarde, aquel policía al hacer la descripción del transeúnte se refería a él como un hombre de aspecto extranjero, de corta perilla. Bajo el abrigo de entretiempo parecía llevar un traje de etiqueta, pues el policía habíase fijado en los zapatos negros, la bufanda blanca, de seda y el fieltro negro. El transeúnte cruzó la calle y desapareció bordeando la reja de hierro que protegía el jardín que ocupa el centro de la plaza. Un viejo coche avanzó lentamente seguido de un camión que conducía los periódicos de la mañana hacia Paddington; después la plaza volvió a quedar vacía, excepción hecha del representante de la ley y del transeúnte.

Las grandes y abrumadoras casas de la plaza estaban envueltas en sueño. Las cortinillas bajadas, cerradas las ventanas y silencio por doquier.

El hombre siguió su camino hasta llegar frente al número 43. Allí se detuvo un momento, dirigió una rápida mirada a su alrededor y a continuación ascendió los tres escalones que conducían a la puerta. Trabajó un momento con la llave y al fin entro en la casa. Una vez en el interior se detuvo un momento sacando una linterna eléctrica y encendiéndola.

No se entretuvo examinando el amplio vestíbulo. En lugar de eso dirigió el potente haz luminoso de su linterna hacia la parte interior de la puerta. Dos finos alambres que partían del dintel de la puerta explicaban bien claro para qué servían. Al abrirse la puerta uno de los alambres había sido roto.

— Timbre de alarma—murmuró el recién llegado. — Y las ventanas deben de estar igualmente protegidas. Y sabe Dios cuántas trampas esperarán al descuidado.

Dirigió la luz de la linterna hacia el fondo del vestíbulo. Una gruesa alfombra turca colocada al pie de la gran escalinata atrajo su atención. Del bolsillo sacó un bastón telescópico, lo extendió hasta el máximo y luego

avanzó en el mayor cuidado hacia la alfombra. Con el bastón levantó el extremo de la alfombra y lo que vio debió de satisfacerle, pues regresó hacia la puerta, donde, en una especie de nicho veíase una estatua de mármol. El visitante necesitó toda su fuerza para depositarla en el suelo. Al fin lo consiguió y dirigióse lentamente hacia el pie de la escalinata, sosteniendo la estatua por su parte superior y haciéndola girar sobre su base, como se hace con los botes de leche. Así la condujo hasta el borde de la alfombra. De un rápido empujón colocó la estatua en el centro de la alfombra. Por un momento, tan sólo, la estatua permaneció allí, oscilando y luego, como un relámpago, desapareció, y donde estuviera la alfombra veíase tan sólo un amplio y negro agujero. El visitante aguardó. Desde muy hondo llegó un fuerte choque y la alfombra volvió a aparecer, ocupando el espacio vacío. El imperturbable visitante movió afirmativamente la cabeza, como aprobando la cautela del dueño de la casa.

— Supongo que no habrá aprendido ningún truco nuevo—dijo.—Se está haciendo viejo.—Echó una mirada a las paredes. Estaban cubiertas de cuadros y grabados. —En una casa moderna no puede haber los fuegos cruzados—siguió, y tomando impulso salvó de un salto la alfombra y quedó un momento en el primer escalón. Una armadura colocada en el primer rellano retuvo unos instantes su atención.

— Armadura isabelina y espada española —se lamentó.—No parece una obra maestra de coleccionista. Paseó el haz luminoso de su linterna sobre la armadura que permanecía en actitud amenazadora, con un hacha de guerra levantada.

— No me gusta esa hacha—murmuró, midiendo la distancia.

Al fin descubrió un fino alambre que cruzaba el rellano. Pasó cuidadosamente sobre él sin rozarlo y colocóse al lado del férreo monigote. Quitándose el abrigo, agarró la figura por la muñeca. Luego, con un rápido movimiento del pie arrancó el alambre.

Estaba preparado para la automática caída del hacha; pero al ser cortado el alambre, la figura giró hacia un lado y el hacha describió un semicírculo. El visitante de la casa tenía la esperanza de impedir el movimiento de aquel brazo de hierro, pero hubiera sido lo mismo tratar de retener el émbolo de una máquina. Sus manos fueron apartadas a un lado y el hierro de la afiladísima hacha le pasó rozando los cabellos. Después, con un

chirrido, el brazo volvió a levantarse y quedó en su anterior posición.

El desconocido se humedeció los labios y lanzó un hondo suspiro.

— Esta sí que es nueva y bien nueva— musitó.

Y en su acento se percibía clarísima la admiración. Recogió el abrigo y cruzándolo sobre el brazo subió unos doce escalones más, hasta el siguiente rellano. La inspección del armarito chino fue completamente satisfactoria.

El rayo de luz de su linterna recorrió todos los ángulos y aberturas. Sacudió las cortinas de una ventana y escuchó, conteniendo la respiración.

— No, el viejo no probaría aquí ese juego. El soltar unas cuantas serpientes en el Suroeste de Londres significaría un trabajo agotador a la mañana siguiente para recogerlas.

Miró a su alrededor. Desde el rellano se daba acceso a tres habitaciones. La que, a juzgar por su situación, debía de dar a la calle no valía la pena visitarla. Observó largo rato en silencio la segunda, cuya puerta estaba cubierta por una gruesa cortina. Por fin dirigióse a la tercera, y cubriéndose la mano con la bufanda de seda, hizo girar el tirador. La puerta abrióse, después de breve vacilación la empujó hacia dentro y saltó hacia atrás.

Durante un momento, el interior de la habitación permaneció en completa oscuridad a excepción del débil resplandor del moribundo fuego de la chimenea. Después, el visitante oyó un chasquido y la luz inundó la habitación. El hombre esperó en la oscuridad del rellano. Por fin, una voz gruñó:

— Entra.

El desconocido siguió inmóvil.

— Vamos, Jim, entra… Te conozco.

Cautamente, el llamado Jimmy entró en la iluminada habitación y quedó frente al viejo que, envuelto en una gruesa bata, es—taba sentado en un sillón, junto al fuego. Su rostro era pálido y curvaba sus labios una burlona sonrisa. Tenía sobre las piernas un montón de papeles.

El visitante sonrió con amabilidad, comentando:

— A juzgar por la disposición de la casa, este cuarto queda encima del vestidor, y si me haces caer por alguna de tus patentadas trampas, Reale, iré a estrellarme contra tus valiosas porcelanas.

Excepto por una breve expresión de alarma al ser mencionadas las porcelanas, el viejo mantuvo su imperturbable calma, sin apartar ni una fracción de segundo la vista del rostro de su visitante. Luego volvió su sonrisa e invitó al otro a sentarse en el sillón que tenía enfrente, también junto al fuego.

Jimmy levantó el cojín con la punta del bastón, y luego se sentó.

— ¿Suspicaz?— sonrió el viejo. — ¿Sospechas de tu viejo amigo, Jimmy? ¿Del viejo jefe?

Jimmy permaneció callado unos momentos, después contestó:

— Palabra, jefe; sigues siendo una maravilla. Una verdadera maravilla. ¿Fue idea tuya la de aquella armadura? El anciano movió tristemente la cabeza. —No fue del todo mía. Interviene la electricidad en ella. Y de electricidad sé muy poco. Nunca he sabido, excepto…

— ¿Excepto cuándo? — inquirió el visitante.

— En aquella ruleta que fue invención mía; claro que aquello era magnetismo, lo cual a mi modo de ver es distinto que la electricidad. Jimmy asintió.

— ¿Pasaste la trampa?—En los ojos del viejo había un destello de admiración. —La crucé de un salto. El viejo asintió, aprobador. —Siempre fuiste único para adivinar encerronas. Sé de muchos a quienes jamás se les hubiera ocurrido saltar. Connor y ese cerdo de Massey se hubieran metido de patas en ella. No estropeaste nada, ¿verdad? —En el acento del viejo había manifiesta fiereza.—Oí algo que se rompía y tuve la esperanza de que fueses tú.

Jimmy pensó en la estatua de mármol y recordó que parecía valiosa.

— Nada en absoluto—mintió con toda facilidad.

El anciano pareció aliviado. Durante diez minutos los dos hombres permanecieron sentados junto al fuego, mirándose fijamente, y por fin Jimmy se inclinó hacia adelante.

— ¿Cuánto tienes, Reale?—preguntó lentamente.

Sin parecer nada turbado por la pregunta de su visitante, y evidenciando una gran satisfacción, el otro replicó enseguida:

— Dos millones y algo más, Jimmy. Recuerdo exactamente la cantidad. Contando los muebles y lo que hay en la casa a su valor real, la suma total asciende a dos millones, cuarenta y siete mil con cuarenta y tres libras esterlinas. Y en dinero contante y sonante, un millón y tres cuartos, exactamente.

Con una sonrisa de triunfo, Reale se recostó en su sillón y observó a su visitante.

Jimmy había sacado un cigarrillo y lo estaba encendiendo, mirando con pensativa fijeza la cerilla que se iba consumiendo.

__Un millón setecientas cincuenta mil libras esterlinas es mucho dinero —murmuró.

El viejo Reale soltó una suave carcajada.

— Y todo ello sacado al ingenuo público con mi ayuda y la de Connor y Massey— siguió Jimmy.

— ¡Massey es un cerdo!—gruñó el viejo.

Jimmy dirigió al techo una columna de humo.

— Arrancado con mil trabajos de los locos jóvenes que jugaban alto en el Templo de la Suerte de Reale, Cairo, Egipto, con sucursales en Alejandría, Port Said y Suez.

El viejo se estremeció en un paroxismo de silencioso entusiasmo.

— ¿A cuántos hombres has arruinado, Reale?—preguntó Jimmy.

— ¡Santo Dios!—replicó con gran alegría el anciano.—Que yo sepa, he

arruinado a tres. Dos de ellos han muerto, el otro está muriendo. Los dos que murieron no dejaron ni hijos ni hijas; el que está muriendo tiene una hija.

Jimmy le miró a través de los entornados párpados.

— ¿Por qué hablas de los parientes? Supongo que no irás…

Mientras Jimmy hablaba, el viejo, como adivinando la pregunta, asentía alegremente con la cabeza, al mismo tiempo que se ensanchaba su sonrisa.

— ¡Cómo te gusta andar con rodeos, Jimmy! Siempre has sido así. De ese modo, con frases complicadas, conseguías que la gente fuese a jugar a nuestro garito. Sí, voy a hacer lo que tienes en la punta de la lengua.

— ¿Una reparación?—inquirió Jimmy.

El viejo Reale asintió, radiante.

— ¿Cómo?

— ¡No hagas preguntas!—gruñó el viejo, levantando la voz.—Yo no te he preguntado por que te has metido en mi casa a medianoche, aunque sabía que fuiste tú quien el otro día vino disfrazado de revisor de la compañía de electricidad para revisar el contador. Te vi y desde entonces te he estado esperando.

— Ya lo sabía—dijo Jimmy, sacudiendo la ceniza de su cigarrillo.—Y creí que tú… — Interrumpiéndose súbitamente, Jimmy escuchó.—¿Quién más está en la casa, además de nosotros? — preguntó rápidamente. La expresión de su compañero le tranquilizó.

— Nadie—afirmó Reale.—Tengo una casa especial para los criados. Vienen por las mañanas, después que yo desconecto los timbres de alarma.—Mientras hablaba sonreía satisfecho. De pronto su rostro reflejó cierta inquietud.—¡Los timbres de alarma! —susurró.—Al entrar los estropeaste, Jimmy. Oí la señal. Ahora no podremos saber si entra alguien en la casa. Los dos escucharon.

Abajo, en el vestíbulo, algo crujió, luego se oyó un golpe sordo.

— Ha saltado la alfombra—susurró Jimmy, apagando la luz.

Se oyeron unos pasos en la escalera. Percibióse un destello de luz y la fatigosa respiración de alguien que subía. Jimmy se inclinó hacia el viejo y le susurró algo al oído.

Luego, en el momento en que giraba el tirador de la puerta y ésta se abría, Jimmy encendió la luz.

El recién llegado era un hombre bajo, grueso, de amplia cara. Vestía un traje de chillones tonos y echado hacia atrás llevaba un sombrero hongo, cuya estrecha ala aumentaba la amplitud de su rostro. Un observador casual le hubiera definido como hombre rudo, torpe, pero de muy buen humor. Un estudiante de etnología le hubiese clasificado enseguida como hombre bestial, sin capacidad para ningún sentimiento bueno.

Al encenderse las luces retrocedió, parpadeando, pero con la mano derecha empuñaba una pistola automática que apuntaba a los dos ocupantes de la habitación.

— ¡Manos arriba! — gruñó. — ¡Levantad las manos!

Ninguno de los dos le obedeció. Jimmy estaba divertido y lo demostraba, acariciándose la perilla con sus finos dedos. El viejo era la encarnación de la furia.

Él fue quien, volviéndose hacia Jimmy, gruñó:

— ¿Qué te dije, Jimmy? ¿Qué te he dicho siempre? Massey es un cerdo… Tiene los modales de un cerdo. ¡Qué asco!

— ¡Levanta las manos! — silbó el de la pistola. — Levantad los dos las manos o tendré que decíroslo con la pistola.

— ¡Ojalá hubiera venido antes, Jimmy!— Reale se retorcía las manos. — Es posible que hubiera saltado la alfombra, cualquier ladrón un poco listo lo hubiera hecho, pero ¿crees que hubiera pasado más allá del muñeco de la armadura? Si al menos tú no lo hubieses estropeado.

— Guarda la pistola, Massey, a menos que tengas ganas de jugar con ella — ordenó, fríamente, Jimmy. — El viejo Reale está demasiado enfermo para esas gimnasias, y por mi parte no tengo el menor deseo de

obedecerte.

— Está bien— refunfuñó Massey.— Pero os advierto que si alguno de vosotros intenta algún truco…

— Yo no soy más que un visitante como tú — replicó Jimmy, con un ademán. — En cuanto a los trucos… pudiera haberte matado antes de que entrases en esta habitación.

Massey frunció el ceño y siguió con la pistola en la mano.

— A la izquierda de tu pistola encontrarás el seguro — siguió Jimmy, indicando el arma del recién llegado. — Ponlo, y si en realidad vienes a soltar fuegos artificiales, cuando quieras podrás quitarlo con el pulgar. No eres mi ideal de ladrón. Respiras demasiado ruidosamente y al andar haces más ruido que un elefante. ¡Si incluso te oí abrir la puerta principal!

El desprecio que latía en las palabras de Jimmy hizo enrojecer a Massey.

— ¡Tú eres muy listo! — empezó.

Reale, que había conseguido ya dominarse, le indicó un sillón.

— Siéntate, señor Massey—ordenó.—Siéntate, muchacho y desembucha las noticias que traes. Precisamente, Jimmy y yo estábamos hablando de ti. Estábamos diciendo que eres todo un caballero.—La voz se agudizó.—Todo un cerdo. Un cerdo rebosante de grasa y de estupidez… ¡Señor Massey! —Y el viejo se dejó caer, exhausto, contra el respaldo de su sillón.

— Oye, jefe—empezó Massey. Había dejado su pistola sobre una mesita cercana y agitaba una de sus rojas manos, como queriendo dar mayor énfasis a sus palabras.— No quiero que suceda nada desagradable Yo he sido un buen amigo tuyo, igual Jimmy. Te hemos ayudado, durante muchos años, en tus sucios trabajos. Jimmy lo sabe. Y ahora queremos un bocado de lo nuestro. Si, de lo nuestro.

El viejo Reale volvióse hacia Jimmy, tenía la mirada fija en el fuego. —Es una sublevación, ¿eh? Los dos estáis en ella. Jimmy, como es el más listo de los dos, viene el primero y limpia de obstáculos el camino, ¿eh?

Jimmy negó con la cabeza.

— Te equivocas, Reale—dijo. Y el desprecio que había en su mirada era demasiado aparente para ser falso.—Mira a nuestro amigo Massey—siguió.—¿Es el tipo de persona en quien yo confiaría?—La pasión le hacía temblar ligeramente la voz.—Ha sido tan sólo la casualidad la que nos ha traído aquí a los dos.

Se puso en pie y dirigiéndose adonde estaba Massey, le miró fijamente. Había algo en sus ojos que hizo que la mano de Massey se alargara hacia la pistola.

— ¡Perro! — gruñó, dirigiéndose a Massey. Luego se contuvo y soltó una carcajada, yendo hacia el otro extremo de la habitación. Detúvose junto a una botella de *whisky* y un sifón, sirviéndose una abundante mezcla y levantando el vaso hacia la luz. Después miró al viejo. En los ojos de éste había una expresión que ya conocía.

Después de beber el *whisky* con soda, tradujo en palabras los pensamientos del anciano.

— Es inútil, Reale — dijo. — Tienes que saldar cuentas con Massey, pero no en la forma que piensas. Podríamos dejarle a un lado, pero no se solucionaría nada. Aun quedaría yo.

— Y Connor — añadió Massey. — Connor, que es peor que yo. Yo soy razonable, Reale. Aceptaré una parte justa… —Sí, ¿verdad? El viejo volvía a sonreír. —Pues bien, tu parte es un millón setecientas cincuenta mil libras en dinero, y algo más de dos millones todo comprendido.

Hizo una pausa para observar el efecto de sus palabras.

La calma de Jimmy le intrigaba. En cambio, Massey le causaba irritación.

— Y ésa es la parte de Jimmy, y la de Connor, y también la de *miss* Kathleen Kent.

Esta vez el efecto fue mejor. En el inexpresivo rostro de Jimmy brillaba el interés.

— ¿Kent?—preguntó rápidamente. — ¿No se llamaba así el hombre…? Reale soltó una risita. —El mismo, Jimmy. El hombre que entró en mi casa a perder diez libras y dejó diez mil; que volvió a la noche siguiente a

recobrar lo perdido y dejó toda su fortuna. ¡El mismo!

Se frotó las manos como si recordase algo muy agradable.

— Abre ese armario, Jimmy—ordenó, señalando un viejo mueble de nogal próximo a la puerta.—¿Ves una cosa que parece… un molino de viento?

Jimmy sacó del armario una especie de juguete que parecía un molino. Con el mayor cuidado lo dejó sobre la mesa, al lado del viejo. Este le dio un golpecito con el dedo meñique y las aspas empezaron a girar.

— Esto fue lo que hice con su dinero. Levanté una máquina que giraba por sí misma. El movimiento continuo. Puedes sonreír, Massey, pero es la verdad. Esto fue lo que hice con su dinero. Cinco años de trabajo y un cuarto de millón gastado. Esto es lo que representa este modelito. No he podido descubrir el secreto. He podido construir una máquina que gira sola durante un sinfín de horas con sólo darle un golpecito. ¡Pero siempre necesita ese primer golpecito! He sido un hombre a quien han vuelto loco los inventos. ¿Os acordáis de aquella mesa de ruleta de Suez? Dirigió una mirada a los dos hombres. Massey se impacientaba a medida que se sacaban a relucir los recuerdos. Había acudido a aquella casa con un fin; lo hizo corriendo un gran riesgo y no lo olvidaba.

— ¡Deja ya de una vez tus malditos inventos, Reale! ¿Qué hay de mí? Deja a un lado a Jimmy. ¿Qué hay de esos dos millones para nosotros y la muchacha? Cuando cerraste tu casa de Egipto dijiste que cuando llegara el momento recibiríamos lo nuestro. Pues bien, ¡ha llegado el momento!

— Casi, casi—replicó Reale, con su sonrisa de calavera.—Casi ha llegado. No debierais haberos molestado en venir a verme. Mi notario tiene vuestros nombres y dirección. Estoy casi listo—continuó, muy alegre.—Tan seguro como la muerte, que dentro de seis meses no estaré ya en este mudo. Entonces, vosotros recibiréis dinero.

Hablaba poco a poco, para dar mayor valor a sus palabras.

— El dinero será para ti, Jimmy, o para Massey, o para Connor, o para la joven. Tú, Massey, tienes muy pocas probabilidades. Jimmy es el más listo de todos y estoy casi seguro de que se hará con el dinero; Connor no es manco y tal vez se lo quitará a Jimmy. Pero la muchacha es la que tiene mayores probabilidades, porque las mujeres saben resolver muy bien los

rompecabezas. —¿Qué significa esto?—gruñó Massey, levantándose.

__¡Siéntate!—La orden partió de Jimmy y fue obedecida por Massey.

__Para ganar esos millones hay que resolver un jeroglífico.—Reale evidenciaba la alegría que le causaba la perplejidad de Massey y el fruncimiento de ceño de Jimmy.

__E1 que resuelva el problema gana dos millones.

De haber estado menos abstraído en sus pensamientos, hubiese notado el cambio que se verificaba en el brutal rostro de Massey, y esto le hubiese servido de advertencia.

— Está en mi testamento— siguió.— Voy a enfrentar a los fuertes contra los débiles, los abortos del infierno del juego… contra los pichones… Dos de los pichoncitos han muerto. El otro está a punto de morir. Pues bien, ése tiene una hija; veremos lo que ella es capaz de hacer. Cuando yo haya muerto…

— —¡Eso va a ocurrir ahora mismo! — tronó Massey, e inclinándose hacia adelante, hirió al viejo.

Poniéndose en pie de un salto, Jimmy vio el chorro de sangre y el cuchillo que empuñaba Massey. Rápidamente su mano buscó su pistola, pero Massey se le anticipó, encañonándole con su arma. Su rostro era una máscara desagradable.

— ¡Manos arriba! ¡Te juro que te mato aquí mismo si no me obedeces!

Jimmy levantó las manos.

— Tiene aquí el dinero — jadeó el asesino. — Lo tiene en algún lugar de esta casa.

— ¡Estás loco! — declaró, despectivamente, Jimmy.— ¿Por qué lo has matado?

— Se estaba burlando de mí. — Massey dirigió una mirada de odio al caído. — Quiero algo más que hablar de jeroglíficos. El se lo buscó.

Retrocedió hacia la mesa donde estaba el *whisky* y casi llenó el vaso, sin

mezclarlo.

— Los dos estamos metidos en esto, Jimmy —siguió, sin dejar la pistola.— Puedes bajar las manes. Pero no intentes otro truco. Dame tu pistola.

Jimmy sacó del bolsillo su arma y agarrándola por el cañón la tendió a Massey.

Éste se inclinó sobre el viejo y lo registró.

— Aquí están la llaves. Tú quédate aquí.

— Y el criminal salió del cuarto, cerrando tras él la puerta.

Jimmy oyó girar la llave en la cerradura y comprendió que estaba prisionero.

Inclinóse sobre el viejo, que yacía inmóvil en el suelo. Jimmy le tomó el pulso y captó un ligero latido. Hizo beber un poco de licor a Reale y al cabo de unos segundos el anciano abrió los ojos.

— ¡Jimmy!—susurró. Luego, recordando la verdad, preguntó:—¿Y Massey?

No era necesario pensar mucho para comprender lo que Massey estaría haciendo. Su ruidoso caminar sonaba en la habitación de encima.

— ¿Buscando dinero? — jadeó el anciano mientras una leve sonrisa iluminaba su rostro.—La caja está arriba.—Volvió a sonreír.—¿Tiene las llaves?

Jimmy asintió con la cabeza.

La mirada del viejo vagó por la habitación hasta detenerse en una especie de cuadro de distribución eléctrica.

— ¿Ves ese interruptor marcado con el número siete?—susurró.

Jimmy asintió nuevamente con la cabeza.

— Bájalo, Jimmy, hijo.—La voz de Reale era cada vez más débil.—Es un invento que leí en un libro. Bájalo.

— ¿Para qué?

— Haz lo que te digo.

Jimmy atravesó la habitación y bajó la indicada palanca.

Al hacerlo oyó arriba un golpe sordo que hizo retemblar la habitación. Después reinó completo silencio.

— ¿Qué ha sido eso?

El moribundo sonrió.

— Era Massey—dijeron los labios.

* * *

Media hora más tarde, Jimmy salía de la casa llevando en un bolsillo del chaleco un arrugado papel en el cual estaba escrito el más precioso de los versos de ciego que el mundo ha conocido.

A la mañana siguiente, el descubrimiento de los dos cadáveres proporcionó a la prensa la sensación del año.

III. ÁNGEL ESQUIRE

¡Nadie sabe exactamente cómo consiguió alcanzar Ángel Esquire la posición que actualmente ocupa en Scotland Yard. En sus declaraciones para la *Pólice Review* hizo constar que consideraba su ocupación como un trabajo". Probablemente es así, pues Esquire, en su corta y veloz carrera, ha sido muchas cosas, pero nunca un policía. Ha sido cazador de piezas mayores, corresponsal especial, y cuando más cerca estuvo de ocupar una posición de responsabilidad en alguna fuerza de policía fue cuando, sirviendo en Rhodesia en la Comisión de Tuli, ayudó a ahorcar a M´Linchwe y a seis compañeros de ese bandido negro. Su círculo de amistades se extendía desde los suburbios de Londres hasta las mansiones más aristocráticas, donde las damas de más rancia nobleza escuchaban con agradables estremecimientos de horror los detalles de la ejecución expuestos por Ángel Esquire.

— ¿Quién es ese joven tan raro de mirada traviesa?—preguntó un día la duquesa de Hoeburn, mirando a través de sus innecesarios impertinentes y dirigiéndose a su acompañante, mientras tomaban el té en casa de la señora Carter—Walkers.

— ¡Oh, es Ángel Esquire!—replicó el interrogado.

— ¿Y qué hace?—siguió preguntando la duquesa.

— Es policía.

— ¿En la India? —No, de Scotland Yard.

— ¡Dios Santo!—exclamó, horrorizada, la duquesa.—¿Y qué hace aquí? ¿Vigila a los huéspedes o está atento a las cucharas de plata de la Carter?

El acompañante de la duquesa se echó a reír.

— No desprecie a Ángel Esquire, duquesa —dijo.—Es un hombre digno de conocerse.

Es un gran sujeto para arreglar las cosas. Si se pelea uno con su padre, o si se cae en manos de… de… indeseables, en fin, si se ve uno metido en el lío que sea, Ángel Esquire es el hombre indicado para sacarlo de él.

La duquesa observó con nuevo interés al admirable joven.

Ángel Esquire, con una taza de té en una mano y un fino *sandwich* en la otra, ocupaba el centro de un grupo de hombres, entre los cuales figuraba, incluso, el marido de la dueña de la casa. Hablaba con gran animación.

— Tenía tres ases en la mano y empecé el plato con moderación, para que los otros picasen. Saville subió hasta diez libras, y el otro lo aumentó en diez más. George Manfred, que había pasado, pidió una carta. Yo pedí dos y saqué otro as. Saville se descartó de una y el otro se quedó con las que tenía. Yo consideré que aquello era mío y para dar apetito a los otros dejé el plato tal como estaba. Saville lo subió a cincuenta y el otro a cien. George Manfred lo dobló. Me volvía a tocar el turno. Yo tenía cuatro ases. Saville debía de tener un full, el otro una escalera de color. A los dos les ganaba, pero ¿y Manfred? Manfred es un hombre muy sensato. Igual que yo sabía el juego de los otros, y seguramente también el mío. Desde el momento en que apostaba tan alto es que tenía cosa buena. Por lo tanto, tiré mis cartas sobre la mesa. George tenía una escalera real.

Un coro de voces aprobadoras brotó del grupo de oyentes.

Si "un oficial con veinte años de servicio", que fue quien escribió para la *Pólice Review* la breve reseña biográfica de Ángel Esquire, hubiese estado allí oyendo lo que contaba su biografiado, hubiera visto confirmada su impresión de que Ángel Esquire era el hombre menos indicado para ocupar la posición de responsabilidad que tenía en Scotland Yard.

Pero, dicha sea la verdad, nadie sabía exactamente cuál era la posición de Ángel. Si se llegaba uno a Scotland Yard y preguntaba al policía de guardia en la puerta por el señor Christopher Ángel—Ángel Esquire no era, en realidad, más que un apodo con que lo bautizó cierta muchacha,—el policía, después de haberse convencido de su *bona—fide,* le conduciría al pie de una escalera donde le dejaría en manos de otro representante de la Ley que sería el encargado de guiarle a través de innumerables puertas oscilantes y a lo largo de incalculables corredores, hasta detenerse ante una puerta en la que se leía el número "647". Al otro lado de dicha puerta se encontraría a Ángel Esquire sentado ante su mesa, ocupado en no

hacer nada con la ayuda del *Sporting Life* y una pequeña guía semanal acerca de los acontecimientos hípicos.

Una vez el jefe en persona entró en la oficina, sin hacerse anunciar, y encontró a Ángel Esquire tan enfrascado en unos complicados cálculos que realizaba con la ayuda de unas grandes hojas de papel llenas de nombres y cifras, y rodeado de libros abiertos, que no se dio cuenta de la entrada de su visitante.

— ¿Qué problema trata de resolver?—preguntó el jefe.

Ángel levantó la cabeza, y al reconocer a su superior se levantó, dedicándole la más amable de sus sonrisas.

— ¿Qué problema es ese?—repitió el jefe.

— Un error tremendo, señor—replicó gravemente Ángel.—Ofrecen *Mimosa* a siete a uno para la carrera de Friary Nursery, cuando, según mis cálculos, sería magnífico negocio a la par y además puede ganarles a todos.

El jefe abrió de par en par la boca.

— Querido amigo—dijo al fin.—Pensé que estaba usted trabajando en el asunto del Lagos Bank.

En los ojos de Ángel Esquire brillaba la indiferencia al replicar:

— ¡Oh, eso ya está listo! El viejo Carby fue envenenado por un hombre llamado… Bueno, su nombre no importa, pero era de Monrovia. Cablegrafié a la Policía de Lagos y esta mañana pescamos al asesino en Liverpool, antes de que tuviera tiempo de desembarcar.

El rostro del jefe se iluminó.

— Le felicito, Ángel. Por cierto que no creí que pudiésemos hacerle el favor a la policía africana. ¿No hay ningún blanco mezclado en el asunto?

— No sabemos—replicó distraídamente Ángel, volviendo la atención hacia las cifras, nombres y cálculos hípicos.—Tengo la sospecha de que anda metido en ello un tal Connor, que hacía de *crupier* o cosa por el estilo en casa del viejo Reale.

Después de esto, Ángel frunció el ceño e hizo un rápido cálculo.

— Lo dicho—declaró.—Deberían ofrecerla al alza.

El jefe golpeó, impaciente, la mesa. Luego se sentó frente a Ángel.

— ¿Me puede decir quién era ese viejo Reale? Se olvida usted de que es nuestro especialista extranjero. Si usted supiera, Ángel, la mitad de las cosas que se dicen acerca de sus amistades, se moriría de vergüenza.

Con una breve carcajada, Ángel apartó a un lado los papeles.

— Estoy inmunizado contra la vergüenza —declaró.—Y además, he oído mucho de eso que dicen de mí. Me hablaba usted de Reale. Reale es todo un carácter. Durante varios años ha sido propietario de lo más encantadores garitos de juego de Egipto Roma y de sabe Dios donde. No posee ninguna cultura. Su manía son los inventos. Más que manía es locura. Si tiene otra manía es la de resolver acertijos, palabras cruzadas, rompecabezas, buscar las figuras escondidas entere las ramas, piedras y demás rincones de un dibujo donde alguien ha perdido algo. Toma parte en todos los con cursos organizados por los periódicos. Vive en el cuarenta y tres de Terrington Square.

— ¿Dónde?—inquirió el jefe, arqueando las cejas.—¿Reale? ¿El cuarenta y tres de Terrington Square? Claro, claro.—Miró de una manera muy extraña a Ángel.—¿Conoce todo lo referente a Reale?

Ángel se encogió de hombros.

— Lo que puede saber todo el mundo replicó. El jefe movió la cabeza.

— Está bien, tome mi coche y diríjase inmediatamente al número ése de Terrington Square. Su viejo Reale fue asesinado ayer noche.

Era característico en Ángel Esquire que nada le sorprendiese. Las noticias más terribles eran recibidas por él con cortés atención. En aquel momento se limitó a soltar un "¡caramba!". Más tarde, mientras se dirigía a toda velocidad hacia Terrington Square, por Whitehall, se permitió un: "¿Quién lo hubiera imaginado?"

Frente al número cuarenta y tres de Terrington Square se hallaba reunido

un pequeño grupo de aficionados a las escenas morbosas, que se regocijaban con la esperanza de ver algo verdaderamente macabro. Un policía le dejó entrar y el inspector local se interrumpió en su interrogatorio del pálido mayordomo para dirigirle un breve: "Buenos días".

La inspección preliminar fue realizada por Ángel en brevísimo tiempo. Vio los cadáveres, que aun no habían sido retirados. Registró los bolsillos de los dos muertos y examinó a toda velocidad los papeles desparramados por el suelo de la habitación donde ocurrió la tragedia. Luego regresó al salón, donde el inspector estaba redactando su informe.

— El que está arriba fue el autor del crimen—anunció Ángel.

— Ya lo sé—replicó bruscamente el inspector Boyden.

— Luego fue electrocutado por una corriente de alta tensión que pasó por el tirador de la caja de caudales.

— Ya lo he sospechado—replicó, como antes, el inspector, siguiendo con su trabajo.

— El asesino se llamaba Massey — siguió, pacientemente, Ángel. — George Charles Massey.

El inspector volvióse en su asiento y dirigiendo una sarcástica sonrisa a Ángel Esquire, declaró:

— También yo he visto los sobres con ese nombre que se encontraron en sus bolsillos.

El rostro de Ángel estaba lleno de solemnidad al seguir:

— Del tercer hombre no estoy tan seguro.

El inspector le dirigió una suspicaz mirada.

— ¿El tercer hombre? ¿Qué tercer hombre?

Un asombro perfectamente simulado hizo arquear las cejas de Ángel Esquire.

— Hubo un tercer hombre metido en esto. ¿No lo sabía usted, señor

inspector?

— No he encontrado ninguna prueba de la presencia de una tercera persona—declaró altivamente Boyden.—Claro que aun no he terminado mi investigación.

— Bien. Cuando la haya terminado encontrará tres colillas de cigarrillo. Dos en la habitación donde el viejo fue apuñalado, y otra en la habitación de la caja de caudales. Son de la marca "Al Kam" y pertenece a una costosa variedad del tabaco egipcio. Massey fumaba cigarros; el viejo Reale no fumaba. El problema está en saber si fue Connor o Jimmy—terminó Ángel, hablando para él e ignorando al perplejo policía.

El inspector luchó con el deseo de satisfacer su curiosidad, aunque fuese a costa de su dignidad profesional, decidiendo, por ello, mantener una actitud de superior incredulidad. Por consiguiente, volvió a su trabajo.

— Será terriblemente difícil inculpar a cualquiera de los dos—prosiguió Ángel, dirigiéndose a la espalda del inspector.—Presentarán cincuenta coartadas impecables, y además presentarán una demanda por detención indebida—terminó astutamente.

— No pueden hacer eso—gruñó el inspector.

— ¿Que no?—inquirió el inocente Ángel Esquire.—Bien, de todas formas, no aconsejo que se les detenga. Jimmy hará…

El inspector Boyden volvióse hacia Ángel.

— No sé si se está burlando de mí, señor Ángel—dijo.—Tal vez no está usted acostumbrado a los habituales procedimientos en los casos criminales de Londres. Por lo tanto, debo informarle que, de momento, el asunto está a mi cargo y quiero pedirle que si sabe algo que pueda llevar al esclarecimiento de este crimen, me lo ñique enseguida.

— Con el mayor placer — afirmó Ángel.

En primer lugar, Jimmy… —Haga el favor de decirme el nombre y el apellido.

— Lo desconozco. Todo el mundo le conoce por Jimmy. Era el mejor señuelo del viejo Reale. Tenía el aspecto y las plumas y además parecía

vivo, de manera que todos los demás patitos bajaban volando a colocarse a su alrededor y mucho antes de que se dieran cuenta de que la hermosa ave no era más que plumas y madera pintada, ¡pum, pum!, El viejo Reale disparaba su escopeta de dos cañones y aquella noche se comía pato asado.

El inspector Boyden dejó a un lado su pluma y lanzó un gruñido.

— Me temo no poder incluir esa parábola en mi informe — dijo. — Cuando pueda darme algunos informes más precisos, tendré un gran placer en escucharle.

Más tarde, en Scotland Yard, Ángel se entrevistó con el comisario jefe.

— ¿Qué clase de persona es ese Boyden? — inquirió el jefe.

— Un hombre excelente, de buenos modales, siempre dispuesto a hacer un favor, y tan celoso de su deber como el que más— replicó, como de costumbre, Ángel.

— Entonces le dejaré que se cuide del asunto.

— No puede usted hacer cosa mejor — aseguró Ángel.

Después marchó a su casa de Jermyn Street, a vestirse para la cena.

El Ángel Esquire que entró por la puerta giratoria del Heinz era un ser inmaculadamente vestido. Sin la menor vacilación se dirigió al salón rosa y fue a sentarse a una mesa, junto a una ventana que daba a Piccadilly.

El otro ocupante de la mesa levantó la cabeza y saludó:

— Hola, Ángel.

— Hola., Jimmy — replicó el detective.

Tomó el menú, eligiendo con meticulosa atención la cena. Media botella de Beaujoláis completó el menú.

— Es verdaderamente ridículo que uno tenga que pagar siete chelines y seis peniques por una botella de vino que en cualquier tienda costaría diez peniques y medio.

— Se paga la magnificencia del local— replicó el otro, muy divertido. Luego, tras breve pausa, añadió:—¿Qué quieres?

— No te busco a ti, Jimmy — replicó amable Ángel. — Aunque no pasará mucho tiempo sin que mi buen amigo el inspector Boyden y el subjefe Templar emprendan tu persecución.

Jimmy eligió un mondadientes y lo libró de su envoltura.

— No tuve nada que ver con el crimen declaró lentamente.—Claro que estaba allí.

— Lo sé. Encontré tus estúpidos cigarrillos. No creí ni por un momento que estuvieras mezclado en el asesinato. Tú eres delincuente contra la propiedad, no contra las vidas humanas.

— Con lo cual supongo que te darás cuenta de la magnífica diferencia que existe entre los delitos contra la propiedad y los delitos de sangre. —Desde luego.

Hubo una breve pausa, al final de la cual Jimmy inquirió: —¿Qué hay?

— Quería verte acerca del verso—dijo —Ángel, empezando a tomar la sopa. Jimmy soltó una carcajada. —¡Eres endiabladamente listo, Ángel —dijo con admiración.

Después guardó silencio, pero su fruncido ceño era muy elocuente. —Reflexiona bien—desafió Ángel. —Ya lo hago—replicó Jimmy.—Utilicé lápiz y no había papel secante. Sólo escribí una copia, mientras el viejo le dictaba y… —Empleaste un block—le ayudó Ángel, sólo arrancaste la primera hoja. Y como tuviste que apretar mucho, la segunda hoja reproducía perfectamente el verso en cuestión.

— ¡Qué idiota soy!—exclamó Jimmy callando de nuevo.

— ¿Entiendes el verso ése? — preguntó Ángel.

— No. ¿Y tú?

— Tampoco—confesó francamente.

Hasta el final de la cena ninguno de los dos hombres pronunció una palabra. Cuando trajeron el café, Jimmy rompió el silencio.

— No debes preocuparte del verso. Sólo he ganado unos días. Después también lo tendrá Connor y no sé qué muchacha. Massey también lo hubiera recibido.

— ¿Qué significa todo eso?

Jimmy miró al detective con cierta suspicacia.

__¿No lo sabes?—preguntó.

__No tengo la menor idea. Por eso he venido a verte.

— Sientes curiosidad—musitó Jimmy.—Y yo había pensado verte con el mismo motivo. Dentro de un par de días lo sabremos.

Mientras hablaba hizo seña al camarero para que se acercase.

— El viejo dijo que todo estaba en su testamento — siguió. — Antes de morir me recitó el verso. Mantuvo su afición a los jeroglíficos hasta el final. "Apréndelo de memoria, Jimmy", me dijo, "vale dos millones… si lo resuelves". Y así murió. La cuenta, camarero. ¿Hacia dónde vas?—preguntó cuando salieron a Piccadilly.

— Al Plait, a pasar una, hora—replicó Ángel.

— ¿Trabajo?

— En parte. Busco a un hombre que pudiera estar allí.

Atravesaron Piccadilly, metiéndose por una de las calles transversales. La segunda a la izquierda y la primera a la derecha les condujeron ante un hotel brillantemente iluminado. Del interior brotaba el gemir de los violines. A las mesitas que llenaban el bar se sentaban mujeres que reían y hombres en traje de etiqueta. Una neblina de humo de tabaco enturbiaba la atmósfera, y la música se dejaba oír sobre una babel de risas y charlas. Ángel y Jimmy encontraron al fin un rincón vacío y pudieron sentarse.

— Parece que te conocen bien aquí—comentó Jimmy.

— Si, demasiado — replicó Ángel. — Pero tú pareces un extraño—añadió, el otro con cierta…

amargura—Pero estamos en extremos opuestos. Tú formas parte del Gobierno y yo me encuentro en la constante oposición.

— ¡Sollozos contenidos!—sonrió Ángel Esquire.—¡El hermano caído! Una lágrima por su descanso. No trates de presentarte ante mí con una máscara, Jimmy. Tú eres un ladrón de la misma manera que otros hombres son coleccionistas de sellos o cazadores. Lo llevas en la sangre. Oye, Carlos, ¿es que no piensas servirme?

— Sí, señor; enseguida, señor.

Y acercándose a la mesa, el camarero inquirió:

— ¿Qué tomarán los señores? Buenas noches, señor Ángel.

— Un absenta. ¿Y tú, Jimmy?

El interpelado luchó por mantener la gravedad.

— Limonada—ordenó, sobriamente.

El camarero le sirvió un *whisky.*

El que no conozca el Plait desconoce Londres. Es uno de esos extraños establecimientos que en una gran ciudad del Continente estarían prohibidos a la "gente joven". A pesar de hallarse en Londres, ni el Baedeker ni ninguna otra de las infinitas guías de la metrópoli se digna mencionarla.

— Allí está Walker "Manos Largas" —indicó, con afectada indiferencia, Ángel.—En estos momentos "Manos Largas" no está reclamado por ningún tribunal de este país. Más allá está "Frisco Kate", a quien un día de estos le condenarán a cadena perpetua. ¿Conoces al joven del traje mostaza?

Jimmy dirigió una mirada hacia donde Ángel le indicaba.

— No. Es nuevo.

— No muy nuevo. En la temporada de carreras se traslada a Budapest, en la estación del turismo puede vérsele en Jerusalén; millonario y aristócrata húngaro que se pasa el año viajando por motivos de salud.

— Ambiguo, pero convincente — murmuró Jimmy.

— Por cierto, que deseo verle. —Si va a haber pelea, no quiero mezclar—me—declaró Jimmy, terminando el *whisky.* Ángel le agarró del brazo. Un hombre acababa de entrar en la sala del bar y miraba a su alrededor como buscando a alguien. Al ver a Jimmy se sobresaltó ligeramente. Luego se abrió paso por entre la muchedumbre.

— ¡Hola, Jim…!—Se interrumpió bruscamente al ver al compañero de Jimmy, llevándose enseguida la mano derecha al bolsillo.

— Hola, Connor—saludó Ángel, con desarmadora sonrisa.—Tú eres el hombre a quien deseaba ver.

— ¿Qué pretendes?—gritó el otro. Era un hombre alto, fornido, con el labio superior adornado por un lacio bigote.

— Nada, nada—sonrió Ángel—te necesito por el asunto de Lagos, pero tranquilízate, no existen bastantes pruebas para condenarte..

— ¿Lagos?—murmuró el otro. —¿Qué… qué… ?

— No te preocupes por ello—aseguró Ángel, como rechazando el asunto.—Siéntate con nosotros.

Connor vaciló, dejándose caer, al fin, entre el detective y su compañero.

Ángel miró a su alrededor. Cuando se hubo asegurado de qué no existía peligro de ser oídos, pues se hallaban tan solos como si estuvieran sentados en medio del desierto, siguió:

— No eres tú sólo, Jimmy, quien conoce el verso del viejo Reale. Yo he visto el testamento y el amigo Connor también le ha echado la vista encima.—Miró fijamente a Connor y continuó:—Además de vosotros dos hay otra persona que se beneficia de las ventajas de ese testamento. Se trata de una muchacha.—Ángel no apartaba la vista de Connor.—Tuve curiosidad por ver a esa joven, y esta misma tarde me dirigí al Clapham a visitarla.

De nuevo se interrumpió. Connor no dijo nada. Tenía la mirada fija en el suelo.

— Fui a visitarla y descubrí que esta misma tarde había desaparecido misteriosamente.

Otra pausa, y luego: —Fue a visitarla un caballero con un mensaje de… ¿adivinas de quién era el mensaje, Connor?

Toda la suavidad había desaparecido de Ángel Esquire. Connor, al mirarle tropezó con la firme mirada de unos ojos azules se estremeció.

Con voz lenta, Ángel siguió:

— El mensaje era del inspector Ángel, lo cual es una falta completa de vergüenza Connor, pues no soy inspector. La joven a quien me refiero partió hacia Scotland Yard. Y ahora, Connor, quiero preguntarte: *¿Qué has hecho con la herencia del viejo Reale?*

Connor se humedeció los labios, pero no replicó nada.

Ángel llamó al camarero y pagó su consumición. Luego se levantó para marcharse.

— Harás el favor de devolver enseguida a la señorita Kent al sitio de donde la sacaste. Mañana iré a verla, y como le hayas tocado un solo cabello…

— ¿Qué pasará? — inquirió, desafiante, Connor.

— Probaré la consistencia de tus coartadas y te llevaré ante el tribunal por el asunto de Lagos.

Y después de un breve saludo, a Jimmy, Ángel salió del bar.

— ¿Le has oído, Jimmy? ¿Has oído a ese perro…?

— Te aconsejó que hagas lo que Ángel te ha aconsejado.

— ¿Crees que tengo miedo…?

— Ya sé que no tienes miedo a lo que Ángel pueda hacerte—fue la serena respuesta.—Lo que él haga no tendrá importancia. Lo malo para ti será lo que yo haré.

IV. LOS HAMPONES"

Aquello no se parecía en nada al Scotland Yard que Kathleen Kent se había imaginado. Ciertamente era una especie de patio (*yard*), pues la sucia calle terminaba en una tapia al otro lado de la cual se vislumbraban las rojas chimeneas y los altos mástiles de numerosos vapores. Al mismo tiempo estaba flanqueada por las fachadas de un grupo de sombrías viviendas.

El conductor del coche se detuvo frente a una de dichas casas, cerca de la tapia, y se abrió una puerta. Luego, el hombre que se sentaba a su lado y que en todo el rato sólo había contestado con monosílabos a sus repetidas preguntas, la agarró del brazo y la hizo entrar apresuradamente en la casa. La puerta se cerró enseguida tras ella, y la joven comprendió el peligro que corría. Desde el primer momento tuvo el presentimiento de que, allí había algo turbio, presentimiento que se consolidó al ver que el coche se dirigía en dirección opuesta a donde ella imaginaba se encontraba Scotland Yard. — Después, cuando la puerta de la casita se cerró de golpe y una mano la agarró fuertemente del brazo, al mismo tiempo que una voz le susurraba al oído que, si gritaba, el propietario de dicha voz le daría un disgusto, Kathleen comprendió que el disgusto sería grave y que valía más no soltar ningún chillido, y siguió sin protestar a su captor. Subieron por una larga escalera, deteniéndose ante una puerta que el de la "voz" abrió de un empujón.

Ante la ventana, que en circunstancias normales hubiera dejado paso a la luz del día, colgaba una cortina verde, detrás de la cual;: aunque esto no lo supo Kathleen, tres mantas concienzudamente colocadas velaban la *luz* del sol e impedían, al mismo tiempo, que desde fuera se pudiese ver la luz que brillaba en el interior de la habitación.

El aspecto de la muchacha era patético al enfrentarse, pálida pero decidida, con los ocupantes de la estancia.

Kathleen Kent era algo más que linda y un poco menos que hermosa. Su ovalado rostro, de ojos grises y firmes, nariz recta y labios aristocráticos,

era tal vez demasiado humano para los técnicos en belleza.

Miró a todos los que allí estaban y no evidenció ningún miedo. Aunque Kathleen ignoraba ese hecho, se le había concedido un extraordinario privilegio. Estaba en presencia de "Los Hampones". No era éste un nombre muy heroico para una organización criminal Pero las bandas de delincuentes nunca se han bautizado a sí mismas con nombres muy adecuados. La policía al referirse a aquellos hombres les llamaba, vagamente, "Los Hampones", y siempre que se cometía alguno de esos crímenes que sorprenden al mundo por su crueldad la policía comenzaba sus investigaciones con esta averiguación: "¿Ha sido cometido o no por alguno de "Los Hampones"?

Mientras Kathleen era empujada dentro de la habitación por su captor, se cortó bruscamente un murmullo de conversaciones en voz baja, y se convirtió en el foco de nueve pares de ojos que la miraban con fría seriedad.

Al oír las voces de los que estaban en la habitación y después de dirigirles la primera mirada, Kathleen esperó algo muy malo, aunque ignoraba exactamente lo que temía. Cosa extraña, el profundo silencio con que fue acogida le devolvió el valor. Las frías miradas de los hombres le templaron los nervios. Sólo uno de los que allí estaban perdió su compostura. El sujeto alto, fornido, que se encontraba en un extremo de la habitación, escuchando atentamente a un hombrecillo de largas patillas con afecto de *jockey* antiguo, lanzó un bufido, ordenando:

— ¡Arriba!—Y en un idioma extranjero añadió algo que hizo retroceder, tambaleándose, al acompañante de la joven.

— Yo… yo,… — tartamudeó. — No comprendí…

El hombre alto, rojo de rabia, señaló hacia la puerta. El captor de Kathleen la arrastró hacia la oscuridad del descansillo.

— Por aquí—murmuró, mientras la muchacha notaba el temblor que sacudía todo su cuerpo.

Subieron por otra escalera, sin que el hombre la soltara ni un momento.

— No chille ni haga nada, o tendrá un disgusto—dijo.—Ya ha visto lo que

me ha pasado por meterla en una habitación donde no debía haber entrado. Es un diablo ese Connor… Digo, Smith. Se llama Smith ¿me entiende?—Y mientras pronunciaba estas palabras sacudía rudamente del brazo a la joven.

Era indudable que el hombre estaba dominado por el terror. Kathleen sólo podía imaginar las cosas terribles que Connor o Smith había pronunciado. Ella misma estaba medio muerta de miedo. Los siniestros rostros de aquellos hombres, el misterio de la asamblea en la cerrada habitación, su rapto, todo se combinaba para aumentar lo terrible de su situación.

Su acompañante abrió una puerta y la hizo entrar en otro cuarto que, sin duda alguna, había sido preparado para ella, pues veíase una mesa con alimentos y bebidas.

La puerta se cerró a su espalda y fue corrido el cerrojo. Como en la habitación de abajo toda la luz estaba velada por una cortina. Su primer pensamiento fue de huir. Aguardó hasta que se apagaron en la escalera los pasos del hombre que la había traído hasta allí. Entonces atravesó la habitación. La distancia de la ventana a la calle no podía ser muy grande; se arriesgaría a salvarla. Apartó la cortina. Donde debía estar la ventana apareció una plan—cha de acero atornillada a las maderas. Alguien había previsto sus intenciones de huir por la ventana. Sobre el acero, escrito por alguien que no dominaba, ciertamente, la ortografía, leíase:

"Aun que grite no la ohirán.

Queremos haser halgunas pregunta.

Des pues, pues la dejmos ir.

No harme mucho rruido,

pues que será muy malo para usté.

Este tranquila y responda a las preguntas

y entonces la dejamos ir."

¿Qué era lo que tenían que preguntarle y ella debía contestar? No imaginaba lo que pudiera interesarles de ella. ¿Quiénes eran aquellos hombres que la habían detenido? Sentía hambre y sed, pero no quiso

tocar los alimentos colocados sobre la mesa. El misterio de su captura la desconcertaba. ¿De que valor podía serles a aquellos hombres? Durante todo el rato llegaba claramente hasta allí el murmullo de la conversación en el piso de abajo. Un par de veces se elevó una voz irritada, luego se oyó el violento batir de una puerta y unos pasos precipitados descendieron por la escalera. Debía de haber un portero, pues le oyó hablar con el que se marchaba.

Aunque ella no lo podía saber, su perplejidad era compartida por otra de las personas que ocupaban la casa.

Los hombres a quienes viera en la otra habitación estaban también asombrados. Bat Sands, un hombrecillo de aspecto enfermizo—en realidad acababa de pasar una dolencia muy grave,—era sumamente curioso. Vennis—nadie conocía su nombre de pila—era también muy curioso. Y ambos eran hombres cuya curiosidad no podía dejar de ser satisfecha.

Vennis dirigió una opaca mirada a Connor y preguntó con acento pausado:

— ¿Qué negocio es ese de la muchacha, Connor? ¿Entramos en él?

Connor conocía demasiado bien a sus hombres para exponerse a replicar con vaguedades.

— Si se gana algo entraréis en el reparto —declaró.

Bat inclinó hacia delante su rapada cabeza.

— ¿Hay dinero a ganar?—preguntó Connor asintió. —¿Mucho?

Connor lanzó un hondo suspiro, la verdad sea dicha, lo que menos deseaba él era que la banda compartiese los beneficios. A no ser por la torpeza de su agente nadie se hubiera enterado de la presencia de la chica en la casa. Mas la menor sospecha de traición era peligrosa. Conocía a sus hombres y éstos le conocían a él, Ni uno solo de los que allí se encontraban vacilaría en terminar con él si sospechaba una traición. Fingir inocencia era lo menos peligroso. —Es muy difícil daros una idea de lo que pienso hacer con la chica. Sólo puedo deciros que se encuentra en juego un millón.

Sabía que todos le creían. Ni por un momento esperó que dudasen. Los

delincuentes de su clase volaban alto. Eran algo más que ladroncillos que se engañan unos a otros, sabiendo que se engañan y sabiendo también que sus oyentes no ignoran que mienten.

Solo la intensidad de sus miradas indicó como habían recibido la noticia.

— Es el dinero del viejo Reale—siguió Connor —Lo ha dejado a cuatro de nosotros.—Massey ha muerto, de forma que sólo quedamos tres. No era necesario explicar quienes eran.

Una semana antes Massey habíase sentado en aquella misma habitación, discutiendo con Connor el verso criptográfico que desempeñaba un papel tan importante en el testamento del viejo. En cierto modo había sido miembro honorario de Los Hampones".

Connor siguió hablando lentamente, buscando la inspiración. Una mentira lógica podía sacarle del apuro. Mas no logrando ninguna inspiración, se vio obligado, de mala gana, a decir la verdad.

— El dinero está metido en una caja de caudales. No me mires así, Tony; sería lo mismo que tratar de forzar el Banco de Inglaterra. Sí, convirtió un millón setecientas cincuenta mil libras en dinero contante y sonante, billetes y oro. Todo eso lo metió en la maldita caja y la cerró. En su testamento deja la llave que la abre.

Connor era un hombre a quien el hablar no le era cosa fácil. Cada palabra brotaba lenta y vacilantemente de su boca, como si le costara desprenderse de su historia.

— La llave está aquí—siguió.

Hubo un murmullo de emoción mientras Connor hundía la mano en un bolsillo del chaleco. Cuando la sacó, sus dedos sostenían tan sólo, una hojita de papel cuidadosamente doblada.

— La cerradura de la caja es uno de los inventos de Reale; no obedece a otra llave que esto.—Agitó el papel ante sus compañeros y luego guardó silencio.

— ¿Y por qué no abres la caja?—preguntó, impacientemente, Bat. — ¿Y qué tiene que ver con todo ello la chica?

— También ella tiene una llave… O la tendrá mañana. Y Jimmy…

Una carcajada le interrumpió. "Curt" Goyle había escuchado atentamente hasta que el nombre de Jimmy fue mencionado. Entonces su risa quebró el silencio.

— ¡Oh! ¿También *lord* James anda metido en ello? Voto por que le expulsemos.—Se puso en pie y se desperezó, sin apartar la vista de Connor.—Si quieres saber por qué, te lo diré. Jimmy está en demasiadas buenas relaciones con la Policía para que me sea simpático. Si hemos de intervenir en este negocio, Jimmy no ha de figurar en él.

Los demás corearon con un murmullo aprobador estas palabras.

El cerebro de Connor funcionaba velozmente. Podía pasar sin Jimmy, pero no podría hacer nada sin la ayuda de "Los Hampones". Sentía cierto miedo de Jimmy. Este era un tipo de delincuente al que no podía comprender. Si figuraba como rival para la conquista de aquellos millones, la banda acabaría con él; cosa muy grata para Connor. La muerte de Massey redujo a tres los herederos legales. Si se quitaba de en medio a Jimmy, se aminoraría la posibilidad de perder el dinero, ya que la otra heredera encontrábase en la habitación de arriba.

La declaración de Goyle soltó las lenguas de los hombres. No se oyó ninguna voz que hablara en favor de Jimmy. Por fin, doce o trece de los bandidos pidieron conocer el resto de la historia, y en medio de un profundo silencio. Connor explicó lo del testamento, el verso jeroglífico, cuya solución haría la fortuna de todos.

— La muchacha debe recibir su parte. Es demasiado peligrosa para dejarla suelta. Hay dos millones en juego y no quiero correr ningún riesgo. Se quedará aquí hasta que se encuentre la palabra. No podemos exponernos a que se nos lleve de delante de las narices el dinero.

— ¿Y Jimmy?—inquirió Goyle.

Connor jugueteó nerviosamente con una de las solapas de su chaqueta. Conocía ya la respuesta que la banda tenia preparada a la pregunta de Goyle. Estaba convencido de que se le pediría que accediese a la más negra de las traiciones que habían manchado su turbia vida; pero sabía también que Jimmy era odiado por los hombres que constituían aquella

extraña hermandad. Jimmy trabajaba solo; no compartía ni riesgo ni premios. Su frío cinismo estaba por encima de ellos. También le temían. Connor carraspeó.

— Quizá si discutiéramos…

Goyle y Bat cambiaron una rápida mirada.

— Dile que venga esta noche a hablar con nosotros—indicó Goyle, con aparente indiferencia.

* * *

— Hace mucho que Connor se ha marchado.

Al hablar, Sands volvió el enfermizo rostro hacia sus compañeros.

— No tardará en volver—aseguró Goyle. Miró a los otros y añadió:—Si alguno de vosotros no quiere meterse en este asunto puede marcharse. Vamos a ajustar cuentas con Jimmy.

Nadie se movió. Ninguno de aquellos hombres se estremeció ante el horrible significado de aquellas palabras.

— Un millón setecientas cincuenta mil libras valen la pena de arriesgar el cuello— siguió.

Dirigióse hacia una especie de armario que se hallaba empotrado en la pared junto a la chimenea y abrió la puerta. Dentro había sitio para un hombre. El escrutinio del interior debió de dejarle complacido.

— Aquí dentro se escondió alguien…—miró significativamente a Bat Sands—cuando hubo que terminar con Ike Steen, que estaba en esta habitación con los bolsillos llenos de dinero de Scotland Yard y dispuesto a vendernos a todos.

— ¿Quién vive en la casa de al lado?— preguntó alguien.

Goyle se echó a reír. En lo que hacia referencia al alquiler de la casa él pasaba por ser el inquilino, y su nombre figuraba al pie del contrato de arrendamiento. Cerrando la puerta del armario dijo:

— Descontando el viejo George, está vacía. Escuchad.

En el silencio que se hizo se percibió el murmullo de una voz que atravesaba delgadas paredes.

— Habla consigo mismo — explicó Goyle, con una sonrisa.—Está loco y resulta un excelente guardián para nosotros, pues asusta a los niños y a las mujeres que de lo contrario rondarían por aquí. Es…

Oyeron cerrarse la puerta y abajo sonaron las voces de dos hombres.

Goyle se puso en pie. En su rostro dibujábase una maligna expresión.

— Ese es Jimmy — susurró, apresuradamente.

Cuando en la escalera se oyeron los pasos de los que subían, se dirigió hacia donde estaba colgado su abrigo y sacó algo de un bolsillo. Después, casi en el precisa instante en que se abría la puerta de la habitación, se metió en el armario, cerrando tras sí.

Al entrar en el cuarto, detrás de Connor. Jimmy notó lo frío del recibimiento. También percibió cierta indefinible sensación de peligro. El silencio era amenazador. Bat Sands mostróse cortés, casi servil. Jimmy, al observarlo, agudizó todos sus sentidos, preparado para cualquier contingencia. Bat le ofreció una silla, colocándola con el respaldo hacia el armario.

— Siéntate, Jimmy—invitó, con forzada sonrisa.—Tenemos que hablar.

Jimmy se sentó;

— Yo también quiero deciros algo.—Se mostraba muy sereno.—En esta casa se encuentra una joven contra su voluntad. Tenéis que dejarla ir.

El irritado murmullo de protestas que aguardaba no se produjo. Sus palabras fueron recibidas en completo silencio. Esto era muy mala señal, y dirigió una mirada a su alrededor, buscando de dónde podía provenir el peligro. De pronto echó de menos una cara.

__¿Dónde está el amigo Goyle, nuestro querido compañero?

__Hoy no ha estado aquí—se apresuró a contestar Bat.

Jimmy miró a Connor, que de pie junto a la puerta se mordía las uñas, y vio que evitaba su mirada.

__¡Ah!—La indiferencia de Jimmy estaba perfectamente simulada.

__Jimmy quiere que dejemos en libertad a la chica.—Connor hablaba atropelladamente.—Cree que nos exponemos a un grave peligro, y su amigo el detective también lo cree así.

Jimmy escuchó, sin conmoverse, la velada acusación de Connor. Y de nuevo notó, con alguna inquietud, que no obstante habérsele hecho un cargo de traición, nadie pronunciaba una palabra.

— No se trata de lo que piensen los demás, sino de lo que yo pienso, Connor— dijo secamente. — La muchacha debe ser puesta en libertad. Me apetece tanto como a ti el dinero de Reale, pero esta vez tengo el capricho de jugar limpio.

— ¿De veras?—rió Connor, que había visto moverse ligeramente la puerta del armario de detrás de Jimmy.

Este se hallaba sentado, con las piernas cruzadas, en la silla que le fue ofrecida. E1 abrigo de entretiempo que llevara sobre el traje de etiqueta descansaba sobre sus rodillas. Connor se dio cuenta de que estaba llegando el momento decisivo y se esforzó en mantener entretenida la atención de su antiguo compañero. Había comprendido el significado de la ausencia de Goyle y el abrirse de la puerta del armario. En la posición en que se hallaba, Jimmy estaba completamente indefenso.

En el camino hacia casa, Connor estuvo extrañamente nervioso. Ahora su voz se elevó casi en un chillido.

— Eres demasiado listo, Jimmy—dijo— Eres muy aficionado al "esto debe hacerse" y "esto no hay que hacerlo" para que nos agrade tu compañía. Decimos que la chica tiene que quedarse y… ¡se quedará!

El cerebro de Jimmy trabajaba con gran celeridad. Presentía la inmediata proximidad del peligro. Debía cambiar de táctica, Su confianza en el miedo que inspiraba a Connor fue excesiva. No contó con "Los Hampones". ¿De cuál de aquellos hombres podía llegar el peligro? Con una escrutadora mirada abarcó todos los rostros. Los conocía a todos. Sus negras historias

estaban grabadas en su cerebro. Por último se fijó en un abrigo que colgaba de la pared, en un extremo del aposento. Enseguida lo reconoció. Era de Goyle. ¿Dónde estaba su dueño? Valía más contemporizar.

— No tengo el menor deseo de echar por tierra los planes de nadie,—declaró, sacando un guante, como si se dispusiera a marcharse.—Estoy conforme con escuchar vuestra opinión, pero debo hacer constar que la joven me interesa.

Dirigió una reflexiva mirada a la palma de su enguantada mano, como admirando el efecto. Habla algo tan peculiar en aquel ademán, de apariencia inocente, que Connor precipitóse hacia delante, lanzando un juramento.

— ¡Pronto, Goyle!—gritó.

Pero Jimmy fue más rápido. De un salto abandonó la silla y se colocó de espaldas a la pared. En la mano desenguantada brillaba una amenazadora pistola.

La aparición del arma hizo retroceder a los bandidos.

— Quiero verlos a todos —ordenó— Que a ninguno se le ocurra meterse detrás de un compañero. Me gusta ver lo que hacéis. Apártate de tu abrigo, Bat, o te meteré una bala en el estómago.

Con la mano libre mantenía cerrada la puerta del armario, para impedir que el hombre que estaba dentro pudiera salir. Indudablemente el prisionero se había conformado con su suerte, pues no dio señales de vida.

— Ya veo que todos os preguntáis cómo he descubierto la sorpresa que me guardabais dentro del armario—rió Jimmy. Levantando la mano izquierda mostró algo brillante pegado a la palma.

Connor lo comprendió. El espejito cosido a la palma del guante formaba parte del equipo de todo tahúr.

— Ahora, caballeros,—siguió Jimmy, con burlona risa,—debo insistir en trabajar a mi manera. Tú, Connor haz el favor de traer a la señorita que raptaste esta tarde.

Connor vaciló; pero captando una expresión de Bat Sands, abandonó

sombríamente la habitación.

Jimmy no volvió a hablar hasta que Connor hubo regresado con la pálida muchacha. Observó que Kathleen se sentía muy débil, e indicó a uno de los hombres que le ofreciera una silla.

Kathleen vio a un hombre de perilla a lo Van Dyck que la miraba grave y pensativamente. Se advertía que era un caballero, y el corazón le latió con más fuerza al comprender que la presencia de aquel hombre elegantemente vestido, con una desagradable pistola en la mano, significaba su liberación de aquel terrible lugar.

— ¿Es la señorita Kent?—preguntó Jimmy.

Kathleen asintió con la cabeza, no atreviéndose a hablar. Las aventuras de las últimas horas la habían reducido a un estado de completa debilidad. Jimmy notó que la joven se hallaba casi a punto de desmayarse.

— La acompañaré a su casa, señorita— dijo. Y añadió, riendo burlón:—Pero desaprovecha usted lamentablemente la oportunidad única que se le ofrece de contemplar una colección tan espléndida de hampones.

Hizo ademán de irlos presentando y empezó:

— Ese es Bat Sands, señorita; terrible ladrón y posiblemente algo más. George Collroy también se dedica a robar y a ratos perdidos falsifica billetes de Banco. Vennis forma parte de lo más bajo en el mundo del crimen; es un chantajista. Y aquí dentro— siguió Jimmy apartándose del armario — se encuentra la perla de la colección. Le mostraré el amigo que tan discretamente se ha apartado de la escena.

Dirigiéndose al ocupante del armario, ordenó: —Ya puedes salir, Goyle.

No se escuchó ninguna respuesta.

Dirigiéndose a uno de los rufianes que se hallaban en la habitación, Jimmy le ordenó:

— Abre la puerta.

El hombre obedeció, gruñendo:

— Sal, Goyle. — Luego retrocedió, con el asombro reflejado en sus ojos.—Pe… pero… si no hay nadie—tartamudeó.

Lanzando un grito, Jimmy se precipitó hacia el armario. Una mirada bastó para convencerle de que el hombre había dicha la verdad. Después…

Entre los hombres que ocupaban aquella, estancia los había de cerebro muy agudo, hombres acostumbrados a reaccionar velozmente en los momentos de apuro. Bat Sands vio que la atención de Jimmy se apartaba un momento de ellos. Vio también que la pistola dejaba de apuntarles. En Bat Sands pensar era obrar. Al volverse hacia la banda, Jimmy comprendió el error cometido. Una silla rasgaba el aire en su dirección. Saltó a un lado para esquivarla y alguien apagó la luz.

Jimmy tomó de la mano a la joven y la arrastró hacia el armario.

— Entre ahí — ordenó en voz baja, haciéndola entrar en el sitio de donde Goyle había desaparecido tan misteriosamente. Luego se volvió hacia sus atacantes. Oía su jadeante respirar y el crujido de las maderas del suelo. Instintivamente se inclinó, apartando la cabeza del sitio donde debía estar, y algo chocó con terrible violencia contra la pared.

Jimmy encontrábase ante un dilema. Sí disparaba provocaría un alboroto que no le convenía. Por muchos motivos no deseaba atraer la atención de la policía. A menos que corriera peligro la vida de la muchacha decidió no utilizar la pistola. Así cuando Ike Josephs tropezó con Jimmy, se desplomó al suelo sin lanzar un grito, a causa de un terrible golpe en esa parte de la anatomía que ha sido dignificada con el nombre de "plexo solar".

Fue en aquel instante cuando oyó un grito de sobresalto lanzado por la muchacha que se hallaba detrás de él. Luego una voz le hizo latir con fuerza el corazón:

— Calma, calma.

Sólo un hombre tenía aquel acento, y Jimmy bendijo con toda el alma su nombre.

— Por aquí, señorita Kent—decía la voz. —Cuidado con el escalón. No tenga miedo al caballero que está en el suelo. Lo tengo esposado, atado y amordazado. Es completamente inofensivo.

Jimmy soltó una leve risa. El misterio del profundo conocimiento que Ángel demostraba de los movimientos de "Los Hampones", de los de Connor, y la desaparición de Goyle quedaba explicado. No podía estar seguro de que el ocupante de la casa inmediata hubiese abierto una puerta a través de los delgados tabiques, llegando hasta el armario; pero lo sospechaba.

Después un cegador rayo de luz invadió la habitación donde "Los Hampones" seguían buscando a su enemigo, y una amable voz declaró:

— Caballeros, pueden ustedes elegir la salida que prefieran: por la puerta principal, donde les espera mi amigo el inspector Collyer con unos cuantos de sus hombres; o bien por la puerta trasera, donde aguarda el sargento Murtle y siete agentes.

Bat reconoció la voz.

— ¡Ángel Esquire!—exclamó, consternado.

De la oscuridad, detrás de la deslumbrante linterna eléctrica, brotó una alegre carcajada, que sonó muy desagradablemente a los oídos de "Los Hampones".

V. EL CRIPTOGRAMA

El señor Spedding consultó su reloj. Se hallaba en el vestíbulo del Depósito de Valores, paseando por el pavimento de mármol. En la cúpula brillaba una gran araña cuyas luces proyectaban sobre el suelo las entrecruzadas sombras del andamiaje de acero que rodeaba el gran pedestal. A excepción de las doce sillas colocadas en semicírculo al pie de la base de la caja de caudales, el vestíbulo estaba totalmente desprovisto de mobiliario.

El señor Spedding siguió paseando, y sus pasos resonaban a hueco. Cuando habló su voz repercutió en todo el edificio.

— Sólo falta la señorita—dijo, consultan—do de nuevo el reloj.

Dirigióse a los dos hombres, sentados cada uno en un extremo de aquella media luna de sillas. Uno era Jimmy, pensativo y serio; el otro era Connor, inquieto, malhumorado. Detrás de las sillas, a cierta distancia, se hallaban de pie dos hombres con aspecto de albañiles. A los pies tenían una cajas de herramientas y en una tabla un montoncito de arena. A la puerta montaba guardia un impasible policía con el pecho cargado de condecoraciones.

Sonaron unos pasos en el vestíbulo y entro Kathleen Kent, seguida de cerca por Ángel Esquire. El notario dirigió una inquisitiva mirada al detective mientras se adelantaba al encuentro de la muchacha.

— El señor Ángel ha tenido la bondad de ofrecerme su ayuda — declaró Kathleen. Luego, al reconocer a Connor, su rostro enrojeció, añadiendo:—Y en caso necesario, su protección.

El señor Spedding se inclinó.

— Espero que la ceremonia que va a verificarse no la afectará demasiado, señorita—dijo en voz baja, conduciendo a la joven hasta una silla. Luego hizo una seña al policía de guardia.

— ¿Qué van a hacer?.—susurró: Kathleen a su compañero.

Ángel movió la cabeza.

— Lo sospecho, pero no estoy seguro—replicó.

Estaba mirando hacia la gran caja de caudales donde sabía estaba almacenada toda la fortuna del jugador cuya imaginación había preparado aquella extraña escena. El sonar de unos pasos en el umbral le hicieron volver la cabeza. Vio una figura vestida de blanco y más atrás un hombre vestido de negro llevando en un cojín una arquilla de oro. Luego, las terribles y fa—miliares palabras le hicieron ponerse en pie con un estremecimiento: —“Yo soy la resurrección y la vida, dijo el Señor: el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá; y quienquiera que viva y crea en mí nunca morirá”.

La solemne voz del clérigo resonó en todo el edificio. El detective comprendió que las cenizas del viejo Reale iban a su última morada. La lenta procesión avanzó hacía el silencioso grupo. Lentamente se acercó a la base de la caja de caudales. Luego, mientras los pies del sacerdote resonaban sobre los metálicos escalones que conducían a la parte superior, comenzó el salmo más indicado para el alma del viejo Reale.

"Ten piedad de mí, oh Dios, con tu gran bondad… Lávame de toda culpa y límpiame de mis pecados… Líbrame de mis sangrientas culpas, oh Dios…"

A mitad de la gran columna aparecía una pequeña abertura en el granito y dentro de ella fue colocada la arquilla de oro; después, los albañiles subieron hasta allí, con un pulido trozo de granito que rozó con áspero sonido las paredes de la abertura al ser encajado dentro de ella. Tallados en la cara de piedra se leían estas cuatro palabras:

PULVIS

CINIS

ET

NIHIL

Cuando los albañiles se hubieron retirado, y mientras el notario se

despedía del capellán, Ángel se dirigió hacia donde estaba Jimmy.

Mirando hacia donde reposaba el montoncito de cenizas de Reale, y advirtiendo la sonrisa de Jimmy, Ángel preguntó:

— ¿Qué te parecen los latines?

— Sorprendentes ¿no?—replicó el otro.— Reale había visto mucho mundo. Un hombre que viaja aprende un sinfín de cosas.

Con un movimiento de cabeza indicó el epitafio.

— La idea de eso la encontró en Toledo, en la catedral. ¿Lo sabías? En la tumba de Portocarrero. H*ic jacet pulvis cinis et nihil.* Fui yo quien se lo tradujo. El significado le gustó.

Spedding regresó hacia ellos. Fue cerrada la puerta del vestíbulo. El notario traía un fajo de papeles. Sentóse de espaldas a la columna de granito y no perdió un momento en los preliminares.

— Aquí está el testamento del difunto James Ryan Reale—empezó.—El contenido de dicho testamento es conocido por todos los aquí presentes, excepto por la señorita Kent.

Como sus consiguientes palabras demostraron,.el notario era hombre de cierto humor.

— Hace una semana se cometió en mi oficina un robo muy sagaz. La caja de caudales fue abierta y se forzó una de las cajas de depósito. Todos los documentos fueron revueltos, aunque debo hacer justicia al autor de ello—Spedding dirigió un saludo a Connor y otro a Jimmy,—diciendo que no me fue robado nada. Sin embargo hay múltiples pruebas de que el objeto de dicha visita fue examinar este testamento.

Jimmy escuchó sin turbarse la mal velada acusación. El único movimiento que hizo fue para sentarse más cómodamente. Ni siquiera la inquieta mirada que le dirigió la joven le produjo el menor desasosiego.

— Continúe—dijo, mientras el notario parecía esperar alguna palabra de los dos compañeros de Reale. Spedding comprendió perfectamente quién había sido el considerado violentador de la caja de caudales.

— Al copiar los términos de este testamento el ladrón o ladrones obtuvieron una indigna ventaja sobre los demás herederos.

Los papeles crujieron ruidosamente al abrir Spedding el testamento.

— Primero leeré el testamento con todos sus términos legales, luego si alguno de ustedes desea alguna aclaración se la daré.

Kathleen escuchó atentamente la lectura del documento. Las frases, repeticiones y el sin fin de términos legales le produjeron una gran confusión. A pesar de ello se dio cuenta de que el testamento del viejo Reale era algo extraordinario. Se mencionaban casa, propiedades, acciones y bonos… Todo aquello iba a parar a alguien. Unas veces creyó que era a ella, "a Francis Corydon Kent, hacendado, o a sus herederos" otra vez le pareció que la fortuna era heredada por "James Cavendish Fairfax Stannard, Baronet del Reino Unido." Preguntóse si se trataba de Jimmy y creyó recordar vagamente que el quinto baronet de aquel nombre era persona de dudosa moralidad. Mas tarde todo parecía indicar que el legado correspondía a "Patrick George Connor". Incluso había en el testamento un complicado verso que recitó el notario, y se decía algo de una gran caja de caudales. Por fin el señor Spedding dobló el testamento y lo guardó en un bolsillo. A continuación sacó de un sobre cuatro pedazos de papel, —Para ustedes la cosa está bien clara, caballeros—dijo volviéndose hacia los dos hombres.

Y sin aguardar su respuesta dirigióse hacia la desconcertada muchacha y le explicó:

— Usted, señorita Kent, no ha entendido nada ¿verdad? Se lo explicaré todo en pocas palabras. Mi difunto cliente era propietario de una casa de juego. Así reunió una gran fortuna con la cual formó, digámoslo así, un gran premio. Los competidores para ese premio son ustedes. Dicho con más claridad. Esa competición debe celebrarse entre los que fueron arruinados por el señor Reale y los hombres que le ayudaron a arruinarles.

El notario hablaba sin ninguna pasión, cual si estuviera exponiendo alguna hipótesis. A pesar de ello, Connor frunció varias veces el entrecejo.

— Su padre, señorita, fue hace muchos años uno de los que se arruinaron a manos de mi cliente. Entonces debía de estar usted en la escuela. De la noche a la mañana se convirtió en un hombre pobre.

El rostro de Kathleen se endureció.

— ¿Fue así como ocurrió?—inquirió con voz lenta.

— Así fue—repitió el notario.—La fortuna de su padre fue una de las cuatro fortunas que pasaron a los cofres de mi difunto cliente.

Esta descripción de las actividades de Reale, parecía dar a éste cierta respetabilidad.

— Los otros tres arruinados murieron hace tiempo, sin que ninguno de ellos dejara descendencia directa. Usted, señorita, es la única representante de las víctimas. Esos caballeros son lo que se podría llamar la oposición. Esa caja—e indicó un ademán la gran masa de acero que coronaba la granítica columna—contiene la fortuna. Dicha caja es uno de los inventos del finado. En lugar de cerradura tiene seis discos, en cada uno de los cuales se encuentran todas las letras del alfabeto. Estos discos están encajados los unos en los otros como si formaran uno solo muy grande. Por un lado hay una especie de indicador que señala dónde se ha dé formar la palabra de seis letras que abre la caja.

Se interrumpió para enjugarse la frente pues la energía puesta en la explicación lo había acalorado. Luego prosiguió: —A ustedes les toca descubrir que palabra es ésa. Mi difunto cliente, que era aficionado a los acrósticos, rompecabezas e inventos de toda clase ha dejado un verso en el cual se halla la solución.

Tendió una de las hojitas de papel a Kathleen y otras dos a Jimmy y a Connor.

Por un momento el mundo danzó ante los ojos de la muchacha. Con todo cuidado, forzándose en no perder nada del significado de aquel jeroglífico, leyó:

"En un libro bello y útil hallé

este problema sutil.

Un LEÓN altivo y fiero

a una SIERPE perseguía,

y ésta, del LEÓN huyendo,

en una CASA se metía.

Allí una MANO piadosa,

entre unas HOJAS de caña,

ocultóla presurosa,

librándola de la saña,

de su feroz enemiga

Quien resuelva estas cuestiones

se ganará dos millones.

Lo volvió a leer una y otra vez, mientras los demás la observaban. Cada lectura parecía alejarla más de la solución del misterio. Desesperada, se volvió a Ángel.

— No entiendo nada —gimió.— Absolutamente nada.

__Es un verdadero jeroglífico—asintió el notario. — Sin embargo de su solución depende la herencia de toda la fortuna.

El señor Spedding había observado que ni Jimmy ni Connor se habían molestado en leer los papeles.

— El verso que le he entregado, señorita, es una copia exacta del original que obra en mi poder y que puede ser examinado, en cualquier momento, en mi oficina.

Kathleen repasaba el escrito llena de perplejidad.

— Nunca lo resolveré—declaró.

Ángel le quitó suavemente el papel.

— No lo intente ahora. Hay tiempo más que sobrado. No creo que ninguno de sus rivales haya ganado nada con la ventaja de tiempo lograda. Yo

mismo tuve en mis manos, la semana pasada, una copia de ese verso.

La joven abrió de par en par los ojos.

— ¿Usted?

La explicación de Ángel fue interrumpida por un singular suceso.

Connor estaba sentado en un extremo de la hilera de sillas, contemplando con vaga mirada el papel que le entregara el notario. Jimmy se hallaba en el extremo opuesto, acariciándose pensativamente la perilla. De pronto se levantó y dirigióse hacia donde se hallaba su compañero, se inclinó sobre él y le dijo algo al oído. Ángel, que les estaba observando, notó una expresión de profunda sorpresa en los ojos de Connor. Después la incredulidad y la indignación se mezclaron y Connor golpeó con el puño el respaldo de la silla.

— ¿Qué?—rugió.—¿Echar por tierra la posibilidad de una fortuna? ¿Estás?…

Jimmy no levantó la voz, pero agarrando de un brazo a Connor le obligó a sentarse de nuevo. —¡No lo haré!—siguió chillando el otro.

— ¿Crees que voy a despreciar la oportunidad…?

Jimmy le soltó y encogiéndose de hombros se dirigió hacia donde estaba Kathleen.

— Señorita Kent—empezó, añadiendo después de breve vacilación:—Es para mí muy difícil decir lo que quiero. En fin, mi deseo, señorita, es comunicarle que por lo que a mí se refiere, la fortuna es de usted. No haré nada por obtenerla y en cambio le prestaré toda la ayuda posible para descubrir la palabra escondida en el verso.

La muchacha no replicó. Tenía los labios apretados y en su rostro se advertía la misma dureza de expresión que al referirse el notario a la causa de la ruina de su padre.

Jimmy aguardó un momento a que ella hablase, pero como no advirtiera ninguna señal de que iba a hacerlo, encogióse de hombros y marchó hacia la puerta.

— ¡Un momento!

Kathleen había hablado. Jimmy volvióse y aguardó.

— Por lo que entiendo de ese testamento, usted fue uno de los causantes de la ruina de mi padre ¿verdad?—preguntó con voz lenta la joven.

Jimmy la miró sin parpadear.

— Sí—contestó sencillamente.

— Es usted uno de los 'hombres a quien debo dar gracias por los años de miseria y tristeza que he pasado—prosiguió la joven. —Mientras veía a mi padre hundirse lentamente, con el corazón destrozado, bajo el peso de la comprensión de la locura que redujo a su esposa e hija a la miseria; cuando vi morir a mi padre abrumado por sus desgracias, nunca creí encontrar al hombre que fue causa de su ruina.

La mirada de Jimmy conservaba toda su firmeza. Impasible, sereno e imperturbable, escuchaba la amarga acusación.

— Ese testamento dice que usted era un hombre de la clase social de mi padre y que por lo tanto conocía los medios de ganarse la confianza de los seres inocentes que no sospecharían en un aristócrata la bajeza moral que hay en usted.

Como Jimmy no replicaba nada, la muchacha prosiguió:

— Hace unos días me ayudó usted a escapar de manos de unos hombres que usted, con aires de gran superioridad, me presentó como ladrones y chantajistas. Lamentaré hasta el final de mis días que fuese usted quien me prestara aquel servicio. ¡Usted!—La mano de Kathleen se movió despectivamente.—Si ellos eran ladrones ¿qué es usted? ¡Un tahúr! ¡Un señuelo! Un vampiro cebándose en la debilidad de sus víctimas.

La joven se volvió hacia Connor.

— Si ese hombre me hubiera ofrecido su ayuda, la habría aceptado. De mostrarse dispuesto a ceder sus derechos a la fortuna me hubiese sentido impresionada por su generosidad. ¡Pero viniendo de usted, a quien Dios dio la ventaja de un nacimiento elevado, de una esmerada educación, y que se sirvió de todo ello para arruinar a hombres como mi padre, la oferta

es un insulto!

Jimmy estaba intensamente pálido, pero no replicó nada. Sólo sus ojos tenían un brillo más acentuado, y la mano que acariciaba la barbilla se contrajo.

La joven se volvió, agotada, hacia Ángel.

— ¿Quiere usted acompañarme a casa, señor Ángel?—pidió.

Tendió la mano al notario, que había asistido con gran interés a la escena, e ignorando a los dos hombres se volvió para marcharse.

En aquel momento, Jimmy habló.

— No trato de excusarme, señorita Kent— dijo con suavidad.—Por mi vida y mis acciones no merezco el aprecio de ningún hombre ni mujer. Sus acusadoras palabras no hacen ni más fácil ni más difícil mi vida. Su caridad pudiera haber hecho una diferencia.

Viendo que Kathleen se disponía a marcharse la contuvo con un ademán.

— He respondido francamente a la pregunta que usted me ha hecho. Soy, en efecto, uno de los hombres a quienes su padre debió su ruina, puesto que estaba asociado a Reale. Pero en realidad no fui yo quien arruinó a su padre, puesto que hice todo lo humanamente posible por convencerle de que no debía correr aquellos riesgos. Lo cómico de algún lejano recuerdo 1e hizo sonreír.

— Ha dicho usted, señorita, que traicioné a su padre—siguió, sin levantar la voz— en realidad fue a Reale a quien hice traición. Me tomé la molestia de explicar a su padre el secreto de la mesa de ruleta eléctrica de Reale; le demostré la futilidad de arriesgar un penique más.—Se echó a reír.—Veo que estoy suplicando como niño. En fin, dejemos los recuerdos pasados. No quiero entretenerla más.

Jimmy notó que la joven vacilaba un momento, como si fuese a decir algo, y después salió de la habitación. Jimmy habíase vuelto de espaldas a la puerta y tenía la mirada fija en la losa de granito que marcaba la sepultura de Reale. Cuando se hubieron apagado los pasos de la muchacha, el notario rompió el silencio.

— Ahora, *sir* James…—empezó.

Jimmy volvióse impetuosamente hacia él lanzando una imprecación.

— ¡Jimmy!—gritó.—Jimmy es mi nombre y haga el favor de no llamarme de otra forma.

El señor Spedding, acostumbrado a las frases suaves, se sobresaltó visiblemente ante el efecto de sus palabras.

— Le suplico que me perdone—dijo—quería decir…

Jimmy no aguardó a enterarse de lo que el notario quería decir. Volviéndose hacia Connor declaró:

— Tengo que decirte unas palabras.

Su voz era de nuevo serena, pero estaba llena de amenazas.

— Cuando persuadí a Ángel de que te diera la oportunidad de escapar, la noche en que "Los Hampones" fueron detenidos, lo hice con la esperanza de que estuvieras de acuerdo conmigo en que el dinero debía ser cedido a la señorita Kent, tan pronto como se descubriera la palabra. Yo sabía que era alimentar una falsa esperanza, pues en el cuarzo de que estás hecho no hay ni pizca de oro. No eres más que una bestia.

Durante un par de minutos Jimmy paseó por el vestíbulo. Al fin se detuvo.

— Connor, la otra noche intentaste matarme — dijo, de súbito. — Soy vengativo y sé recordar. Puedes seguir adelante y ver de resolver el rompecabezas. Consíguelo como quieras. Roba, compra, haz lo que te parezca. Pero el día que poseas la combinación que abre la caja de caudales de Reale, te mataré.

Hablaba como el hombre que expone un negocio sencillo, y el notario, que en su juventud había escrito un libro acerca del asesino congénito, le escuchaba lleno de admiración.

Jimmy recogió su abrigo y sombrero de encima de la silla donde los dejara, y saludando al notario salió del vestíbulo.

Junto a la puerta de calle, en lugar de un policía, encontró a seis. Todos

ellos, a juzgar por sus condecoraciones habían visto la guerra de cerca. Además observó que cada uno de ellos llevaba al cinto una pistola. Jimmy aprobó las precauciones del notario.

— ¿Guardia nocturna, sargento?— preguntó a uno, cuyos galones declaraban su graduación.

— Nocturna y diurna, señor— replicó el sargento.

— Muy bien—asintió Jimmy, saliendo de la casa.

En el edificio sólo quedaban, además de los guardas, el notario y Connor. También ellos se disponían a marcharse.

El señor Spedding demostraba un gran interés por el criminal que estaba a su lado. Era el tipo perfecto del delincuente profesional.

— ¿Desea que le aclare alguna duda?— Preguntó, mientras salían del gran vestíbulo…

La mirada de Connor se posó en los guardianes.

Veo que no se fía mucho de nosotros —declaró, frunciendo el ceño. —No me fío nada—declaró el notario.

VI. EL SOBRE ROJO

El señor Spedding, el admirable notario, vivía en Clapham Common, donde era propietario de la admirable residencia: "High Holly Lodge".

Era soltero, tenía gran afición a las partidas de *bridge* y sentía una gran debilidad por el vino de Madera. Los vecinos se hubieran asombrado de saber que la cuenta de reparaciones de la casa había ascendido, durante los dos primeros años a bastante más de tres mil libras. Lo que sabían era que el señor Spedding tuvo en su casa, durante un tiempo considerable, a los albañiles, que éstos eran hombres que hablaban un idioma completamente extraño, y que durante el período que duraron las obras estuvieron alojados en un pabellón que se construyó en el jardín.

Un vecino que visitó la casa dijo a sus amigos que, a pesar de tantos albañiles y tantísimo trabajo, no se advertía ningún cambio apreciable en el interior de la casa, ya que ésta había quedado tal como estuviera antes de las reformas. A las discretas preguntas que se le hicieron, el señor Spedding se limitó a replicar que se había instalado algo así como un nuevo sistema de ventilación y que la calefacción de la casa seria también algo nuevo.

Los burgueses acomodados sienten una gran afición a hacer ver de sus amistades toda mejora introducida en sus casas, pero el señor Spedding acogió con su típica sonrisa toda insinuación de visitar su casa.

Pocas noches después de la escena en Lombard Street, el señor Spedding se hallaba en agradable soledad ante su sencilla cena.

Un periódico de la noche, yacía sobre una silla. El notario lo recogió de nuevo para releer el párrafo que anunciaba la puesta en libertad de "Los Hampones". El párrafo decía:

"Los hombres arrestados con motivo del asunto de juego de Poplar han sido puestos hoy en libertad. La policía no ha podido reunir las suficientes pruebas para proseguir la acusación."

El abogado movió dubitativamente la cabeza.

— Me gusta más la definición de Ángel Esquire — dijo. — Es una forma muy linda de salvar el honor de la policía, pero valdría más que "Los Hampones" estuvieran fuera del fuego.

Más tarde tuvo ocasión de variar de idea.

Una llamada a la puerta precedió a la entrada de un sereno mayordomo. El notario examinó la tarjeta que le tendía y después de vacilar, ordenó:

— Hágale pasar.

Jimmy entró en la habitación y se inclinó ligeramente, mientras el notario acudía a su encuentro.

Aguardaron en silencio a que se retirase el mayordomo.

— ¿A qué debo el honor?—inquirió el señor Spedding, invitando a Jimmy a que se sentara.

— ¿Puedo fumar?—pidió Jimmy.

El notario asintió.

— Se trata de los millones de Reale,— empezó Jimmy, siguiendo con la vista la columna de humo de su cigarrillo.

— Tenía entendido que ese asunto sólo debía discutirse en mi oficina y en horas de trabajo—indicó secamente el notario.

Jimmy asintió con un movimiento de cabeza.

— Reconocerá usted, señor, que el testamento de Reale es lo bastante anormal para permitir que nos apartemos un poco de los trámites corrientes—dijo Jimmy.

El señor Spedding hizo un ademán de impaciencia.

— No me meto en sus asuntos—prosiguió Jimmy.—No siento ninguna curiosidad por saber cómo se iniciaron sus relaciones con su difunto cliente, ni qué remuneración recibió para hacerse cargo de un trabajo tan

extraordinario; pero estoy convencido de que ha cobrado lo suficiente para compensarle molestias como esta de mi visita a una hora tan intempestiva.

Como advirtiendo la lógica de las declaraciones de Jimmy, el notario se limitó a encogerse de hombros, cosa que no le comprometía a nada.

— No quiero adentrarme en sus motivos— siguió Jimmy.—Estoy seguro de que ocupa usted un puesto ideal entre cliente y agente.

Su pausa fue esta vez más larga, haciendo que al fin Spedding se impacientara.

— Bien—dijo al fin el notario.

— Pues bien, el caso es—continuó Jimmy —que me extraña mucho que al leer usted el testamento no nos dijera nada de la existencia de una clave para la solución de este misterioso verso.

— Que yo sepa no existe clave alguna— se apresuró a añadir Spedding.

— También me extrañó mucho—añadió Jimmy, como si no hubiera advertido la interrupción—que no dijera una palabra del sobre rojo…

Spedding se puso en pie, pálido como un muerto.

— ¡El sobre!—exclamó irritado.—¿Qué sabe usted…? ¿De qué sobre está hablando?

Con un ademán, Jimmy le hizo sentarse.

— Dejémonos de aspavientos, de peleas y de honores ultrajados. Se lo ruego, señor Spedding. No sugiero que tenga usted ninguna intención pecaminosa al ocultar los detalles de lo que mi amigo Ángel llamaría "el paquete sorpresa". Estoy seguro que, a su debido tiempo, nos hubiera usted comunicado su existencia.

— No sé nada de ningún sobre rojo — afirmó el notario.

— No esperaba que dijese usted eso—declaró Jimmy.—No es usted de los que ceden al primer ataque. En realidad, me hubiera decepcionado verle admitir la acusación.

El notario dio unos pasos por la habitación.

— Óigame—dijo, deteniéndose ante Jimmy, cuyo rostro hallábase envuelto en una nube de humo de tabaco.—Ha perdido gran parte de su tiempo insinuando, más o menos abiertamente, que soy un canalla. ¿Puedo preguntarle con qué fines lo ha hecho? ¿Se trata de un chantaje?

— No—replicó Jimmy, sin afectarse lo más mínimo por la crudeza de la pregunta.

— Todo cuanto tengo que decirle, pues, es que termine de decir lo que quiera y se marche. Por lo demás, puede acudir mañana a mi oficina, interrogar a los empleados y registrarlo todo. Le acompañaré a mis Bancos y a mi caja de seguridad. Registre todo cuanto quiera en busca de ese sobre rojo y si lo encuentra, puede sacar las deducciones que quiera.

Jimmy dio unas chupadas a su cigarrillo, dirigiendo luego una mirada al techo.

— ¿Habla usted español?—preguntó al fin.

— No—contestó el otro, impaciente.

— Es una lástima.—En la voz de Jimmy se advertía un genuino pesar.—El español es un idioma muy útil, sobre todo en la Argentina, que es un país encantador, y por el cual los notarios que traicionan los secretos de sus clientes sienten una gran predilección. Mis conocimientos de español, aunque son grandes, necesitan, de cuando en cuando, alguna práctica. Hace unos días estaba practicando con un hombre que, según creo, se llama Borrel. ¿Le conoce?

— Si ha terminado ya. llamaré al criado— replicó el notario.

— Ese español me explicó una historia muy curiosa. Acaba de llegar de Barcelona, y por ser albañil, o cosa por el estilo, fue traído a Inglaterra, con otros compañeros de su misma ciudad, para hacer ciertas reformas. ¿Sabe usted dónde? Pues en casa de un señor que vive… precisamente… en Clapham.

El notario respiraba con cierta fatiga. —Por lo que pude entender—prosiguió, lánguidamente, Jimmy,—ya que mi español no es catalán sino andaluz, por lo cual perdí gran parte de sus palabras debido a

su difícil acento, las reformas citadas se dedicaron, especialmente, a la construcción de cajas fuertes, cámaras acorazadas, todo magníficamente disimulado bajo la madera, ladrillos, bóvedas, en el suelo de inocentes cocinas, etcétera. También me habló de escaleras construidas dentro de paredes que parecían completamente macizas.

La suavidad desapareció de la voz de Jimmy, que se irguió en su sillón.

— No tengo ningún deseo de registrar su oficina—dijo.—Mejor dicho, no deseo volverla a registrar, pues he examinado ya atentamente hasta su último rincón y agujero de ella. No—se apresuró a añadir, adivinando las palabras que trataba de pronunciar Spedding.—No fui yo el autor del robo a que hizo usted referencia. Le puedo jurar que usted nunca halló el menor rastro de mis investigaciones. Puede guardar las llaves de sus cajas de seguridad. No tema que moleste a sus banqueros.

— ¿Pues qué es lo que quiere?—preguntó el notario.

— Quiero ver lo que tiene abajo y sobre todo, quiero ver el sobre rojo.

El notario frunció el entrecejo. Su mirada estaba fija en Jimmy. Al fin, lentamente, dijo:

— Suponga que exista semejante sobre. Suponga, para evitar discusiones, que esas cámaras acorazadas, esas escaleras y todo lo demás de que ha hablado, también existen. ¿Tiene usted algún derecho por encima de los demás beneficiarios para exigir un examen privado de dicho sobre? ¿Debo darle una injusta ventaja sobre los demás?

Jimmy se levantó y antes de replicar se desperezó.

— Sólo reconozco un heredero legal: la muchacha. El dinero es suyo. Yo no quiero ni un peñique, y estoy igualmente decidido a que nadie toque un solo peñique de esa fortuna. Ni mi amigo Connor…—Jimmy se interrumpió un momento para dar mayor énfasis a sus palabras. Luego terminó: Ni usted.

— ¡Caballero!—exclamó el ultrajado señor Spedding.

— Ni usted, señor Spedding—repitió Jimmy, acentuando bien sus palabras.—Entendámonos bien. Tal como le veo, es usted un ciudadano respetable. Le confiaría sin temor alguno un legado de diez o cien mil

libras. Pero ni a usted ni a hombre alguno en el mundo le confiaría dos millones en dinero contante y sonante. La magnitud de la suma es para hacer vacilar la más firme moral. Cuanto antes esté el sobre rojo en poder de Ángel Esquire, mejor para todos.

Spedding permaneció con la cabeza inclinada, acariciándose nerviosamente la barbilla. Estaba reflexionando.

"Ese hombre tiene el cerebro muy ágil", pensó Jimmy. "Si no voy con cuidado, me expongo a tener un disgusto".

Observó el rostro del notario y de pronto vio que a él volvía su plácida sonrisa.

"Conciliación y confesión parcial", juzgó Jimmy. Su diagnóstico fue acertado.

— Bien, señor Jimmy, puesto que sabe usted tanto, le diré algo más—dijo el notario.—como tan hábilmente ha descubierto, mi casa es, en gran parte, una cámara acorazada. Existen numerosos documentos de gran valor que no pueden ser dejados en mi oficina. Bajo mi vista, por decirlo así, están mucho más seguros. Debo confesar que los papeles del señor Reale se encuentran aquí; pero, fíjese bien en esto, ignoro si el sobre rojo de que usted habla se encuentra entre ellos. Hay un sinfín de documentos relacionados con el caso, y me ha sido imposible examinarlos todos. Es muy tarde, pero…— se interrumpió, indeciso,—…si desea usted inspeccionar los misterios del sótano…— sonrió con benevolencia,—tendré un gran placer en que me acompañe en la inspección.

Jimmy estaba con todos los sentidos alerta.

— Indíqueme usted el camino—dijo secamente.

Tras un momento de vacilación, Spedding se dirigió a la puerta y salió al vestíbulo.

Contra lo que esperaba, el notario subió al primer piso, haciéndole entrar en un sencillo dormitorio y de allí a un pequeño vestuario. En la pared se veía un vulgar guardarropa que abrió Spedding. De las perchas colgaban una docena de trajes. El notario rebuscó entre ellos y al fin se oyó un

chasquido y todo el guardarropa se hundió hacia el interior de la pared.

Spedding se volvió hacia su visitante, comentando:

— La manera que tuvo su amigo Ángel de entrar en la guarida de "Los Hampones" no fue nada original. Vamos.

Jimmy siguió a Spedding. Las tinieblas le rodearon. Luego se oyó el chasquido de un interruptor y al hacerse la luz se encontró en una pequeña habitación donde dos hombres podían permanecer cómodamente de pie. El guardarropa volvió a cerrarse.

En un lado veíase una palanca de acero. El notario la movió suavemente y Jimmy sintió que el suelo descendía.

— ¿Un ascensor?—preguntó.

— Un ascensor—replicó Spedding.

Fueron bajando hasta que Jimmy calculó que debían encontrarse a unos siete metros bajo el nivel de la calle. Entonces el ascensor se detuvo frente a una puerta. Spedding la abrió con una llave que sacó del bolsillo. De nuevo se hallaron en una fría y completa oscuridad.

— Ahora encenderé la luz—anunció el notario, buscando el interruptor.

Se hallaban en una amplia cámara abovedada. En el techo brillaba una potente lámpara. En un extremo se veía una puerta de acero, y a ambos lados, en estanterías de hierro, hallábase una gran cantidad de cajas barnizadas de negro.

Jimmy se fijó en las inscripciones y se quedó bastante sorprendido ante la importancia de los negocios del notario. Spedding debió de leer sus pensamientos, pues volviéndose hacia él le dijo con una irónica sonrisa:.

— Nada de eso hace sospechar que sea un hombre aficionado a los fraudes.

— A eso, señor Spedding, le responderé que dos millones son muchos millones, y más cuando pueden ser muy fáciles de conseguir. En tales condiciones no me fiaría ni del gobernador del Banco de Inglaterra.

Si Spedding se resintió de estas palabras, procuró disimularlo lo mejor posible.

Al abrirse la puerta de acero, Jimmy vio un pequeño aposento de metro y medio por dos, cuyo techo podía alcanzar con la mano. Se notaba una corriente de aire fresco, aunque era imposible adivinar de dónde provenía. Los únicos muebles de la habitación eran una mesa escritorio y un sillón de muelle, colocados exactamente bajo la lámpara eléctrica.

Spedding abrió un cajón de la mesa.

— Aquí no cierro los cajones—dijo plácidamente.

Aquel hombre no se perdió en excusas ni demostró el menor embarazo mientras sacaba un abultado sobre rojo que dejó encima de la mesa.

El lector no habrá olvidado su negativa de que el sobre rojo existiera. Jimmy le dirigió una mirada de curiosidad que le fue devuelta por el notario.

— ¿Soy un tipo nuevo entre los que usted conoce?—preguntó Spedding.

— Casi. En América conocí a uno muy parecido a usted. Por cierto que le ahorcaron.

— Es curioso—musitó el notario.—Muchas veces he pensado qué podrían ahorcarme, pero nunca he comprendido por qué…— Estuvo a punto de añadir algo, pero se contuvo.

Jimmy tenía el sobre rojo en las manos y lo examinaba con toda atención. Estaba abundantemente lacrado con el sello del notario, y escrito por la torpe mano de Reale se leía: "Ideas sobre rompecabezas" Lo sopesó y luego lo apretó. Dentro había algo compacto.

— Lo abriré — declaró Jimmy. — Como es natural, usted lo habrá registrado ya. El notario no replicó nada.

Jimmy rompió los sellos. Sus pensamientos estaban divididos entre el contenido del sobre y lo que pensaría hacer el notario. Jimmy conocía demasiado bien a los hombres para dejarse engañar por la docilidad del señor Spedding. No perdía el menor de sus movimientos. Durante todo el tiempo que permaneció aparentemente abismado en el examen del paquete, su mirada no se apartó ni un instante del notario. Que éste no

hiciese el menor movimiento, era una prueba más de que pensaba dar el golpe.

— Tanto da que examinemos el sobre arriba—dijo el notario.

Jimmy asintió, siguiéndole fuera del cuartito. Spedding cerró la puerta y después se volvió hacia su acompañante.

— ¿Se ha fijado usted en lo bien construida que está esta cámara?

Jimmy puso en tensión todos sus sentidos. La alegría del notario, sus observaciones tan fuera de lugar, eran muy sospechosas.

— Esto, por ejemplo—Spedding golpeó una de las cajas negras,—parece una caja corriente. En realidad, es un ingenioso artefacto para cazar ladrones si por un imposible consiguieran llegar hasta aquí. No se abre con ninguna llave, sino por medio de un botón que se puede oprimir desde aquí o desde mi cuarto.

Con paso indiferente se dirigió hacia el otro extremo de la cámara. Jimmy le siguió.

A pesar de su corpulencia, Spedding era un hombre muy ágil. Jimmy no lo había tenido en cuenta.

Lo advirtió cuando, de pronto, se apagaron las luces. Jimmy se lanzó sobre el notario, pero chocó contra la pared. Buscó a derecha e izquierda, encontrando sólo el vacío.

— No se mueva—ordenó la serena voz de Spedding, desde el otro extremo del sótano.—Serénese un poco, pues voy a mostrarle cómo funciona mi trampa para ladrones.

Jimmy buscaba en la pared el interruptor de las luces. Como si adivinara su intención, el notario dijo:

— La electricidad está cortada, Jimmy. Y yo me encuentro por completo fuera de su alcance.

— Ya lo veremos—replicó Jimmy.

— Si empieza a disparar no conseguirá más que hacer un poco menos

respirable la atmósfera de este lugar.

Jimmy sonrió en la oscuridad. El notario oyó el característico ruido de introducir una bala en la recámara de una pistola Colt.

— ¿Se fijó en el pequeño ventilador?— preguntó Spedding.—Pues estoy detrás de él. Entre mi cuerpo y sus balitas de níquel se levanta medio metro de pared maciza.

Jimmy no replicó nada, pero guardó de nuevo la pistola. En un bolsillo tenía su linterna eléctrica, pero prudentemente la conservó allí.

— Antes de seguir adelante, ¿quiere informarme acerca de sus intenciones?—pidió.

Necesitaba tres minutos. Los necesitaba desesperadamente; tal vez le bastaran dos. Mientras el notario estaba hablando, él empleaba activamente su tiempo. En cuanto se apagaron las luces, se quitó los zapatos. Luego avanzó en silencio, tanteando la pared.

— En cuanto a mis intenciones—declaró el notario,—ya habrá usted comprendido que ni por un momento he pensado en entregarle a la policía. En lugar de eso, amigo mío, y aunque no tengo nada de sanguinario, es mi intención enviarle a otro mundo mejor.

En las tinieblas resonó la insolente risa de Jimmy.

— Es usted un hombre peligroso, Jimmy—siguió, con acento pesaroso.—Hubiera querido ahorrarme este doloroso deber; mas debo hacerlo por mi bien y por el de la sociedad.

— Es usted un hombre divertido—replicó Jimmy.

— Me alegro de que lo crea así. Amigo Jimmy, lamento mucho que nuestra conversación tenga que terminar aquí. ¿Sabe usted algo de química?

— Un poco.

— Entonces apreciará las cualidades de mi trampa para ladrones—prosiguió Spedding, con malévola satisfacción.—Tal vez se haya fijado usted en la caja barnizada con la tapa llena de agujeros. ¿La

ha visto? ¿Sí? ¡Bien! Esa caja consta de dos departamentos separados. En dichos departamentos hay una determinada cantidad de productos químicos. Mi mano está apoyada en la palanca que sirve para mezclarlos. Cuando el cianuro de potasio se mezcla con el ácido sulfúrico, ¿sabe qué gas se forma?

Jimmy no replicó. Por fin había hallado lo que buscaba. Su charla con el albañil español tuvo un fin. Acababa de encontrar un pequeño saliente de piedra en la pared.

Lo empujó hacia abajo y notó una ráfaga fría. Alargó la mano y donde antes existía un muro sólido había ahora un espacio vacío.

— ¿Me oye, Jimmy?

— Sí — contestó el interpelado mientras buscaba los bordes de la puerta secreta. Por fin halló el agarradero para cerrar.

— Se forma el ácido prúsico o hidrociánico—explicó la suave voz del notario. Al mismo tiempo Jimmy oyó el chasquido del botón.

— ¡Adiós!—dijo Spedding.

Jimmy cruzó la puerta cerrando tras él, al mismo tiempo que entraba una ráfaga de aire fuertemente cargada de olor a almendras.

VII. LO QUE CONTENÍA EL SOBRE ROJO

"Mi querido Ángel", escribió Jimmy. Te recomiendo un tal señor Spedding. Es hombre muy ingenioso. Si por casualidad alguna vez tienes que visitarle, hazlo en horas de oficina. Sí deseas examinar sus más secretas posesiones, entra en una desagradable casa de Cleys Road, a un tiro de piedra de "High Holly Lodge". Hay un gran cartel que anuncia: "Se alquila". En el sótano encontrarás una carbonera. Si registras bien dicha carbonera, encontrarás un tramo de escaleras que conduce bajo tierra hasta que llega a los muy privados sótanos blindados del amigo Spedding. Si esto parece un párrafo arrancado de Dumas o de Harrison Ainsworth, no es culpa mía. Ayer noche visité a nuestro consejero legal y el resultado fue una velada muy emocionante. El que esta mañana me encuentre vivo es un tributo a mi previsora sabiduría. El resultado de mi visita es el siguiente: tengo la clave para encontrar la palabra que ha de abrir la caja de caudales. Ven a recogerla."

Ángel encontró este mensaje en Scotland Yard. También él había pasado muchas horas en vela tratando de resolver el misterio del enredado verso.

Un telegrama hizo acudir a Kathleen a la ciudad. Ángel se reunió con ella en un pequeño restaurante de Rupert Street, y quedó muy impresionado por la delicada belleza de la joven.

Ésta le saludó con triste sonrisa.

— Temí que no quisiera volver a verme después de mi comportamiento de la otra |noche—dijo.—Aquella… persona, es amigo de usted, ¿no?

— ¿Se refiere a Jimmy?—preguntó, sonriendo, el detective.—Pues… sí, Jimmy está a punto de convertirse en amigo mío; pero, de todas formas, se merece todo cuanto usted le dijo, y además él lo sabe.

El rostro de la joven se ensombreció con el recuerdo de Jimmy.

— Nunca comprenderé cómo un hombre de su capacidad pudo

convertirse…—empezó.

— ¡Pero si le dijo que no tomó parte en la ruina de su padre!—protestó Ángel.

La muchacha se volvió hacia él con los ojos desorbitados por el asombro.

— Supongo que no querrá usted que crea sus excusas.

Una profunda gravedad llenó el rostro de Ángel Esquire.

— Precisamente, eso es lo que quiero— replicó.—Jimmy no es de los que procuran excusar sus defectos. Además, es incapaz de decir una mentira con el fin de aparecer mejor de lo que es.

— Pero…— Kathleen estaba desconcertada.—Es un ladrón… un hombre malo.

— Un ladrón sí, pero no un hombre malo. Jimmy es un rompecabezas para la mayoría de la gente. Para mí es completamente comprensible. Tal vez sea porque yo tengo también mucho de delincuente. —¡Cómo quisiera compartir su fe en él! Tal vez entonces podría absolverlo de toda culpa en la ruina de mi padre.

— Creo que puede hacer sin miedo eso— declaró, casi con alegría, Ángel Esquire.— Créame. A Jimmy no puede juzgársele por los métodos corrientes. Si me pide usted que se lo describa, le diré que es un genio que trabaja en un círculo excéntrico que unas veces sobrepasa y otras queda por debajo del rígido círculo de la Ley. Si fuera un policía y además su peor enemigo, y me preguntara usted de qué puedo acusarle, le contestaría que de nada. No sé de ningún crimen que achacarle, excepto que en determinadas ocasiones ha trabajado en sociedad con delincuentes muy dudosos. Pero eso mismo puede aplicárseme a mí. Oiga, señorita Kent. El primer gran caso internacional en que figuré fue un gigantesco fraude en el Banco Egipcio. Estaban en juego unas cuatrocientas mil libras, y aunque la cosa, vista desde fuera, no arrojaba ninguna culpa sobre Jimmy, nosotros, que trabajábamos dentro, teníamos muy fundadas sospechas acerca de él. Los accionistas del Banco eran todos potentados egipcios. Y el presidente era no sé qué pachá, y el canalla mayor que ha pisado la tierra. Es muy difícil decir a una señorita todo lo canalla que era, pero se lo puede usted figurar. Pues bien; el pachá

sabía que Jimmy era el autor del desfalco, y nosotros sabíamos que lo sabía, pero no nos atrevíamos a decirlo. La detención de Jimmy hubiera provocado la inmediata ruina del banquero. Fue entonces cuando me di cuenta de la clase de hombre con quien tenía que enfrentarme, y desde aquel momento siempre que el nombre de Jimmy aparece unido a algún escándalo me dispongo a averiguar que la víctima merece todo cuanto le ocurre y mucho más.

La muchacha se estremeció.

— Es horrible. ¿No podría un hombre así utilizar su talento en cosas mejores?

Ángel se encogió de hombros.

— He dejado ya de preocuparme por los talentos mal empleados; eso es algo que me afecta muy de cerca. Pero me alegro, por Jimmy, de que la conversación haya tomado estos derroteros, pues le voy a pedir que hoy se entreviste con él.

— ¡Oh, no podría!

— ¿Está usted pensando en lo que ocurrió la noche de la lectura del testamento? Debe olvidarlo. Jimmy tiene la clave del verso y es completamente necesario que se halle usted presente esta tarde.

Después de algunas protestas, la joven accedió.

* * *

En el saloncito de la vivienda de Jimmy, éste y sus dos visitantes se sentaron alrededor de una mesa llena de papeles.

Kathleen se había enfrentado con cierta inquietud con Jimmy. La cortés inclinación de éste hizo más por tranquilizarla que si se hubiera esforzado en ganar su buena opinión.

Sin entretenerse en preliminares, Jimmy mostró el contenido del paquete. En ningún momento hizo la menor mención de cómo había llegado a su poder.

— De todos estos papeles — empezó Jimmy, golpeando el sobre rojo, —

sólo hay uno que sirva de algo. Y aun ése no hace más que enredar las cosas. Es indudable que Reale hacía mucho tiempo que estaba pensando en este jeroglífico. Debió de hacer muchos experimentos antes de decidirse por el último. Indicó una cartulina donde se veían unas cuantas palabras escritas por la mano de Reale. Ángel leyó:

"Utilizaré una palabra de cinco letras, o sea:

"1. Blanca cada 24 segundos.

"2. Fija blanca y roja.

"3. Blanca grupo dos cada 30 segundos.

"4. Grupo int. blanca sect. roja 30 segundos.

"5. Fija blanca y roja.

Debajo se leía, además: "No sirve; demasiado fácil".

El detective frunció el entrecejo.

— ¡Que me maten si veo dónde está la facilidad!—exclamó.—Para mí ese problema es tan enrevesado como el otro.

Jimmy asistió con satisfecha sonrisa al asombro del detective. No miraba directamente a la muchacha, pero con el rabillo del ojo podía verla inclinada ansiosamente sobre la cartulina, su bella frente fruncida en un desesperado intento por descifrar aquel misterio.

— Sí, era fácil—dijo Jimmy.—Y si Reale hubiera fiado a este criptograma el secreto de la caja de caudales, haría tiempo que la hubiesen abierto. Ángel estudió la misteriosa clave. —A mi entender, la palabra es "smock", mas pudiera ser…

— ¿Cómo diablos…?—empezó Ángel, lleno de asombro.

— —Es muy fácil — contestó, muy alegre. Jimmy,—y me asombra que un gran viajero como tú no lo descubra.

— "Grupo int. blanco sect. rojo 30 segundos"—leyó Ángel. Jimmy se echó a reír. Era la primera vez que la joven veía a aquel extraño hombre echar a

un lado su habitual reserva. Y notó con indecible satisfacción que cuando se reía era muy atractivo.

— Deja que te lo traduzca—dijo Jimmy.— Convirtámoslo, ensanchándolo, en: "Grupo intermitente blanco con sectores rojos cada treinta segundos". ¿Lo entiendes ahora? Ángel movió negativamente la cabeza.

— Me creerás muy torpe, pero no entiendo ni palabra. A pesar de tu clarísima explicación, continúo en las tinieblas. Jimmy volvió a reír.

— Supón que esta noche vas a Dover y te sientas al final del Muelle del Almirantazgo. La noche es muy hermosa, el cielo está lleno de estrellas, y tú miras hacia Francia. ¿Qué ves?

— Nada—replicó Ángel.—Tal vez las luces de algunos barcos, los destellos del faro de Calais…

— ¿Destellos intermitentes?—sugirió Jimmy.

— ¡El "int."! Pero… si parece mentira. —Me alegro de que empieces a ver claro.

Lo que hizo el viejo Reale fue copiar los nombres de cinco famosos faros. Cualquier almanaque náutico te los dará:

Sanda.

Milford Haven.

Orkneys (Islas).

Caldy (Islas).

Kinnaird Head.

"Forman un acróstico, y uniendo las letras iniciales se obtiene la palabra "smock"; pero era demasiado fácil y al mismo tiempo, demasiado difícil, pues hay dos o tres faros, sobre todo los de luces fijas, que son exactamente iguales. Por lo tanto, tuvo que abandonar esa idea.

Ángel lanzó un suspiro de admiración.

— ¡Jimmy, eres maravilloso!—declaró.

Jimmy, mientras rebuscaba por entre los papeles, dirigió una mirada a la muchacha.

"Soy muy humano", pensó. Y este descubrimiento le produjo un profundo malestar.

— Ahora llegamos a la pista más importante—dijo, alisando sobre la mesa un arrugado papel.

— Creo que esto está íntimamente relacionado con el verso.

Tres cabezas se inclinaron a la vez sobre el papel.

En él se veían cinco líneas unidas entre sí y formando cuatro ángulos rectos, y al lado otro dibujo representando una especie de manopla.

, —Es indudable que esto quiere decir algo, pero ¿qué?—dijo Jimmy.—El viejo Reale lo dejó como pista para algo, mas el dibujo es muy imperfecto.

Sacó del bolsillo su copia del jeroglífico y sobre un papel escribió unas cuantas palabras. Luego las mostró a sus compañeros:

— Mirad. Las palabras escritas en mayúsculas en el acróstico son las siguientes:

LEÓN

SIERPE

LEÓN

CASA

MANO

HOJAS

"Si tomamos las iniciales, obtendremos seis letras: "LSLCMH". Al no haber ninguna vocal no se puede obtener una palabra legible, y es indudable que Reale no juntó las letras al azar. Es más, para abrir la caja necesitaba una palabra fácil de recordar. Además, el problema hubiera sido sencillísimo.

— Estos dos dibujos me son vagamente familiares—dijo en aquel momento Kathleen, examinando el papel donde estaban trazados.

— ¿Qué le recuerdan?—preguntó rápidamente Ángel.

— No sé. Es como cuando uno oye en su cerebro una música que es incapaz de repetir con los labios. Estoy segura de haber visto esos dos signos en algún sitio. Están relacionados con algo así como una Biblia…

Los dos hombres la miraron llenos de asombro. De pronto, Jimmy se puso en pie de un salto.

— ¡Sí, si!—exclamó.—¿No lo comprendes, Ángel? ¿Recuerdas el principio del criptograma?:

"En un libro bello y útil…"

— ¡Siga usted, señorita!—exclamó Ángel —Está sobre la buena pista. Trate de recordar…

— Es imposible. Cada vez se me embrollan más las ideas. Si tuviera una…—y por primera vez miró fijamente a Jimmy. Este, sonriendo, replicó:

— Siento decepcionarla, señorita, pero tengo una Biblia. Aquí está.—Y sacándola de un estante, la tendió a la joven.

Kathleen hojeó atentamente el volumen, pero la inspiración parecía haber muerto en ella.

— Es inútil—musitó, cerrando la Biblia y dejándola sobre la mesa.

— Aquí tenemos otra pista excelente—dijo Jimmy, sacando otros papeles escritos por Reale.—Se trata de las notas acerca del profesor.

La primera dice: "Confrontar con el nuevo libro del profesor".

La segunda reza: "Hacer lo que el profesor cree preferible."

Y la tercera: "Escribir al profesor, acerca…"

"¿Quién es el profesor? ¿Qué libro es ése? ¿Y qué es lo que aconseja? Es indudable que Reale estaba en comunicación con él. Deseando hacer bien las cosas, Reale solicitó su consejo. En todos estos papeles no se ve ni

rastro de ninguna carta. Y si existe algún libro, ese se encuentra aún en casa de Sped… está en el sitio de donde vino este sobre.

Los dos hombres cambiaron una rápida mirada.

— Sí—declaró Ángel, como respondiendo a la no formulada pregunta.—Podría hacerse.

La joven miró a sus dos compañeros.

— —¿Es que eso significa que se va a correr un nuevo riesgo? — inquirió. — No he preguntado nada acerca de cómo llegó a su poder ese sobre rojo, pero estoy segura de que no se consiguió sin peligro.

Ángel no hizo caso del movimiento de cabeza de Jimmy. Estaba dispuesto a que la joven conociera la parte mejor del carácter de su extraño amigo.

— Para conseguir ese paquete, señorita Kent, Jimmy se expuso a morir de una manera muy desagradable—declaró.

— Entonces prohíbo que se corran nuevos riesgos—dijo la muchacha.—Creo que dije bien claro que no aceptaría favores de su amigo y mucho menos, el favor de su vida.

Jimmy la escuchó sin conmoverse. Su lengua sabía ser mordaz, cuando le convenía, y eligió aquel momento para serlo.

— Creo que la señorita Kent se ha olvidado de que también yo soy parte interesada en este asunto—dijo.—Debe recordar que al rechazar mi oferta de cederle mi parte en los derechos a la fortuna, me convertí, de nuevo, en uno de los aspirantes a ella. Todos estos riesgos los corro menos por motivos quijotescos que por el afán de hacerme con una redondeada fortuna.

Ante estas palabras, la muchacha pareció vacilar. Luego se indignó consigo misma por haber pronunciado aquellas palabras.

— Si el libro se encuentra donde los otros papeles, será fácil apoderarse de él—continuó Jimmy.—Si el profesor aun está vivo, podremos encontrarle. Mañana mismo tendré en mi poder una lista de todos los libros escritos por profesores de lo que sean.

Le asaltó algún pensamiento cómico, pues se echó a reír, añadiendo después:

— Buenas lecturas nos esperan. Sabe Dios a qué misteriosas regiones nos trasladará ese profesor. Sé de uno que escribió un tratado de sociología en diez volúmenes, otro que exprimió su cerebro en las mil doscientas páginas de dos tomos enormes. Ya me imagino a tres personas sumidas en un caos de literatura, estudiando a los leones, serpientes y demás. El cuadro presentado era tan cómico, que la gravedad de la joven se desvaneció, y con una estrepitosa carcajada se inició la amistad con el hombre que era un ladrón o algo peor.

Jimmy recogió los papeles, guardándolos cuidadosamente en el sobre, que tendió a Ángel.

— Colócalo en el archivo—dijo.

— ¿Por qué no lo guardas tú?—preguntó, sorprendido, Ángel.

Jimmy se acercó a la puerta de un balconcito. Echó una rápida mirada a la calle y después llamó a Ángel.

— ¿Ves a aquel hombre?—y señaló a uno que se encontraba en la acera de enfrente.

— Sí.

Jimmy volvió al centro de la habitación.

— Pues ése es el motivo—dijo, sencillamente.—Esta noche o mañana por la noche se cometerá un robo en esta casa. No creerás que los interesados estén dispuestos a dejar que se les vaya de entre las manos una fortuna, sin hacer ningún esfuerzo por salvarla.

.—¿Se refiere usted a aquellos hombres tan horribles que me raptaron?—preguntó Kathleen.

— Es muy posible—contestó Jimmy.—Pero pensaba en otra persona.

La joven se había puesto el abrigo y se hallaba, vacilante, junto a la puerta. Ángel estaba aguardando.

— Adiós—dijo al fin Kathleen.—Temo… haber sido injusta con usted, y… y quiero darle las gracias por todo lo que ha hecho en mi favor. Sé que… me he portado muy mal…

— No ha sido injusta conmigo, señorita— replicó Jimmy, en voz baja.—Soy todo lo que usted dijo, y algo más.

Kathleen le tendió la mano y él se la llevó a los labios, cosa que nadie había visto hacer jamás a Jimmy.

VIII. EL VIEJO GEORGE

Un forastero que iba a hacer una visita a esa parte norte de Kensington que se levanta en las proximidades de Ladbroke Grove, se extravió. Vagó por calles y pasajes, por tranquilas plazoletas donde se adivinaba la prosperidad de la alta clase media. No debía de tener demasiada prisa por llegar a su destino, pues aunque se cruzó con un policía no acudió a él en busca de la información que le permitiera llegar a su destino. Este desconocido, que nada tiene que ver con la novela, descubrió que Kensington Park Road es una amplia avenida con grandes jardines. Luego torció por una calle lateral, avanzó veinte pasos y se encontró en el corazón de los *slums*.

No son unos *slums* vulgares los que ocupan el espacio entre Westbourne Grove y Kensington Park Road. No hay allí ruinosas barracas, ni ruidosos pasajes; se trata de calles con casas dignificadas por amplias escalinatas ante las puertas, puertas enormes, viviendas donde unas sirvientas, muertas ya hace mucho, servían las necesidades de la clase media inferior de otros tiempos. Las calles están invadidas por un ejército de niños escuálidos, en un grado más o menos elevado de suciedad, los portales carecen de alfombras, y en algunas de dichas viviendas los inquilinos son ocho o nueve familias, que viven en un verdadero hacinamiento.

Son calles de mujeres belicosas, que hacen toda su vida en la puerta, envueltas en raídos mantones.

En ese peculiar barrio, el pecado más grande es el relacionado con el "espionaje". La palabra "espía" tiene muchos significados en Cawdor Street. Puede significar policía, detective, el inspector que trata de averiguar por qué los niños no van a la escuela, cobrador de impuestos, o el caballero encargado por la compañía de gas de extraer los peñiques de los contadores.

A Cawdor Street acudió un hombre que tomó en alquiler una de las casas más grandes. Ante la sorpresa del agente ofreció pagar el alquiler mensual por anticipado. Era la única casa aislada en toda la calle, y su número era

el 49. Los muebles llegaron de noche, cosa habitual entre la gente que, por un resto de orgullo, no quiere que los vecinos echen la vista encima de sus míseros trastos. Cawdor Street, que estaba en alerta para ver qué clase de mujer era la esposa del nuevo inquilino, se enteró, con verdadero asombro, de que no había ninguna, y que el recién llegado era soltero.

Años antes el número 49 cobijó a un constructor de obras, de ahí la puerta que flanqueaba el patio. Con verdadera satisfacción los habitantes de Cawdor Street averiguaron que el nuevo ocupante intentaba resucitar el antiguo esplendor del establecimiento. En seguida apareció sobre la entrada un gran rótulo con esta inscripción:

J. JONES, CONTRATISTA DE OBRAS

El curioso señor Lane (76 años) logró echar una breve mirada al patio, y descubrió la palabra "Oficinas" escrita en letras bastante grandes sobre una de las puertas. A determinadas horas, especialmente durante el anochecer, hombres bastante mal vestidos entraban en las oficinas, estaban un rato allí y luego se marchaban. Dos viejas escaleras de mano hicieron su aparición en el patio, asomando sus extremos por encima de la puerta.

— Hoy traté de comprar un carretón viejo y una carretilla de albañil—dijo el señor Jones a uno de los trabajadores.—Seguramente adquiriré las dos cosas mañana, al precio que he ofrecido. No sería mala idea, traer unos cuantos sacos de cemento y yeso, y un montón de ladrillos, arena y alguna artesa. Daría carácter a la casa. El trabajador sonrió. —Has tenido preparado muy a punto este sitio Connor,—dijo.

Connor—pues él era el "J. Jones, Contratista de Obras"—asintió, mientras se limpiaba los dientes con un palillo.

— Hacía mucho tiempo que comprendía la inutilidad del otro sitio—dijo, lanzando una imprecación.—Fue una mala suerte que Ángel nos encontrara la semana pasada. Estaba arreglando esta casa desde hace más de dos meses. El barrio es excelente. La gente no es demasiado curiosa y los muchachos podrán venir por aquí sin que nadie lo encuentre extraño. —¿Y el viejo George? —Lo instalaremos esta noche, — replicó Connor, frunciendo el ceño.—Bat le traerá y quiero saber cómo dejó que Ángel nos pescara.

El viejo George había sido siempre un problema para "Los Hampones". Ocupaba un puesto de confianza que debiera haber correspondido a otro menos loco. ¿Era sensato o no confiarle el botín de Raebury House, las joyas de *lady* Ivy Task—Hender, Por cuyo rescate un tal "Hog" Stander estaba en trato con los propietarios? ¿Era sensato instalarle como guardián de la vacía casa de Blackwell, a través de la cual Ángel Esquire consiguió entrar en la guarida de la banda?

Había unos que decían que si, y entre ellos, figuraban los más poderosos, o sea Bat Sands, "Curt" Goyle y Connor: Tenían la seguridad de que nadie sospecharía, jamás, de aquel anciano medio loco, que vivía entre pájaros disecados, peceras llenas de variedad de pececillos, conejos y ratas enjauladas, punto de vista reforzado por el hecho de que los inapreciables brillantes de *lady* Ivy permanecieron escondidos largo tiempo en el doble fondo de la jaula de los conejillos de Indias, mientras la policía registraba todo Londres para dar con ellos.

Mas ahora pesaba una sombra sobre el viejo George. No obstante el hecho de que le hallaron entre sus animalitos, atado sólidamente a una silla, amordazado con un pañuelo, la sospecha recaía sobre él ¿Cómo era posible que Ángel hubiera trabajado en la habitación superior sin que George se enterase?

Ángel hubiera podido sacarles de dudas, aliviándoles infinitamente, ya que el detective quedó completamente desconcertado respecto al viejo loco que cuidaba de aquella casa vacía.

En el coche que le conducía, el viejo George escuchaba con infantil sonrisa las admoniciones que le hacía Bat Sands.

— Connor quiere saberlo todo—le decía, amenazador Bat, mientras el otro se pasaba la mano por la boca.—Y que Dios se apiade de ti si descubre que has estado jugando con nosotros.

— Pues que Dios tenga piedad de mí— sonrió, muy dichoso, el anciano.

Se pasó los sucios dedos por la desdentada boca y dirigió una patética mirada a su compañero.

— Señor Sands—empezó. Luego se interrumpió y al cabo de unos momentos repitió el nombre unas doce veces; después se rascó la cabeza.

Bat se inclinó hacia delante esperando captar alguna confesión del viejo, pero como éste no pronunciara palabra alguna, se recostó de nuevo en su asiento y lanzó una imprecación.

En casa de "J. Jones, Contratista de Obras" se hallaban reunidos los hombres que formaban la banda de "Los Hampones".

— Supongamos que nos traicionó — dijo Goyle.—¿Qué hacemos con él?

No cabía la menor duda acerca de los sentimientos de los bandidos. Un gruñido salvaje recorrió el grupo.

— Si nos ha traicionado hay que acabar con él—declaró Vennis, volviendo sus ojos de pez hacia Connor.

— Hablas como un idiota—declaró éste.— Si nos hizo traición puedes estar seguro de que no le encontraremos en su casa, y que si está se hallará rodeado de policías. Si Ángel sabe que el viejo es de los nuestros, le hará vigilar día y noche y el coche que le traiga será seguido por otro en el que irá Ángel. No, sigo teniendo confianza en el viejo George. Pero deseo saber cómo diablos consiguió el maldito Ángel meterse en aquella casa.

No tuvieron que esperar mucho, pues la llamada de Bat resonó casi en el misino instante en que Connor dejaba de hablar.

Medio conducido y medio arrastrado, el viejo George fue metido en la habitación, quedando en el centro del grupo, jugueteando con su sombrero, sonriendo infantilmente a los sombríos rostros que le miraban. Al fin dijo algo entre dientes.

— ¿Qué dices?—gruñó Connor.

— He dicho un caballero.—empezó George. Luego volvió a guardar silencio.

— ¿Qué caballero?—preguntó ásperamente Connor.

— Hablo de mí—contestó el anciano, en cuyo rostro se dibujó una curiosa expresión de dignidad.—Digo y mantengo que un caballero es siempre un caballero, sea cual sea la compañía que le rodee. En mi antiguo colegio

reñí una vez a un alumno.— Hablaba con meticulosa claridad;—Le dije: "Hay un axioma acerca del cual le voy a hablar. *De gustibus no est disputandum,* y… y…"

Sus temblorosos dedos fueron de nuevo a su boca, y torné a su rostro la vaga sonrisa.

— Oye, no queremos saber nada de tu maldito colegio — dijo Connor, agarrándole del brazo.—Lo que nos interesa es saber cómo se metió Ángel en nuestra casa.

El viejo pareció desconcertado.

— Sí… sí… claro. Usted señor Connor es muy bueno. Y quiere saber acerca de aquel joven que quería alquilar el piso…

— Sí, eso es.

— Era un joven admirable, pero muy curioso,—continuó el viejo.—Y eso me recuerda una vez que estaba hablando a una congregación de muchachos… o de chicas, no estoy seguro…

— ¡Maldito viejo! —rugió Goyle.— Hazle contestar o dile que calle.

— Déjale que hable a su manera—replicó Connor.

— Aquel admirable joven deseaba unos informes que yo no estaba dispuesto a darle—continuó el viejo George.—No lo hice porque recordé sus bondades conmigo, señor Connor, sobre todo respecto a un tal Vennis.

— Sigue, sigue—apremió Connor, mientras el rostro de Vennis se ensombrecía.

— Aquel joven admirable llegó a decir a su compañero que había una cuerda preparada para el señor Vennis.

Vennis se puso lívido.

— ¿Y qué ocurrió después?—insistió Connor.—Eran dos ¿no?

El viejo asintió con la cabeza: luego repitió numerosas veces el movimiento como si hallara un gran placer en el ejercicio.

— El otro joven… no el amable, sino el otro, al ver que yo no quería alquilar la habitación, pues no lo hubiera hecho sin permiso de usted, señor Connor, me empezó a hablar. Hablaba a gritos del valor nutritivo de las zanahorias y la col. Me es imposible decir dónde estaba en aquellos momentos el joven amable…

— Me lo imagino—gruñó Connor.

— Recuerdo muy bien la ocasión, pues aquella noche oí unos terribles ruidos en la habitación de encima, ruidos que como muy acertadamente supuse, eran originados… Inclinóse hacia delante y dirigiendo una inquieta mirada a su alrededor, añadió en voz aun más baja:

— Por ciertos espíritus—y miró de una manera muy extraña a dos de los bandidos que a su pesar se estremecieron. Connor rompió el silencio que pesaba sobre la habitación. —Fue así como se hizo ¿eh? Mientras uno daba conversación el otro subía arriba a esconderse. Bueno, muchachos, ya habéis oído al viejo. ¿Qué decís? Mientras el anciano permanecía sumido animada conversación con algún ser imaginario, Vennis respondió en nombre de todos:

— El viejo sabe demasiado. Yo creo… No terminó su sentencia. Connor abarcó con una rápida mirada a todos. —Si alguno de vosotros tiene ganas de despertarse una mañana a las seis y encontrarse con un caballero que le atará las manos a la espalda y después de almorzar dar un paseo entre una doble fila de guardias hasta un cobertizo de cuyo techo colgará una cuerda nueva, puede hacer lo que le dé la gana con el viejo George, pero no en esta casa.

Y mientras hablaba, Connor mantenía la mirada fija en Vennis. —Y si hay aquí algún hombre que esté bajo la sombra de la cuerda por un par de asesinatos cometidos hace tiempo, de forma que un par de crímenes más no le importen demasiado, puede hacer lo que le dé la gana… fuera de esta casa. Vennis se echó hacia atrás, —No hay nada contra mí—gruñó. —La cuerda—musitó el viejo.—Vennis pasa la cuerda.—Soltó una carcajada.—Me parece que confiaban demasiado en el hecho de que no siempre estoy sereno, Vennis…

El bandido a quien se dirigía se levantó de un salto, lanzando una imprecación.

— ¡Siéntate!—ordenó Bat Sands, tirando la silla hacia Vennis…—Lo que Connor dice es verdad. No vamos a liquidar al viejo porque nos exponemos a que nos aprieten la garganta. Si nos ahorcan que sea por algo que valga la pena. En cuanto al viejo no es más que un infeliz. Debe vigilársele…

Una llamada a la puerta le interrumpió. —¿Quién será?—susurró.

Connor se acercó de puntillas a la puerta.

— ¿Quién llama?—preguntó.

Una voz familiar le tranquilizó y abriendo la puerta habló en voz baja con alguien.

— Hay un hombre que quiere verme—explicó. — Cierra la puerta cuando yo salga. Bat.

— ¿Por qué se nos ha hecho venir aquí a todos?—preguntó uno de los bandidos.—¿No será una trampa?

— No—replicó Bat,—No tienen nada contra nosotros. Ángel nos soltó la semana pasada por no poder hallar pruebas suficientes para acusarnos. En cuanto a Connor es un compañero recto.

— ¡Yo no me fío de él!—afirmó Vennis.

— Yo no me fío de nadie, pero Connor es de fiar.

Oyóse otra llamada.

— ¿Quién?

— Soy yo—replicó una voz apagada.

Bat abrió la puerta. Connor entró en la habitación. Lo que había visto u oído obró en él un cambio asombroso. Tenía las mejillas rojas y los ojos brillantes.

— Muchachos — dijo, con voz alterada.— Tengo para vosotros la mejor oferta del mundo. Un millón de libras a repartir entre todos.

Más que oírlo notó la emoción que sus palabras producían.

— Os voy a presentar un nuevo compañero. Respondo de él.

— ¿Quién es?—preguntó Bat,—¿Le conocemos?

— No le conocéis ni debéis conocerle— repuso Connor.—Pero él pone el dinero, y eso debe bastaros a todos. Esta noche se pagarán cien libras a cada uno de vosotros.

Bat Sands se escupió en las manos.

— Hazle entrar. Si es lo bastante bueno.

Connor desapareció un instante, regresando luego con un caballero muy bien vestido, que se enfrentó con una sonrisa con los bandidos. Movía rápidamente los ojos, abarcándolo todo. Su mirada se posó un instante en cada rostro. Miraron dubitativamente a Vennis, luego a George, que se estaba echando un emocionante discurso.

— Caballeros—dijo el desconocido.—Estoy aquí para obtener vuestra ayuda. El señor Connor me ha dicho que les había hablado ya de los millones de Reale. Para abreviar diré que he decidido anticiparme a todos los demás y asegurar para mí el dinero. Les ofrezco repartirnos equitativamente la fortuna. Yo la mitad y ustedes la otra, entretanto pagaré a cada uno de ustedes la suma de cien libras.

De un bolsillo sacó un grueso manojo de billetes de banco y lo tendió a Connor, mientras las miradas de todos se posaban avariciosamente en el dinero.

— Más adelante les diré lo que quiero que hagan—dijo.

— Un momento, — interrumpió Bat. — ¿Quién más interviene en el negocio?

— Nosotros solos—replicó el hombre.

— ¿No interviene Jimmy?

— No.

— ¿Ni Ángel?

— Tampoco.

— Adelante, pues.

— El dinero está en una caja de caudales que sólo se puede abrir formando un nombre en los seis discos. Ese nombre no lo conoce nadie. La clave para dar con él fue robada por Jimmy hace unas noches, de casa del notario que la guardaba.

Hizo una pausa para observar los efectos de sus palabras.

— Jimmy ha traspasado la clave a Scotland Yard, y no podemos ya esperar hacernos con ella.

— ¿Y qué?—preguntó Bat.

— Lo que podemos hacer es abrir esa caja con algo más contundente que una palabra.

— Pero ¿y la guardia?—preguntó Bat.— El notario mantiene allí una guardia armada.

— Podemos arreglar fácilmente lo de la guardia—replicó el visitante.

— ¿Por qué no entendernos con el notario?—preguntó "Curt" Goyle.

El desconocido frunció el ceño.

— El notario no debe ser molestado—declaró secamente.—Ahora bien ¿están ustedes conmigo?

No era necesario preguntarlo. Connor estaba dividiendo los billetes en pequeños fajos. Luego cada uno recogió su dinero y después de cambiar unas palabras con Connor, todos se fueron, saludando torpemente al misterioso visitante.

Bat fue el último en marcharse.

— Mañana por la noche aquí—murmuró Connor.

Se quedó solo con el otro hombre y el viejo loco, que no había variado de

actitud y seguía enfrascado en imaginaria conversación.

— ¿Quién es ese?—preguntó el visitante.

Connor sonrió.

— Un viejo más loco que una cabra. Es un caballero, profesor de universidad, habla toda clase de idiomas estúpidos, como griego, latín y sabe Dios qué más. No sé si fue la bebida o las drogas, o bien la locura lo que le redujo a este estado.

El desconocido dirigió una mirada de interés al viejo. Este, corno si de pronto se diera cuenta de que le estaban observando, se irguió, sobresaltado y miró, parpadeando al otro. Después se puso poco a poco en pie y miando con gran fijeza al hombre siguió manteniendo su conversación.

— ¡Ah!—murmuró casi ininteligiblemente. —¡Un caballero! Encantado de conocerle. *Omnia mutantur, nos et mutamur in illis,* pero usted no ha cambiado.

De nuevo volvió a sus murmullos.

— No le he visto nunca—dijo el visitante, dirigiéndose a Connor.

— El viejo George se imagina que ha visto a todo el mundo—sonrió Connor.

— Un caballero—murmuró el anciano.— Todo un caballero y un patrón muy dadivoso. Compró un ejemplar de mi libro… ¿Lo han leído ustedes? Se titula… ¡Oh Dios mío! He olvidado su título… Luego me llamó para consultarme y en su… anagrama…

— ¿Qué?— el rostro del desconocido estaba invadido por una cenicienta lividez. Agarrando del brazo a Connor susurró:—¡Escuche! ¡Oiga lo que dice!

El viejo George levantó la cabeza y miró estúpidamente al visitante.

— Un perfecto caballero—dijo con patética entonación. —Al dirigirse a mí siempre me llamaba "el profesor"… Esto es muy caballeresco.

Con expresión triunfante señaló al hombre que estaba al lado de Connor. —¡Le conozco! — chilló, y su risa hizo estremecer la habitación. — ¡Se llama Spedding. ¡Es notario! ¡Le vi en el coche de mi jefe!

— ¡El libro! ¡El libro! — jadeó Spedding.— ¿Cuál es el título de su libro? —La voz del viejo George volvió a su tono normal al replicar con extravagante cortesía:

— Eso es algo, caballero, que nunca puedo recordar.

IX. EL GRAN INTENTO

Hay críticos superficiales que se burlan de Scotland Yard. Claro que se trata de escritores de novelas de misterio en que intervienen detectives de anormal perspicacia que resuelven con extraordinaria facilidad los misterios que durante meses han hecho fracasar a la policía. En realidad, Scotland Yard posee la mejor organización policíaca del mundo. La gente que habla tontamente de los "errores de la policía" debe recordar un hecho curioso: en este último cuarto de siglo sólo un hombre sobre quien pesaba una acusación que debía conducirle a la horca, ha escapado al rigor de la ley. Scotland Yard es pacientemente lento y horriblemente seguro.

Ángel, en su despachito, acababa de recibir una carta escrita por mano muy torpe manchada de lágrimas y subrayada de extremo a extremo. La leyó con todo cuidado, examinó la fecha del matasello y luego hizo sonar el timbre. El ordenanza que acudió le halló examinando un plano de Londres.

— Vaya al archivo y traiga el *dossier* E. B. Noventa y tres—ordenó.

Cinco minutos más tarde, el ordenanza volvía con una gruesa carpeta rebosante de papeles.

Eran recortes de periódicos, planos y horribles fotografías que el mundo exterior jamás ha visto. Ángel examinó atentamente el *dossier,* releyendo después la carta…

* * *

Vinnis, el hombre del rostro pálido como la muerte, había terminado su desayuno y escuchando el agradable crujido de los billetes nuevos en el bolsillo de su pantalón, se dirigía hacia Comercial Road. Un amigo que estaba apoyado contra la puerta de una taberna le dirigió un breve saludo; una mal vestida muchacha que se dirigía a su casa, llevando en el delantal el almuerzo de su hombre, se apartó a un lado, conociendo demasiado bien a Vennis. Un perro callejero se acercó a él, buscando una caricia y

recibió un feroz puntapié.

Vennis era un hombre sin sentimiento alguno de bondad; además, aunque el sonido del dinero le animaba bastante, la charla del viejo George estaba demasiado desagradablemente grabada en su cerebro.

Alguien que se hallaba en el otro lado de la calle le llamó la atención. Era una mujer a quien conocía demasiado bien; a pesar de ello ignoró la seña que le hacía. Dos días antes tuvo ocasión de romper con ella, deshaciendo la unión que los había ligado durante cinco años. Por lo tanto no dijo nada cuando la mujer, con el rostro aun marcado con las señales de los golpes, le llamó, y torciendo bruscamente se dirigió hacia Aldgate.

No volvió la cabeza pero oyó claramente el sonido de los pasos de la mujer que le seguía. Una voz le llamó roncamente. Vennis dobló entonces por una calle poco frecuentada y cuando estuvo en un lugar completamente solitario se volvió y dominado por una rabia feroz fue al encuentro de su seguidora.

Ésta vio el brillo demoníaco en los ojos de él y quiso hablar, en aquellos momentos era una mujer arrepentida, con la confesión en el borde de los labios; pero la salvaje amenaza de Vennis heló las palabras.

— ¿Conque después de lo que te dije aún vienes haciendo escenitas por la calle, eh?

Avanzó hacia la mujer, con el puño cerrado y la infeliz, como fascinada por aquellos ojos, permaneció inmóvil. Lanzando un juramento, Vennis la golpeó dos, tres veces, hasta que la vio caer, gimiendo, hecha un guiñapo en medio de la calle.

En aquellos barrios puede hacerse lo que se quiera después que las luces se han encendido, pero esas mismas cosas no están permitidas en pleno día, a menos que sea sábado. La gente atraída, por la pelea, mostrábase indignada, pero pasiva, como todos los londinenses. Pero no ocurrió lo mismo con un hombre de mediana edad, de aspecto tranquilo, que se enfrentó con Vennis cuando éste se disponía a alejarse.

— ¡Lo que usted acaba de hacer es una bestialidad!—exclamó el transeúnte.

Vennis le miró de pies a cabeza y al fin decidió que no era un hombre con quien se pudiera jugar.

— No tengo nada que discutir con usted — —replicó broncamente, tratando de seguir adelante. Pero una mano de hierro se cerró sobre su brazo.

— Un momento, amigo mío — replicó el otro, con mucha firmeza.—No vaya tan de prisa; no espere poderse marchar sin ningún castigo después de cometer una acción tan canallesca en plena calle. Debo pedirle que me acompañe a la comisaría.

— ¿Y si yo no quiero acompañarle?

— Pues entonces le llevaré a rastras— dijo el otro.—Soy el sargento Jarvis, de Scotland Yard.

Vennis reflexionó rápidamente. Había muy pocas probabilidades de huir, estaban en un callejón sin salida, y por la entrada acababan de aparecer dos policías. Al fin y al cabo el pegar a la mujer no era falta grave. Y aquella… Bueno, juraría que fue un accidente. Decidió acompañar al sargento sin protesta alguna; todo lo más le condenarían a un mes de cárcel. Así, encogiéndose de hombros acompañó al detective. Un grupo de gente les siguió hasta la comisaría.

Descalzo permaneció sobre una plancha de acero, mientras un diestro policía le cacheaba no pareció sorprendido al hallar el dinero que llevaba encima. Eran sólo diez: libras, pues el resto lo había guardado bien pero aún así, diez libras son mucho dinero para encontrarlo en poder de un hombre como él. Seguramente aquello conduciría a embarazosas pesquisas. Ante su asombro, el que le cacheaba no pareció sorprendido al hallar operación aceptó el hallazgo como una cosa natural. Vennis observó con sorpresa el número de policías que se hallaban en aquella habitación.

— ¿Cuáles son los cargos?—preguntó el inspector, humedeciendo la pluma.

— Asesinato—dijo una voz, y Ángel Esquire entró en la habitación, saliendo del des pacho del inspector jefe.—Acuso a este hombre de haber cometido en la noche del diecisiete de febrero…

Vennis, entorpecido por el terror y la rabia, escuchó la seca acusación del detective mientras se iban detallando los pormenores de un crimen casi olvidado. Se tratada de un robo en una casa de campo, un criado que sorprende al ladrón, una lucha en 1a oscuridad, un tiro y la muerte del hombre. Una tragedia sin importancia, olvida—da por todos menos por Scotland Yard. Año tras año, hombres oscuros habían ido reuniendo, pieza tras pieza, las pruebas que iban llegando a su poder. Hilo a hilo se fue trenzando la cuerda que debía ahorcar al criminal; por fin llegó la incoherente carta de una mujer celosa. Scotland Yard espera siempre las reacciones de las mujeres celosas. Y por fin las pruebas acusado ras quedaban completadas.

__Que lo pongan en el catorce—ordenó el inspector.

Entonces Vennis despertó del sopor en que había estado sumido, y los seis policías que le vigilaban tuvieron que echar mano a todas sus fuerzas.

* * *

Vennis estaba arrestado "de una manera completamente vulgar" como decía Ángel Esquire. Centenares de sucesos de poca importancia ocurren diariamente en Scotland Yard. Se trata de cosas que no guardan, aparentemente, ninguna relación entre sí y que sin embargo, a veces conducen a descubrimientos asombrosos. Un robo en Clapham resultó notable por el hecho de que además de otro botín el ladrón se llevó un enorme juguete mecánico. Un accidente callejero condujo a la detención de un conductor borracho. Aprovechando la confusión del momento, un ladrón se apoderó de uno de los paquetes que conducía el camión, fue perseguido y se le detuvo. Su llorosa mujer acudió a la comisaría proclamando que el ladrón era un esposo y padre excelente. "¡Fíjese, que la semana pasada le trajo al chico un burro que anda solo!" Un vigilante detective acompañó a la mujer a su casa, reconoció el juguete mecánico, por la descripción que del mismo se le había hecho, y de allí partió la detención de la banda que operaba en Kingsland Road.

La detención de Vennis no estaba relacionada para nada con las investigaciones de Ángel en el misterio de los millones de Reale. Lo conocía como uno de los hampones, mas no le asociaba con la busca de la palabra.

Sin embargo el arresto de todo ladrón está sujeto a ciertas rutinarias

formalidades. Ángel Esquire encargó unos trabajitos a sus subordinados, y dos días después uno de ellos le esperaba en su oficina.

— Los billetes fueron entregados al señor Spedding el lunes por la mañana. El señor Spedding es notario, socio de la firma Spedding, Mortimer y Larach.

— ¿Ha visitado usted al señor Spedding?

— Sí, señor. El señor Spedding dice que recuerda que sacó ese dinero de su banco, y que pagó una cuenta a un cliente que marchaba a América. —¿Un cliente?

— Sí, señor. Dice que lo pago por unos servicios que no ha especificado. Ángel Esquire hizo una mueca. —Realmente los notarios hacen cosas muy raras—dijo. Y siguió preguntando: —¿Sospecha el señor Spedding cómo pasó a poder del detenido ese dinero?

— No, señor. Opina que debió de obtenerlo honradamente. Tengo entendido que el cliente que recibió el dinero no era un hombre elegante.

— Ya me lo imagino.

Al quedarse solo, Ángel Esquire empezó a dibujar muñecos y cosas en el secante de la carpeta.

Luego llamó por medio del timbre. —Que venga el señor Carter—ordenó. Unos minutos más tarde un risueño joven que se acariciaba un incipiente bigote, entró en la oficina.

— Carter — empezó Ángel, — supongo que su trabajo en la sección de huellas dactilares le debe de parecer muy aburrido ¿no? —Pues… no sé—replicó el otro, que era un entusiasta de la materia.—Tenemos… —¿Le gustaría hacer un trabajo importante?

— ¡Ya lo creo!—exclamó el otro.

— Pues bien, necesito doce hombres que no tengan afición a hablar con periodistas y que nadie sospeche que sean policías,— y Ángel fue desarrollando su plan.

Cuando el joven se hubo marchado, el detective trazó un triángulo sobre el

secante.

— Spedding está en relaciones con "Los Hampones"—y trazó una cruz en uno de los ángulos.—Spedding sabe que yo lo sé— otra cruz en otro ángulo.—Yo sé que Spedding sabe que lo sé—una cruz en el restante ángulo.—Spedding tiene que moverse y hacerlo lo más de prisa posible.

El ayudante del comisario entró en aquel momento en la oficina.

— Hola, Ángel—dijo echando una mirada al dibujo.—¿Qué es eso? ¿Un juego nuevo?

— Es un juego viejísimo—replicó Ángel.— Pero jugado de una forma muy moderna.

* * *

Ángel no se equivocaba al imaginar que Spedding se pondría en seguida en movimiento, y aunque el detective no había contado con un factor imprevisto, o sea el viejo George, una gran variedad de circunstancias precipitaron la acción que el detective había anticipado.

No fue el menos importante de estos factores la detención de Vennis. Después de su entrevista con el viejo George, Spedding había decidido que lo mejor era esperar. El viejo estaba en la casa de Clapham. Spedding se hallaba dispuesto a aguardar que algún destello de inteligencia trajera a aquel cerebro el recuerdo del tipo de criptograma aconsejado. Unas doce veces había preguntado al viejo:

— ¿Cómo se llama usted?

— El viejo George, sólo el viejo George— era la invariable respuesta.

— Pero su nombre de verdad, el nombre que usaba cuando era profesor…

Pero esto sólo servia para hundir al hombre en una serie de recuerdos del dadivoso patrón.

Connor acudió en secreto a Clapham a recibir órdenes. Fue la noche siguiente al arresto de Vennis.

— Tendremos que movernos en seguida, Connor— dijo el notario.—Es

inútil aguardar a que el viejo hable. El primer plan era el mejor.

— ¿Ha ocurrido algo?—preguntó Connor.

— Hoy acudió un detective a mi oficina para hacerme unas preguntas acerca de determinados billetes de banco que fueron hallados en peder de Vennis. Ángel Squire sacará sus propias conclusiones y no tenemos tiempo que perder.

— Estamos preparados.

— Pues entonces demos el golpe mañana por la noche. Haré que se retiren los guardianes de la caja de caudales. Luego me será muy fácil justificarme.

Una idea asaltó a Connor.

— ¿Por qué no sustituirlos por otros? Puedo disfrazar a algunos de los muchachos de forma que nadie sospeche que no son policías.

Spedding entornó los ojos.

— Sí, puede hacerse—musitó.—Es una buena idea.

Dio unos pasos por la habitación, sumido en hondas meditaciones.

— Hay dos relevos—dijo.— Uno por la mañana y otro por la noche. Puedo enviar una nota al sargento de guardia de la mañana diciéndole que he tomado otros hombres para la guardia de la noche—ya los he cambiado dos veces, pues nunca se toman bastantes precauciones—puedo darle a ustedes autorización para hacerse cargo de la guardia.

— Mejor que le diga que se marche y deje la casa vacía. Así nuestra llegada no será observada por nadie.

— Perfectamente—asintió Spedding, sentándose a escribir la nota.

* * *

La noche del gran proyecto fue de las más húmedas que se recordaba.

— Mejor—murmuró Connor.

La habitación reservada para él en su nuevo alojamiento estaba sencillamente amueblada. Sobre la mesa se hallaba botella de *whisky* y un vaso, mientras Connor miraba a través de los cristales de la ventana empañados por la lluvia.

— Inglaterra para trabajar y Egipto para divertirse—murmuró.—Si consigo mi de la fortuna, que será mucho mayor que el amigo Spedding imagina, este maldito país no volverá a ver al señor Patrick Connor.

Se bebió el w*hisky* de un trago, limpió el cristal de la ventana y miró hacia 1a desierta calle. Dos hombres avanzaban hacia la casa. Uno de ellos iba bien cubierto por un impermeable, y avanzaba a largas zancadas. El otro, dentro de un abrigo nuevo se esforzaba por mantenerse a la altura de su compañero.

— Spedding y el viejo George—dijo Connor.—¿Para qué le traerá?

Corrió a abrir la puerta y hacerlos entrar.

— Bien—empezó Spedding, despojándose el chorreante impermeable.

— Todo está dispuesto—contestó Connor.— ¿Por qué ha traído al viejo?

__Para que nos haga compañía—replicó, con indiferencia, el notario.

Dicha sea la verdad, Spedding tenía aún la esperanza de que el viejo pudiera recordar. Durante todo el día, el viejo George habíase mostrado casi enteramente sereno. E1 notario abrigaba la esperanza de que al recobrar la lucidez, el viejo le ahorrase tener que utilizar a "Los Hampones" y sobre todo, le evitaría tener que repartir con ellos el botín.

En cuanto a esta parte del programa, el señor Spedding tenía unos planes que hubieran sorprendido al mismo Connor.

Pero la locuacidad del viejo George se había interrumpido en cuanto se trató de explicar al notario el secreto del jeroglífico.

A pesar de ello, Spedding lo llevó consigo, con la esperanza de que en el último instante recobrase la lucidez mental y aclarara el misterio.

Inconsciente de la responsabilidad que pesaba sobre su trastornada cabeza, el viejo se sentó en un rincón, enfrascándose en animada

conversación con alguien que sólo sus ojos podían ver.

— Le dejaremos aquí—dijo el notario.— estará seguro.

— ¡Ya lo creo!—exclamó Connor.—¡Y tan seguro! Se pasará varias horas charlando con las moscas.

— ¿Y qué hay de los hombres?—preguntó Spedding.—¿Dónde tenemos que encontrarnos con ellos?

— En el cruce de Lombard Street. Nos seguirán hasta el Depósito.

— ¡Ah! —Los dos hombres se volvieron rápidamente hacia el viejo George que, con la cabeza levantada, les miraba fijamente. —Depósito de Valores. Lombard Street— murmuró.—Un plan excelente. Un plan maravilloso.

Los dos hombres contuvieron el aliento.

— Una idea ingeniosísima. ¿Hablan ustedes de Lombard Street? ¿De una caja de caudales? ¿Una caja que se abre por medio de una combinación de letras? ¿Y cómo ocultar la palabra? ¡Ahí está el problema! Yo soy un hombre honrado, puede confiar en mí.—Se inclinó profundamente ante una figura invisible.—¿Por qué no esconde así la palabra?

El viejo escribió algo sobre la palma de la mano izquierda con el índice derecho.

— ¿Por qué no? ¿Ha leído usted mi libro? No es más que un librito, pero muy útil, señor, notablemente útil. Los dibujos están trazados con el mayor cuidado. Un eminente caballero me ayudó en ello. Se llama… se llama…—Se pasó la mano por la frente y se dejó caer de nuevo en la silla, convertido de nuevo en un pobre loco.

Spedding se secó el sudor de la frente.

— ¡Ha estado a punto! —exclamó.— ¡Ha estado a punto de decírnoslo!

Connor le dirigió una suspicaz mirada.

— ¿Qué libro es ese?—preguntó.—Esta es la segunda vez que el viejo George habla así. Está relacionado con Reale, ¿no?

Spedding asintió.

— Vamos, ya es hora de marcharse—declaró Connor, después de consultar su reloj.—Dejaremos al viejo que cuide la casa. Ven, George.

El anciano se levantó.

— Quédate aquí y no te muevas basta que volvamos. ¿Me entiendes?

— Sí, señor Connor—replicó el loco, con sus aires de caballero.—Oír es obedecer.

Cuando los dos hombres salieron a la calle, la lluvia les azotó con inusitada violencia.

— ¿George?—dijo Connor, respondiendo a una pregunta de mi acompañante.—Hace años que está con nosotros. Uno de los muchachos le encontró vagando por Limehouse, casi sin un palmo de ropa encima. Eso fue antes de que yo conociera a "Los Hampones". Le utilizaron como pantalla. Vale muchísimo más de lo que cuesta alimentarlo. Spedding hizo aguardar a Connor mientras enviaba un telegrama desde la estafeta de correos de Westbourne. Iba dirigido al capitán del *Polecat,* a Cardiff, y era razonablemente ininteligible para el empleado.

Al llegar cerca del Royal Exchange, Connor cambió una mirada con unos cuantos policías de uniforme, que cuando los dos hombres torcieron hacia Lombard Street les siguieron a una distancia razonable.

— La guardia se marchó a las cuatro—explicó Spedding, metiendo la llave en la cerradura. Aguardó unos minutos en las densas tinieblas del vestíbulo, mientras iban entrando los seis guardias.

— ¿Estamos todos?—preguntó Connor en voz baja.

Uno a uno fue llamando a sus hombres, que contestaron con un breve "presente".

— Podemos encender la luz—dijo Spedding, buscando el interruptor.

El resplandor de las lámparas mostró a Spedding la colección más completa de canallas disfrazados con el uniforme de un cuerpo glorioso.

— ¿Están aquí todas «las herramientas?— preguntó.

Bat contestó con una expresiva mueca.

— Si podemos conseguir una conexión eléctrica fundiremos la cerradura de la caja en…—empezó.

Spedding se había dirigido hacia las grandes puertas que daban al *hall* donde se encontraba la caja. De pronto retrocedió.

— ¡Silencio! —ordenó.— ¡He oído pasos dentro del *hall!*

— No oigo nada—dijo Connor, acercándose a escuchar.

De pronto se abrió la puerta y apareció un policía pistola en mano.

— ¡Alto!—ordenó. Luego, al reconocer a Spedding bajó el arma.

Blanco de rabia, Spedding quedó en medio de su mal elegida guardia. A la intensa luz de las lámparas eléctricas no cabía error alguno acerca de su calidad moral. El policía los miró lleno de curiosidad.

— Tenía entendido que la guardia había sido relevada —dijo el notario.

— No, señor—replicó el guardián, y el grupo de guardias que se reunió junto a la puerta confirmó sus palabras.

— Pues esta tarde di orden de que se hiciera—declaró, entre dientes, Spedding.

— No se ha recibido ninguna orden, señor. —Y después de un breve silencio, inquirió: —¿Es ese el relevo?

— Sí—contestó el notario.

Mientras el policía, después de saludar, desaparecía en el *hall,* Spedding llevó a un lado a Connor.

— Esto es la ruina—dijo.—Hay que limpiar la caja esta misma noche. Mañana no quiero amanecer en Londres.

El centinela reapareció en la puerta y les hizo entrar en el *hall* donde se levantaba la columna de la caja de caudales, Bat Sands dirigió una

inquieta mirada a su alrededor.

Un policía con los galones de sargento se acercó a Spedding.

— ¿Debemos retirarnos, señor?—preguntó.

— Sí—contestó secamente Spedding.

— ¿'Tendrá la bondad de darnos una orden escrita?

Tras breve vacilación el notario sacó un cuaderno y escribió rápidamente una nota y la entregó al sargento.

Este la examinó con todo cuidado.

— Le falta la fecha y la firma, señor—dijo respetuosamente, devolviendo la orden.

Maldiciéndose entre dientes, Spedding corrigió las omisiones.

— Ahora ya puede marcharse.

A la débil luz del *hall,* pues sólo estaba encendida una de las lámparas, Spedding creyó observar que el hombre sonreía, pero acaso fue un efecto de las sombras, pues no le era posible ver bien su rostro.

— ¿Y debo «dejarle solo?—preguntó el sargento.

— Si.

— ¿Es seguro?—preguntó el hombre.

— ¡Pues claro! ¿Qué es lo que quiere decir con esas palabras?

— Es que le veo acompañado de Connor, un famoso ladrón y chantajista.

El notario se quedó sin saber qué responder. —Hola, Bat Sands, ¿cómo estás? ¿Cómo te trataron en la cárcel de Borstal?—El sargento sonreía.

Lamby esforzábase por dar cierta marcialidad a su tipo, dentro de un capote demasiado grande para él.

__Ese no es el uniforme que estás acostumbrado a llevar ¿verdad, Lamby?

De entre el grupo de policías reales brotó una carcajada.

— Que uno de vosotros guarde la puerta de la calle—ordenó el sargento, y volviéndose hacia los hombres de Spedding prosiguió:—Aquí tenernos a nuestro respetable amigo "Curt" Goyle.

Inclinándose recogió un maletín que Bat había dejado en el suelo.

__¡Qué caja de sorpresas!—sonrió el sargento.—Puntas de diamante y cartuchos de dinamita y… ¿Qué es esto? ¿Un soplete?

Spedding había recobrado la serenidad y dio un paso adelante.

— Será usted castigado por su insolencia —declaró.

— En absoluto, señor—replicó el sargento. Alguien habló desde la puerta. —Aquí hay otro, sargento—dijo, empujando hacia el *hall* una extraña figura que parpadeaba mirando a todos los que allí se encontraban.

Al ver a Spedding se acercó a él, sonriente.

— El Depósito de Valores de Lombard Street — dijo alegremente. — Por fin lo he recordado todo. Vengo a hablarle de mi libro. Mi dadivoso patrón deseaba un jeroglífico…

El sargento se adelantó. —¡Dios mío!—exclamó.—¡Pero si es el profesor!

— Sí, sí— rió el viejo —Así me llamaba. Me compró un ejemplar de mi libro. Me pagó cuatro libras por él. El libro… ¿Como se titulaba?

El viejo se interrumpió y llevándose las manos a la cabeza pareció hacer un esfuerzo.

— *Un estudio*… *Un estudio*… — Calló unos instantes.— *Un estudio sobre los orígenes del alfabeto.* ¡Ah!

Otro de los policías se había adelanto mientras el viejo hablaba.

— Tome nota de eso, Jimmy—le ordenó el sargento.

Spedding retrocedió como si le hubieran dado un mazazo en el pecho.

— ¡Ángel!—exclamó.

— Yo mismo—replicó el sargento.

Abrumado, sin atreverse a hacer nada Spedding esperaba su sentencia. Le sería completamente imposible justificar su presencia allí en compañía de aquellos hombres.

— Diga a sus hombres que se marchen ordenó Ángel.

La esperanza comenzó a llenar el corazón del notario. Si los bandidos no eran detenidos le quedaba una posibilidad de salvación.

"Los Hampones" no necesitaron un segundo aviso. Todos a una precipitaron hacia la puerta, ansiosos de huir antes que Ángel cambiara de opinión.

— Puedes marcharte—dijo Ángel a Connor, que seguía junto al notario.

— Si se va a abrir la caja quiero estar presente—fue la serena contestación.

— Puedes marcharte, la caja no será abierta esta noche—declaró Ángel.

— Yo…

_¡Vete!—tronó el detective.

Por fin Connor obedeció.

Ángel llamó al policía que había sido el primero en hablar con Spedding.

— Hágase cargo de ese maletín, Carter. Y volviéndose al notario, siguió:

— Señor Spedding: son muchas las cosas que tengo que decirle, pero será mejor dejar para más tarde nuestra charla; dentro de unos minutos volverán los verdaderos guardias. Les encargué que volvieran.

— ¿Con qué autoridad?—preguntó Sppeding.

— Silencio. Esperaba su orden haciendo cesar la guardia—explicó Ángel.—Y me permití dar otras.

— Unas órdenes falsificadas, ¿no? —preguntó Spedding, recobrando el dominio de sí mismo.—Ahora comprendo por que ha dejado marchar a mis hombres. Había Juzgado equivocadamente su generosidad.

— La orden estaba firmada por el secretario del Home Office.—Apoyando una mano en el hombro izquierdo del notario, Ángel siguió:—Y tal vez le interese saber que tengo una orden de detención para todos sus hombres. Si no la he hecho cumplir, ha sido porque de momento no me conviene.

El notario miró lleno de asombro al detective.

— ¿Qué quiere usted de mí?—preguntó.

— Que esté presente en casa de Jimmy mañana a las diez de la mañana.

— Estaré allí—replicó el otro, volviéndose para salir.

— Otra cosa, señor Spedding—añadió Jimmy, cuando el notario estaba ya junto a la puerta.—Respecto a ese barco que le espera en Cardiff, no hace falta que se preocupe más de él. En estos momentos uno de mis hombres se está entrevistando con él, explicándole a lo qué se expone el capitán que traslada a América del Sur a fugitivos de la justicia.

Lanzando una vigorosa imprecación, el notario cerró la puerta.

Jimmy se quitó el casco y sonrió a su amigo.

— Uno de estos días vas a perder tu empleo por utilizar indebidamente el nombre del ministro del Home Office.

— Tenía que hacerlo—replicó con profunda tristeza, Ángel—Me duele mentir, pero no podía decirle a Spedding que los policías que han estado custodiando esto eran hombres de confianza.

X. ALGUNAS MALAS FIGURAS

Ocurrió que en la noche del gran intento, el curioso señor Lane, de Cawdor Street, estaba muy poco satisfecho del estado de su tesoro. En el señor Lane la diferencia entre la riqueza y la miseria era cuestión de chelines. Su negocio era de los más humildes. Cañerías de plomo, trozos de alambre telefónico, alguna esterilla dejada en la calle mientras los criados limpiaban el vestíbulo, todo esto representaba el movimiento de su negocio y la cuantía de sus raterías. Tal vez llegaba al cénit cuando lograba hacerse con un abrigo, quitándolo de la percha, mientras una benévola señora estaba untándole de mantequilla unas gruesas rebanadas de pan en la cocina.

E1 señor Lane acababa de volver hacia poco de una breve estancia en la cárcel de Wormwood. El motivo; había sido la inocente sustracción de crin de los asientos de un vagón de ferrocarril. El resultado: una estancia de dos meses en la cárcel. Aquel suceso fue el que motivó su intento de aquella noche.

El haberse atrevido a robarle algo a la Compañía de Ferrocarriles despertó en él nuevas ambiciones, haciéndole decidirse por el robo. Y se lanzó a ello sin detenerse a reflexionar sobre su poca habilidad para el oficio. Como no sabía por dónde empezar, decidió hacerlo por la casa de Jones.

Escudado en las tinieblas y protegido aun más por la lluvia, asistió a la partida de todos los trabajadores, vio con gran alegría como el mismo Jones también se marchaba y unos minutos después vio salir al extraño viejo, que se fue calle abajo, hablando a solas. La desaparición de tantos obstáculos lo consideró el señor Lañe como una muestra de la protección de la Pro—videncia.

Aguardó media hora más, pues por un motivo u otro, aquella calle generalmente tan desierta era transitada aquella noche por una molesta cantidad de gente. Por fin, cuando el terreno quedó libre, no perdió un momento en penetrar en el cuartel general de "Los Hampones".

En todo lo que ocurrió a partir de aquel momento, el señor Lane demostró que no había nacido para ladrón. Sin molestarse en averiguar si podían verle escaló la tapia, saltó al otro lado, dirigióse a la oficina, entró en ella, encendió una luz, buscó a su alrededor, sin encontrar nada que prometiera ninguna riqueza ni el menor botín. Penetró en varias habitaciones, llegó al dormitorio de Connor, sin hallar nada que pudiera valer un par de chelines. La decepción del señor Lane aumentaba por momentos. Mentalmente habíase forjado una imagen de su entrada en la taberna, los bolsillos rebosantes de monedas de oro y convidando enseguida a los asombrados amigos.

El resultado de todo ello fue qué entre decepciones y esperanzas se le fue pasando el tiempo sin que se diera cuenta, en lo cual demostró también, que Dios no le había elegido para ladrón, pues él más torpe de todos no hubiera empleado más de diez minutos en asegurarse de que allí no había nada que llevarse.

Sin saber qué partido tomar, y preguntándose si le convendría cargar con alguna de las dos camas, o por lo menos con los colchones, el señor Lane oyó de pronto abrirse la puerta de la oficina. Y allí empezó su verdadera aventura.

No sólo fue el abrirse de la puerta lo que oyó. También llegó a sus oídos una voz temblorosa de rabia. Y enseguida otra, y ¿otra…

Por el sonar de los pies en la escalera, el ladrón comprendió que seis o siete hombres acababan de entrar en la casa; y por 1a manera cómo hablaban comprendió también que estaban furiosos.

Después oyó algo que le heló la sangre en las venas y le hizo sentir un amplio va—cío en el estómago.

— ¡…te digo que nos vendió! ¡Nos puso espías! ¡Nos llevó a una trampa!

Oyó otra voz que replicaba:

— ¿Qué beneficio iba a obtener con ello? ¡Eres un tonto! ¿No somos "Los Hampones"? ¿No sabe lo bastante para ahorcar á dos o tres de nosotros?… Se trata de Connor y de su amigo el notario…

¡ "Los Hampones"!

Al señor Lane se le paralizó el corazón y tuvo qué apoyarse en la pared para no caer. ¡Espías! ¿Y si le descubrían y le tomaban por un espía? Este pensamiento le erizó los cabellos. La banda le era bien conocida. Su fama había llegado hasta él. Tal vez pudiera aún escapar. Abajo continuaba el tumulto. De cuando en cuando percibía algunos retazos de conversación.

El señor Lañe miró por la ventana, saltar a la calle era exponerse a la rotura de algún miembro, y en la casa no se veía ni rastro de cuerda.

Cautelosamente abrió la puerta de la habitación. Los bandidos se encontraban en el cuarto de abajo. La escalera que conducía a la calle pasaba ante la puerta.

El ladrón sentía unos deseos terribles de abandonar aquella casa. Involuntariamente se había metido en un avispero, y deseaba salir de allí sin molestar a los dueños de la casa. Aprovechando la discusión, que no daba señales de aminorar, podría descender. Si algún escalón crujía, seguramente no seria oído por los bandidos.

Pero el señor Lane no había hecho justicia a aquellos hombres al creer que podría realizar aquel plan. En medio de la más acalorada discusión, Goyle levantó un dedo y agarrando por él cuello al aterrado señor Lane, lo hizo entrar en la habitación tirándolo al suelo y arrodillándose sobre él.

— ¿Qué hacías aquí? — preguntó ferozmente.

La visión de aquel rostro amenazador y de todos los demás que se hallaban en el cuarto fue más de lo que el señor Lane era capaz de resistir. Y sin que Bat llevase más allá sus amenazas, se desmayó.

— ¿Alguno de vosotros le conoce preguntó Sands, incorporándose.

Lamby fue quien proporcionó la identificación.

— Es un ratero. Se llama Lane.

— ¿De dónde viene?

— Vive en el barrio. Estuvimos juntos en la cárcel la última vez. "Los Hampones" miraron perplejos al ladrón.

— Registradle— sugirió Goyle.

Fue una suerte para el señor Lane que antes de salir de su casa se hubiese provisto de unas cuantas herramientas de tosca construcción, con las cuales creía poder franquear todo los obstáculos. Aquel atizador convertido en inútil ganzúa fue, indudablemente, lo que le salvó la vida.

Lombroso y otros han afirmado que los seres que han llegado a cierto grado de degeneración no tienen sentido del humor, pero al menos en dos de las caras de los bandidos había una amplia sonrisa cuando se comprendió el motivo de la visita del hombre.

— Vino a robar a Connor—dijo Bat, lleno de admiración.—Dadme el *whisky.*

Obligó al inconsciente ratero a tragar un poco de licor y el señor Lane parpadeó, abriendo los ojos con asustada fijeza.

— Levántate—ordenó Bat.—*Y* explica a qué has venido.

— Deja eso—interrumpió Goyle.—Lo que importa es saber lo que ha oído cuando se marchaba.

— Nada, caballeros—jadeó el infortunado señor Lane.—¡Les doy mi palabra, señores! Me he encontrado en un apuro, como ustedes…

Demasiado tarde se dio cuenta de su error.

— Ya—comentó Goyle con amenazadora calma.—Dices que has estado en un apuro como nosotros, ¿eh?

— Quiero decir…

— Ya sé lo que quieres decir—silbó el otro. —Quieres decir que has estado escuchando lo que decíamos, y que te disponías a ir a contarlo al primer policía.

En aquel momento se oyó una llamada a la puerta. De nuevo la Providencia se interpuso a favor del señor Lane, que a no ser por aquello lo hubiera pasado seguramente muy mal.

Contra lo que esperaban no era Connor el que llamaba, sino un mensajero

suyo. Bat subió con una carta y la leyó atentamente, y después en voz alta:

"Arreglaos como mejor podáis—decía la misiva.—Yo me escondo".

— ¿Qué significa eso?—preguntó Goyle, arrancando la carta de manos de Bat que, sin esperar más, fue a ponerse el abrigo, contestando mientras tanto:

— Significa que debemos escapar de aquí lo más pronto posible. Cuando Connor se esconde es cuestión de levantar el vuelo a toda prisa.

— ¿Y qué hacemos con ése?— preguntó Goyle, señalando al señor Lane, que continuaba sentado en el suelo.

— Dejémosle. No tenemos tiempo de entretenernos con él.

En la calle se oyó avanzar un automóvil, luego se percibió el gemido de sus frenos precisamente frente a la puerta, lo cual era ya de por sí, bastante alarmante. Bat apagó la luz y con todo cuidado levantó las persianas. En seguida retrocedió ahogando un juramento.

— ¿Qué ocurre?—preguntó Goyle.

Bat no replicó. Los demás le oyeron abrir la caja de cerillas.

— ¿Qué estás haciendo?—susurró Goyle.

— Enciendo la lámpara—dijo el otro.

Oyóse levantar la chimenea del quinqué y un momento más tarde brillaba una luz amarillenta. Bat se volvió hacia "Los Hampones".

— El juego ha terminado, compañeros— dijo mientras se registraba los bolsillos.— He encendido la lámpara porque necesito quemar un par de cosas que llevo en los bolsillos.

Sacó unos papeles, los leyó y les prendió fuego con una cerilla.

— Nuestro amigo Ángel está abajo — siguió.—Tiene la calle llena de policías. Esta vez la cosa no va de broma.

Oyóse una fuerte llamada a la puerta, pero nadie se movió. Goyle estaba lívido. Mejor que nadie sabia lo imposible que era escapar. Uno de los

defectos de la casa, y que ya él había señalado a Connor, era la facilidad con que podía ser rodeada.

Se repitió la llamada.

— Que abran ellos mismos—dijo Bat.

Y como si los de fuera hubieran oído la invitación, la puerta fue echada abajo y se oyeron pasos precipitados en la escalera.

Ángel fue el primero en entrar en la habitación. Dirigió un frío saludo a Bat y después se hizo a un lado para que entrasen los demás policías.

— Quedas detenido—dijo concisamente.

— ¿Por qué?—preguntó Sands.

— Por robo con escalo—contestó el detective.—Tiéndeme las manos.

Bat obedeció y dos pulseras de acero se cerraron alrededor de sus muñecas.

— ¿Habéis detenido a Connor?—preguntó a Ángel.

— Le hemos dejado que viva un día más —sonrió Ángel.

— Creí que nos iba usted a dejar libres, señor Ángel—dijo Lamby.

— Es una mala costumbre sacar conclusiones demasiado precipitadas — sentencio Ángel.

Y en aquel momento se fijó, por primera vez en el aterrado señor Lane.

— Hola. ¿Quién es ése?—preguntó.

En aquel momento el señor Lane tuvo la máxima inspiración de su vida. Desde el momento en que, por circunstancias fortuitas, se hallaba mezclado en aquel asunto, y dijera lo que dijese la diferencia en el castigo seria muy pequeña, decidió aprovecharse de la fama que tenía al alcance de la mano.

— Soy miembro de la banda de "Los Hampones"—dijo.

Y fue conducido fuera de allí esposado, muy orgulloso, convencido de que se había ganado para siempre el título de terrible criminal.

XI. EN BUSCA DEL LIBRO

Old Kent Road era una larga visión de tiendas cerradas, de grupitos de hombres que salían de las tabernas a las estridentes órdenes de los taberneros. Lewisham High Road, como corresponde a tan respetable barrio, estaba decorosamente dormida. Chisleshurst parecía un lugar muerto.

El automóvil se detuvo frente a una gran casa, y dos hombres descendieron, deteniéndose ante la puerta.

— No sé lo que dirá el viejo Mauder, el editor—murmuró Ángel, mientras buscaba el timbre.—Es un hombre terriblemente metódico.

En el silencio pudieron oír el repiqueteo del timbre eléctrico. Esperaron unos minutos y volvieron a llamar. Al fin oyeron abrirse una ventana y una voz soñolienta preguntó:

— ¿Quién llama?

Ángel retrocedió unos pasos y levantó la cabeza.

— Hola, Mauder. Tengo que hablar contigo. Soy Ángel.

— ¡Diablos!—exclamó una voz, con acento sorprendido.—Espera un momento, bajo en seguida.

El hombre de apacible rostro que abrió la puerta y les condujo a una hermosa biblioteca era el señor Ernest Mauder en persona. Invitó a sus dos visitantes a que se sentaran, saludando a Jimmy como a un viejo amigo.

— Lamento mucho molestarle en una hora tan mala…—empezó Jimmy.

El editor le contuvo con un ademán.

— Vosotros, los detectives, sois tan aficionados a dar sorpresas a la gente

sencilla que no puedo resistir la tentación de ser yo quien te sorprenda—dijo el señor Mauder, guiñando un ojo.

— Te advierto que hace falta algo muy grande para sorprenderme—advirtió Ángel.

— Tú te lo has buscado—advirtió el editor, amenazando con un dedo al detective. —Ahora deja que te explique por que has venido en auto desde Londres, en una noche tan mala como ésta, y todo para hacer una gestión totalmente infructuosa.

— ¿Eh?

La sonrisa había desaparecido del rostro de Ángel.

— Ya sabía que esto te sorprendería. Has venido a buscar un libro, ¿no?

— Si—murmuró Jimmy, lleno de asombro.

— Un libro publicado por nuestra casa hace nueve años, ¿no?

— Sí.

El asombro se acentuaba en los rostros de los dos hombres.

__Su titulo—siguió el editor—es *Un breve estudio sobre los orígenes del alfabeto,* y su autor es un viejo medio loco que fue expulsado de Oxford por borracho.

— Mauder, lo has adivinado—declaró Ángel.—Pero…

— La busca es infructuosa—siguió el editor.—Sólo tiramos quinientos ejemplares; el libro fue un fracaso. El mismo tema ha sido tratado mejor por otros libros. Hace algunos años encontré un último ejemplar y lo regalé a mi secretaria. Que yo sepa ése es el único que existe.

— ¿Y quién es su secretaria? ¿Dónde vive?

— Si me hubieran hecho esa pregunta hace algunas horas no hubiese podido contestar, pero ahora mi memoria se ha refrescado.—Mauder daba muestras de gran regocijo ante el misterio que estaba creando.—Esa muchacha, por cierto muy linda, fue mi secretaria durante dos años. No sé

que la indujo a trabajar, creo que sostenía a su padre, que estaba inválido. —¿Cómo se llama?—repitió Ángel. —Kathleen Kent —contestó el editor.— vive en… —¡Kathleen Kent!—repitió Jimmy, lleno de asombro.—¡Que Dios nos asista! —¡Kathleen Kent!—exclamó Ángel.—¡Esta sí que es buena! Pero—añadió rápidamente—¿cómo adivinaste lo que buscábamos?

— Pues no es que estuviese seguro, pero cuando a un hombre se le despierta durante la noche para preguntarle por un viejo libro, es muy natural que al despertarse por segunda vez en la misma noche sospeche que sea con el mismo motivo. —¿Es que alguien ha estado ya aquí?—preguntó Jimmy.—Por amor de Dios no bromee. El asunto es muy serio. —Nadie ha estado aquí—dijo Mauder.— sin embargo, hace una hora un hombre me llamó por teléfono.

Jimmy miró a Ángel y éste le devolvió la mirada.

— Jimmy, di que soy un idiota—dijo Ángel —¡Teléfono! ¡Pero si yo creí que no estabas abonado! —No lo estuve hasta la semana pasada, y a partir de mañana dejaré de estarlo. El sueño es algo demasiado valioso para dejar que lo estropeen.

— ¿Quién era el que te llamó?

— No entendí su nombre. Me dio muchas excusas. Entendía que era un periodista. Necesitaba algunos datos para incluirlos en la noticia de la muerte del autor.

Ángel sonrió.

— El autor está perfectamente vivo. ¿Cómo era la voz del que telefoneó? ¿Carraspeaba entre frase y frase?

El editor asintió.

— Spedding—dijo Ángel levantándose. — No tenemos tiempo que perder, Jimmy.

Mauder les acompañó hasta la puerta.

— Una pregunta más—dijo Jimmy mientras se abrochaba el abrigo.—¿Podría darnos usted alguna idea acerca del contenido del libro?

— No—contestó el editor.—Creo recordar que gran parte de su contenido era convencional. Había toscos dibujos, y las primitivas figuras del alfabeto. En resumen, lo que se encuentra en cualquier enciclopedia y en las últimas páginas de las biblias de los maestros.

Cuando se acomodaron en su auto, Jimmy había casi olvidado la fortuna que aguardaba en la gran caja de caudales. Su cerebro estaba lleno de ansiedad por la muchacha, que inconscientemente, poseía la clave para ganar aquella fortuna. Spedding habíase movido muy de prisa. Si el libro seguía en poder de la joven, podría obtener en seguida la combinación de la caja de caudales.

La monotonía del viaje hacía Londres fue interrumpida un momento por un incidente. Al volver un recodo, el auto en que iban estuvo a punto de chocar con otro que avanzaba en dirección contraria. Se cambiaron unos cuantos insultos entre los dos chóferes y luego los autos siguieron su camino.

De mutuo acuerdo se dirigían hacia casa de Kathleen. Streatham se hallaba desierto. Al llegar cerca de la casa de la joven se detuvieron y Ángel descendió del coche. Inclinándose al suelo anunció:

— Hace menos de media hora que un coche se ha, detenido aquí—y señalaba la inconfundible huella de las ruedas.

Llamó al timbre y la puerta de la casa fue abierta casi en seguida por una mujer de cierta edad que le invitó a entrar.

— Esta noche nadie parece sorprenderse de vernos llegar—dijo con amargo humor. Y añadió:—Soy el detective Ángel, de Scotland Yard.

— Kathleen ha salido—replicó la mujer.

Jimmy la escuchó, sintiendo un gran vacío en el corazón.

— Sí—añadió la mujer.—El señor Spedding, el famoso notario, vino a verla hace una hora y—en voz más baja—como sé que ustedes están muy interesados en el caso puedo casi asegurarles que es muy posible que antes de mañana mi sobrina tenga en su poder una gran fortuna.

Jimmy lanzó un gemido. —Por favor, continúe—dijo Ángel.

— La solución del problema está en un libro que el señor Mauder regaló hace unos años a mi sobrina. Libro que se hubiera perdido a no ser por el cuidado que pongo en todo.

En su fuero interno, Jimmy maldijo aquel "cuidado".

— Cuando después de la muerte del padre de Kathleen nos trasladamos aquí, hice guardar un sinfín de cosas. Entre ellas había una infinidad de libros que Kathleen hubiera vendido, pero que yo pensé…

— ¿Dónde están guardados? — preguntó Ángel.

— En una antigua propiedad nuestra. La única que le quedó a mi pobre hermano. Y eso porque está tan en ruinas que ningún comprador se sintió atraído por ella.

— ¿Y dónde se encuentra esa propiedad? —Ángel se daba cuenta de la rudeza de su tono.—Perdóneme, señora,—añadió — pero es absolutamente necesario que alcancemos a su sobrina.

— Está en Tonbridge Road—contestó la mujer, con seco acento.—Creo recordar que se encuentra entre Crowley y Tonbridge, pero no estoy seguro. Kathleen conoce muy bien el lugar, por eso ha ido allí.

— En algún lugar de Tonbridge Road—murmuró, abatido, Ángel.

— Podríamos seguir las huellas de los neumáticos del coche—dijo Jimmy.

Ángel movió negativamente la cabeza.

— Si la lluvia es general deben de esta ya borradas.

Permanecieron callados unos segundos Jimmy se mordía los guantes y Ángel tenía la mirada perdida en el vacío. De pronto Jimmy pidió:

— ¿Tiene usted una Biblia?

La mujer evidenció el asombro que le producían aquellas palabras. Después replicó:

— Tengo varias.

— ¿Una biblia de profesor, con anotaciones?

— Sí; tengo una—replicó la tía de Kathleen, después de reflexionar.—Esperen un momento.

Cuando hubo salido de la habitación, Ángel dijo desesperado:

— Debimos haberle advertido acerca de Spedding.

— Es inútil llorar la leche vertida—murmuró Jimmy.—Lo que debemos hacer ahora es impedir que Spedding consiga lo que quiere, y rescatar a la muchacha.

— ¿Se atreverá?

— Tenlo por seguro—afirmó Jimmy.—Es mucho peor de lo que tú te imaginas.

— Pero si está ya arruinado.

— Mayor motivo para que dé un paso más. Hace meses que está al borde de la ruina. Lo he descubierto. El otro día hice algunas averiguaciones y está metido en un agujero más grande que la cúpula de San Pablo. Gobernaba los valores de cierta asociación, y hace tiempo que le están apremiando para que entregue el dinero. Spedding se atreverá a todo.—Jimmy hizo un pausa y añadió:—Pero si se atreve a hacer algún daño a la muchacha… puede darse por muerto.

Un momento más tarde la tía de Kathleen regresó con el libro pedido. Jimmy volvió: rápidamente la página. Hacia el final encontró algo que hizo brillar sus ojos.

Sacó un cuaderno y sobre la mesa, comparó lo que estaba escrito en él con el contenido de la Biblia.

Ángel, inclinado sobre su hombro, le seguía sin aliento.

— Esto, sí. También. Eso es… Ya lo tenemos. ¡Qué idiotas hemos sido, Jimmy! ¡Qué idiotas!

Jimmy se volvió hacia la mujer.

— ¿Podría prestarnos este libro?—pidió.

— Le será devuelto. Muchas gracias. Y ahora, Ángel—consultó su reloj y se encaminó hacia la puerta — tenemos dos horas. Al amanecer iremos hacia Tonbridge Road.

En aquella agitada noche sólo molestaron a otra persona, y esa fue un antiguo oficial de marina que vivía en Blackheath.

Allí y en el momento en que comenzaba amanecer, Ángel expuso su misión, y con febril apresuramiento escribió una declaración jurada. Basándose en ella, el Juez de Paz extendió una orden de arresto contra William Spedding, notario.

XII. LO QUE OCURRIÓ EN FLAIRBY MIIL,

Como es natural, Kathleen consideraba al notario un amigo desinteresado. No había motivo alguno para que ella no pensara así. Y si faltaba algo para generar semejantes ideas la última acción del notario, que tan pronto como por mero accidente había descubierto la clave del secreto de la caja de caudales había acudido a comunicársela, debía elevarle a la mejor opinión de la joven. Como es lógico, el señor Spedding había aconsejado obrar sin pérdida de tiempo, y cuando Kathleen se mostró un poco vacilante alegando lo intempestivo de la hora para iniciar la caza de un libro, Spedding insinuó los peligros de retrasarse, advirtiéndole que había otros interesados en la fortuna que acaso obraran con mayor rapidez, arrebatándole una fortuna que legalmente era suya. La joven declaró que deseaba avisar a Ángel y a Jimmy, pero el notario se dio prisa en disuadirla, aconsejándole el mayor secreto.

Al fin, atraída por la emoción de la aventura nocturna, la rápida carrera en automóvil y los millones que le esperaban, accedió a acompañar al notario.

Sus anhelos de aventura fueron casi satisfechos del todo cuando estuvieron a punto de chocar con otro automóvil que avanzaba en dirección opuesta. No vio a los ocupantes del otro auto, pero abrigó la esperanza de que se hubieran llevado un susto tan grande como el suyo.

No tuvo tiempo de cansarse de la emoción de aquel viaje a toda velocidad por la húmeda campiña. Demasiado pronto llegaron a un punto de la carretera muy familiar para ella, y el coche aminoró la marcha para no pasar de largo ante el herboso sendero que conducía a Flairby Mill. Llegaron a él por fin, y el auto avanzó dando tumbos por encima de las piedras hasta detenerse frente a la casa.

Antes de la aparición de las máquinas trituradoras, Flairby Mill (*Molino*) había sido famoso en el distrito, y sus grandes piedras giraban día y noche. Pero la gran rueda habíase roto hacía mucho tiempo y yacía en el lecho del arroyo que durante tanto tiempo la hizo girar. Su maquinaria estaba oxidada y sólo la casita adyacente al molino era de algún valor.

Con escasas o nulas reparaciones, la casa había permanecido en pie hasta entonces y en ella guardó Kathleen todos los muebles y objetos de su padre. Allí estaban las sillas de montar, los escudos, las lanzas y flechas que coleccionó en sus viajes, así como su biblioteca que consoló los amargos años que precedieron a su muerte. Para el mundo todo aquello no tenía ningún valor, mas para la joven era un tesoro inapreciable.

Las lágrimas asomaron a sus ojos mientras Spedding, tomando la llave que ella sostenía con temblorosa mano, abría la puerta.

El notario utilizó una linterna eléctrica para alumbrar el camino hacia el interior de la casa.

— Tendrá usted que guiarme — dijo a Kathleen.

La muchacha obedeció, indicándole por dónde debía ir. Cuando llegaron a lo alto de la gran escalera de roble, detuviéronse ante una gran puerta que fue abierta por Spedding.

La habitación era enorme, situada en el último piso, debajo del tejado, y hacia su parte extrema el techo quedaba a un metro del suelo. Habla tres ventanas cerradas y otra puerta que conducía a una habitación más pequeña.

Spedding dejó su linterna sobre una mesa y echó una mirada a su alrededor, en busca de los libros. No tardó en encontrarlos. Estaban colocados en tres toscos estantes. Acercando más la linterna, el notario comenzó su examen.

— *La retirada de los diez mil* de Jenofonte—murmuró;—*Obras y Vida,* de Josephus; *Ensayos,* de Elia; *Ensayos,* de Emerson; *Ensayos,* de De Quincey. ¿Qué es esto?

De entre dos gruesos tomos había sacado un delgado tomito de descolorida cubierta. Lo desempolvó con el mayor cuidado, leyó el título, lo abrió, fue a sentarse a la mesa y comenzó a leer el libro.

Sin saber exactamente por qué, Kathleen empezó a sentirse inquieta. Algo en la actitud del notario había variado. En cuanto hubo hallado el libro pareció perder todo interés por ella. Ni siquiera la invitó a examinarlo con él.

— ¿No sería mejor que nos marchásemos? —preguntó tímidamente Kathleen, al cabo de un rato.

Spedding levantó la cabeza y la expresión de sus ojos estaba de acuerdo con sus palabras.

— Nos iremos cuando haya terminado de leer esto—dijo bruscamente, y siguió leyendo.

Kathleen lanzó una ahogada exclamación de asombro. No estaba preparada para aquella respuesta. No esperaba que el notario se despojara tan de súbito de su máscara de amabilidad. Empezó a sentir miedo a pesar de que trataba de tranquilizarse, diciéndose que afuera estaba el chofer, que al fin y al cabo representaba algo del orden establecido. Cobrando valor, realizó otro intento:

— Permítame que insista en que termine el examen de ese libro en otro lugar, señor Spedding—dijo.—No sé si se habrá dado usted cuenta de que ocupa la única silla de esta habitación.

— Ya me he dado cuenta—replicó el hombre, sin levantar la vista.

— ¡Señor Spedding!

El notario la miré con aspecto cansado.

— Haga el favor de estarse quieta hasta que yo haya terminado—ordenó.—Y le comunico que esta investigación que realizo la hago más en mi favor que en el suyo. Debo añadir que, si continúa molestándome con sus gemidos, la haré callar de una manera muy desagradable para usted.

La muchacha calló, temerosa, y al cabo de un rato el notario se levantó, golpeando el libro con un dedo.

— El precioso secreto ya no lo es—dijo con una dura risa.—Si no hubiera sido un loco lo habría descubierto mucho antes.—Después contempló, meditativo a Kathleen. —Tengo dos proposiciones—dijo—y necesito su ayuda.

— No recibirá usted ninguna ayuda de mi parte, señor Spedding — replicó

con frío acento la muchacha.—Mañana tendrá usted que responder de su incalificable conducta de esta noche.

El notario se echó a reír.

— ¿Mañana? ¿Ante quién? ¿Ante Ángel o ese bandido bueno que está enamorado de usted?—Y al ver la sangre afluir a la mejillas de la joven, se echó a reír de nuevo. —He metido el dedo en la llaga, ¿eh?

Kathleen acogió con despectivo silencio las palabras del hombre.

— Mañana estaré muy lejos de aquí, fuera del alcance de los dos caballeros a quienes usted se refería. Me importa menos el mañana que el día de hoy. El de hoy es un día muy importante para mí y… para usted. —Puso un gran énfasis en las dos últimas palabras.

La muchacha perseveró en su helado silencio.

— Hablando con toda claridad—siguió el notario, con su suave acento peculiar,—debo decirle que me interesa apoderarme del dinero guardado en aquella estúpida caja de caudales.

Kathleen ahogó una exclamación. —¡Ah! ¿Ya me comprende? Seré más explícito. Me interesa ese dinero exclusivamente para mí, para mi uso particular. Cuando el viejo Reale me encargó de sus negocios, creí encontrar en sus herederos unos seres estúpidos que me informarían, día tras día, de la marcha de sus descubrimientos, de lo cual me hubiera yo aprovechado. Pero no conté con Jimmy.—Observó la luz en los ojos de la joven.—Sí—prosiguió, —Jimmy no es un hombre vulgar. Y Ángel es sumamente molesto. Una vez casi estuve a punto de acabar con Jimmy. ¿Le ha explicado cómo se apoderó del sobre rojo? Veo que no. Pues bien, entonces casi le tuve en mis manos. A la mañana siguiente bajé a examinar su, cadáver y no encontré nada. Un momento después recibí una tarjeta postal suya en la que me comunicaba hallarse en perfecta salud.

El notario se interrumpió, como invitándola a hacer algún comentario.

— Sus confesiones tienen muy poco interés para mí—replicó la joven.—Lo único que deseo es verme libre, cuanto antes, de su molesta presencia.

— A eso voy, señorita. Hace un momento me he portado un poco

rudamente con usted, pero entonces estaba muy ocupado y además deseaba ofrecerle un artístico prólogo a las nuevas condiciones. Ahora, lejos de ser rudo, deseo ser muy amable.

No obstante su aparente calma, Kathleen tembló ante el suave acento del notario.

— Mi posición en este asunto es la siguiente—continuó Spedding.—Hay una gran suma de dinero que, legalmente, es de usted. La Ley y la cesión hecha por su competidor—excluyamos a Connor—le concede a usted el dinero. Es una lástima que yo, que carezco de todo derecho, desee también esos millones, creando esta cuestión: ¿Han de ser de Spedding o de Kathleen Kent? Yo voto por Spedding, y las circunstancias me favorecen, pues la tengo aquí y—perdone el melodrama—se halla por entero en—mi poder. De usted depende que me apodere limpiamente de esos dos millones.

De nuevo se interrumpió, como queriendo observar el efecto de sus palabras. Kathleen no replicó nada, mas en sus ojos se leía el terror.

— Si me hubiera podido pasar sin sus servicios, o si hubiese tenido el sentido común para resolver el rompecabezas, habría podido hacerlo todo sin molestarla lo más mínimo. Pero tal como han ido las cosas, me veo en la lamentable obligación de hacerla callar.

Dijo esto con la máxima frialdad, y Kathleen comprendió el verdadero significado de sus palabras.

— Puedo hacerla callar matándola… o casándome con usted. Si se me ocurriera otro plan más sencillo para mantenerla oculta del mundo durante un par de días, lo adoptaría con mucho gusto; pero es usted una mujer y eso resultaría imposible. Ahora, dígame usted cuál de las dos alternativas prefiere.

La muchacha retrocedió hacia la ventana sin apartar la vista del notario.

— Sin duda está usted pensando en el chófer—declaró Spedding.—Olvídelo. Si hubiera usted estado atenta, habría oído marchar el auto hace media hora. Espera nuestro regreso a un kilómetro de aquí. Si me ve volver solo se extrañará, pero no podrá saber nada. Imagínese el cuadro. Yo vuelvo solo, subo al coche y mientras éste se pone en marcha,

me vuelvo varias veces saludando a una imaginaria muchacha que el chófer no verá, mas de cuya existencia no le cabrá duda alguna. Dos días después estará en alta mar conmigo, en el mismo barco. Y ya sabe usted que en un barco pueden ocurrir muchos accidentes. Vamos, Kathleen, ¿se decide por el matrimonio?

__¡Prefiero la muerte!—declaró la muchacha, lanzando en seguida un grito al sentir sobre su garganta las manos del notario, que la miró con terrible fijeza, soltándola al fin y dejándola caer contra la mesa.

Kathleen había cerrado los ojos, y cuando los abrió descubrióle pistola en mano. Con cierta extrañeza se dio cuenta de que el arma no estaba apuntada a ella.

— ¡Manos arriba!—gritó Spedding.—¡Los dos!

Después escuchó una insolente carcajada.

Sólo dos hombres en el mundo podían reír de aquella forma de cara a la muerte y los dos estaban de pie en el umbral de la puerta. Ángel con los lentes de motorista en el cuello y Jimmy quitándose los guantes. Después miró a Spedding.

La mano que empuñaba el revólver no temblaba. Era tan dueño de sí mismo como unos minutos antes.

— Si alguno de ustedes se mueve, dispararé sobre la muchacha—declaró Spedding entre dientes.

Fue Jimmy quien tomó la palabra. No levantó la voz, pero se notaba que la pasión vibraba en sus sentencias.

— Spedding, está usted asustando a la niña. Guarde el revólver y hablemos. ¿Me oye? Si le hace usted el menor daño a la señorita Kent, le advierto que me portaré peor que *un* diablo con usted. ¿Me oye? Le trataré a la manera india. No le mataré de un tiro. Al contrario. Lo amarraré bien y lo quemaré a fuego lento. Y aunque el mismo Ángel intervenga en su favor, estoy dispuesto a ir a la horca, pero no por ello dejaré de matarle.

Estremeciéndose ante la ferocidad que vibraba en 1a voz de Jimmy, bajó la pistola.

— Hablemos—dijo con hosco acento.

— Es mejor—asintió Ángel—Y ahora déjeme hablar primero. Quiero detenerle.

— Deténgame.

— El riesgo es demasiado grande—reconoció con toda franqueza Ángel.—Además, puedo permitirme esperar.

— ¿Y qué?—El notario tenía la pistola baja, pero a punto de encañonar con ella a Kathleen.

Ángel cambió unas palabras en voz baja con su compañero. Después dijo: —Puede usted marcharse.—Y se apartó a un lado.

Spedding avanzó unos pasos; luego, al llegar a la puerta, se detuvo como si fuera a decir algo y rápido como el pensamiento, levantó la pistola y disparó dos veces.

Ángel sintió contra el rostro el viento de los proyectiles y saltó hacia delante al mismo tiempo que Jimmy disparaba tres veces su arma, tan de prisa que pareció que sólo había sido disparada una vez. Pero era demasiado tarde. La pesada puerta se cerró ante Jimmy y el chasquido del cerrojo les indicó que estaban prisioneros.

Ángel acudió hacia una de las ventanas. Las maderas estaban clavadas y era imposible moverlas.

— ¡Hemos caído en una trampa!—declaró, mirando a Jimmy.

Este se había arrodillado junto a la muchacha, que estaba medio desmayada. Se repuso enseguida y temblorosa, trató de arrodillarse. Jimmy quiso ayudarla y el contacto de sus manos hizo que Kathleen se sintiera invadida por un profundo alivio, y apoyando la cabeza en el hombro de su compañero, cerró los ojos.

Ángel estaba examinando las ventanas, cuando una fuerte detonación que llegaba del exterior atrajo su atención.

— ¿Qué ha sido?—preguntó Kathleen.

— Puede ser el oportuno suicido del señor Spedding, lo cual me parece mucho —dijo Ángel.—O bien es el mismo Spedding que está destruyendo piezas vitales de nuestro auto. Y mucho temo que sea esto último.,.

De pronto, el detective aspiró el aire y acercándose a la puerta del extremo de la habitación, la abrió.

— ¿Podría decirme qué hay en la planta baja, señorita Kent?—preguntó.

Sonriendo débilmente, la joven contestó:

— Trastos viejos, pinturas, muebles…

— ¿Y colchones?

— Sí, creo que hay algunos.

— Jimmy, ¿no notas ningún olor?—preguntó Ángel.

— ¡Si! ¡Pronto, las ventanas!

Inmediatamente registraron la habitación. En un ángulo, Jimmy desenterró un sable de caballería.

— ¡Esto servirá!—exclama Ángel, tratando de emplear el arma como palanca para desclavar las maderas de las ventanas. Pero antes de haberlo conseguido, el acero se partió.

— En aquel estante hay un hacha—indicó Kathleen, dándose cuenta del peligro que les amenazaba.

Lanzando un grito de alegría, Ángel empuñó una vieja hacha de guerra y atacó con ella la ventana. A cada golpe saltaban grandes astillas. Pero tan de prisa como él iba algo más. Ángel no se había equivocado al notar el olor a petróleo. El humo comenzó a penetrar en el ático. Ángel se detuvo, agotado. Jimmy le arrancó el hacha de las manos y con toda su furia descargó formidables hachazos contra la ventana hasta que un rayo de luz penetró por la brecha. De nuevo se hizo Ángel cargo del hacha y en pocos momentos la ventana quedó desembarazada de obstáculos.

— ¿Tenemos que huir por aquí?—preguntó Kathleen.

— No hay más remedio—declaró Jimmy. —No lamentaré nunca haber vivido esta noche—murmuró la joven.

— Ni yo, termine como termine—dijo «Jimmy, en voz baja.—Es muy bello aprender que es amor, aunque sea al borde de la tumba.

A Kathleen le temblaban los labios al tratar de decir algo.

— Y como Ángel estaba buscando algo, Jimmy se inclinó sobre la muchacha y la besó en los labios.

— ¡Pronto!—exclamó el detective, que había hallado una cuerda.

La ataron alrededor de la cintura de Kathleen, a quien descendieron hasta el suelo, a través de una densa humareda que brotaba de la planta baja. Medio ahogada, apenas tuvo fuerzas para desatarse la cuerda.

Unos minutos después, los dos hombres estaban a su lado, contemplando en silencio cómo las llamas devoraban la casa. De súbito, Kathleen recordó:

— ¡El libro! ¡ El libro!

— Lo tengo dentro de la camisa—contestó, tranquilamente, Ángel.

XIII. CONNOR INTERVIENE

"Evitar las aglomeraciones", es uno de los axiomas de Scotland Yard. Por ello, el jefe de Ángel le aconsejó con respecto a Spedding:

— Si tiene que detenerlo, hágalo lo más reservadamente posible. Si, como usted sugiere, se encierra en su casa o busca refugio en su cámara acorazada, déjelo tranquilo. Nada de publicidad ni de campañas periodísticas. Si puede arreglar el asunto Reale sin detenerlo, hágalo. A su debido tiempo sé le podrá arrestar sin peligro.

— Perfectamente, jefe—asintió Ángel, nada conforme con el plan de su superior.

— Por lo que sé de esa clase de hombres— siguió el otro, acariciándose el canoso bigote,—estoy seguro de que no hará nada. Vivirá su vida como cada día, y esta mañana habrá acudido a su oficina. Si trata de detenerle allí le pegará un tiro y seguramente le matará. Siga mi consejo y déjelo solo por ahora. No escapará.

Ángel dio las gracias por el consejo, pero durante toda la mañana tuvo que dominar vigorosamente los deseos de ir a hacer una visita al notario. Por fin, a mediodía, no pudiendo aguantar más, se puso el sombrero y se dirigió a la Lincoln's Ins Fíelds.

— Sí, señor—asintió uno de los empleados de la notaría, después de consultar por teléfono a su jefe.—El señor Spedding tendrá mucho gusto en recibirle.

El notario estaba sentado a su mesa de trabajo, cubierta de grandes legajos. Acogió con una sonrisa a Ángel y le invitó a sentarse en una silla, al otro lado de la mesa.

— He pasado casi toda la mañana en los tribunales—dijo.—Ahora tengo media hora de libertad. ¿En qué puedo serle útil?

Ángel le miró lleno de admiración.

— Es usted un hombre admirable—dijo moviendo la cabeza.

El notario estaba jugueteando con un abrecartas. Mirando al detective, replicó:

— Su admiración hacia mí es como la del naturalista por una hermosa serpiente de anteojos.

— La imagen me gusta mucho—declaró Ángel.

El notario había bajado la cabeza.

— ¿Qué desea usted?—preguntó al fin, mirando a su visitante.

— Una tregua.

— Me imaginé que diría eso. Supongo que sabe…

— Desde luego—asintió Ángel.—Sé que la mano derecha, que usted esconde a mi vista, empuña entre las rodillas una pistola de notable precisión.

— Veo que es usted inteligente.

— Seguramente sabrá ya que se ha dictado orden de detención contra usted.

— Lo imagino.

— La he pedido como medida de precaución—explicó, con la mayor afabilidad el detective.

— Es natural. ¿Qué más?

— Ahora deseaba comunicarle oficialmente, en nombre de la señorita Kent, que mañana se procederá a la apertura de la caja de caudales.

— Estaré allí—prometió el notario.

— Le aconsejo que se aparte del camino de Jimmy.

Spedding apretó los labios, siendo éste el único signo de inquietud que

diera durante toda la entrevista. Sin embargo, con una amable sonrisa, preguntó:

— ¿Llegó usted a casa sano y salvo esta mañana?

— Casi, muchas gracias — replicó Ángel, sin turbarse ante la audacia del hombre.

— ¿Le resultó cómoda la… casita?

— Mucho, pero la calefacción no funcionó como me habían prometido.

Ángel soltó una carcajada al hacer este comentario, después del cual salió de la notaría dirigiéndose hacia Scotland Yard, donde su jefe, después de escuchar sus palabras, sonrió halagador, pero advirtió:

— Cuando llegue el momento de detener a ese notario, Ángel, limpie bien su alma de todo pecado y dispóngase para acudir a un mundo mejor.

— Si mi muerte no va acompañada de algo de humorismo, consideraré mi vida echada a perder—dijo Ángel.

En su oficina le esperaba Jimmy, con la cabeza envuelta en blancas vendas y llenando el despacho de emanaciones yodo—fórmicas.

— ¿Qué ha sido eso?—preguntó Ángel.

Antes de replicar, Jimmy buscó con la vista el más cómodo de los sillones, dejándose caer en él.

— Spedding es un hombre muy activo—explicó.

— ¿Cuándo ha sido?

— Hace una hora, poco más o menos. Un auto que venía siguiendo al mió se desvió y… fue a tropezar donde no debía. El resultado ya lo ves.

— ¿Pescaron al chófer?

— En tres segundos. La cosa ocurrió en la *city.* No le fue posible escapar.

— ¿Era el chófer de Spedding?

— No. En eso está el arte del trabajo.

— Tendríamos que detener a nuestro amigo.

— ¿Te refieres a Spedding?

— Sí.

— No estoy de acuerdo contigo—dijo Jimmy.—Puede que ni para ti ni para mí 1a cosa sea muy sana, pero debemos terminar antes el asunto Reale.

— Seguramente, el señor Spedding me tenderá una trampa esta misma noche.

— Puedes estar seguro.

Después de visitar a un médico amigo de Ángel, que recompuso con bastante destreza la cabeza de Jimmy, los dos amigos se dirigieron hacia la vivienda de Ángel en Jermyn Street. Era ya de noche, pues la cura había sido larga.

— Spedding tratará por todos los medios de acabar con nosotros esta noche — dijo Jimmy.—No le interesa que se abra mañana la caja.

— Pues tendrá que interesarle — declaró Ángel, abriendo la puerta de su morada. El estrecho pasillo, en el cual noche y día siempre brillaba una luz, estaba en plenas tinieblas.

— No, no — dijo, retrocediendo hacia la calle.

Durante todo el trayecto, Jimmy abrigó la sospecha que habían sido seguidos. Esta sospecha se confirmó al lanzar Ángel un silbido y ver cómo dos hombres atravesaban la calle y se reunían con ellos.

— Présteme su linterna, Johnson — pidió Ángel.

Empuñando la linterna, Ángel entró en la casa, seguido por los otros y avanzando en dirección a la escalera que conducía a su dormitorio.

— Alguien ha estado aquí—indicó Ángel, señalando una mancha de barro en la alfombra.

La puerta del dormitorio estaba entreabierta y Jimmy acabó de abrirla de

un puntapié. Luego, metiendo la mano en la habitación, encendió la luz.

Los cuatro hombres aguardaron algún movimiento en el interior del cuarto. Pasados unos minutos y no observando la menor señal de vida, entraron. No hacía falta mucha imaginación para comprender que el lugar había sido visitado por alguien. Cajones medio abiertos, cuyo contenido se esparcía por el suelo, y todas las señales de un registro apresurado se ofrecían a sus ojos.

Del saloncito pasaron al dormitorio y allí también se advertían señales dejadas por los visitantes.

— ¡Hola! — dijo Jimmy, recogiendo un sombrero de fieltro. Miró el forro, descubriendo la marca de un famoso sombrerero egipcio.—Es de Connor—anunció.

— Ya—murmuró Ángel.—Por lo visto, Connor interviene también en el juego, ¿no?

Uno de los detectives que les habían seguido agarró del brazo a Ángel.

— Mire, señor—susurró.

Medio oculto entre los cortinajes de la ventana, se veía un hombre acurrucado en la sombra.

— ¡Fuera de ahí!—ordenó Ángel.

Luego, algo en la actitud del hombre ahogó las palabras en sus labios. Avanzando hacia la ventana, descorrió las cortinas.

— ¡Connor!—exclamó.

En efecto, era Connor muerto, mostrando en su frente el orificio de un balazo.

XIV. LA APERTURA DE LA CAJA

Los cuatro hombres permanecieron silenciosos ante el cadáver. Jimmy se inclinó a tocarle una mano.

— Muerto—declaró.

Ángel no replicó. Fue a encender todas las luces de la habitación. A continuación, registró escrupulosamente al muerto, entregando cuanto halló a uno de los detectives, que lo depositó sobre una mesita.

— Un escoplo, una ganzúa, una barrena, una linterna, una pistola—fue enumerando Ángel.—No es difícil adivinar a qué vino Connor; pero ¿quién lo mató?

Registró meticulosamente las habitaciones. Todas las ventanas estaban cerradas e intactas. No se veía señal alguna de lucha. En el salón no se advertían manchas de barro que pudieran provenir de Connor o de su asesino. En el centro de la habitación hallábase una mesita. Durante sus frecuentes ausencias de la casa, Ángel tenía la costumbre de cerrar ambas habitaciones a fin de que sus criados no pudieran entrar en ellas. Y cuando las limpiaban lo hacían siempre bajo su vigilancia. Por lo tanto, la pulida superficie de la mesita aparecía cubierta por una ligera capa de polvo, excepto en un punto, donde se advertía un espacio limpio de unos veinte centímetros de diámetro. Ángel lo examinó con escrupulosa atención, acercando la mesa hacia donde la luz era más intensa. De todo cuanto había en la habitación lo que más le interesaba era aquel círculo de donde el polvo había desaparecido.

— Vigile que nadie toque esta mesa—dijo a uno de sus hombres; y dirigiéndose al otro, añadió: —Será mejor que vaya a Vine Street a dar parte de lo ocurrido. O si no, aguarde: iré yo mismo.

Mientras Jimmy y él se dirigían a toda prisa hacia la famosa comisaría, Ángel se expresó así:

— Connor fue a mi casa con intención de robar algo; fue sorprendido por alguien que, confundiéndole conmigo, le mató.

— Eso es lo que yo también creo—asintió Jimmy.—Pero ¿qué intentaba robar Connor?

— Esperaba la visita de Connor—declaró Ángel.—No era hombre a quien detuviera el miedo de ser encarcelado. Se le había metido en la cabeza que tenía en mi poder el secreto de la caja de caudales y fue a buscarlo.

Eh la comisaría, Ángel fue saludado por el sargento de guardia.

— ¿Ocurre algo, señor?—preguntó luego, observando la seriedad de los dos hombres.

Con toda brevedad, relató lo ocurrido en Jermyn Street. Añadió las instrucciones referentes a la caja y salió de allí mientras el comisario llamaba al forense.

— Me gustaría saber dónde podríamos encontrar a Spedding—dijo Ángel.

— Y a mí me gustaría saber dónde puede encontrarnos Spedding—replicó Jimmy.

Ángel le miró, sorprendido. —¿Pierdes la serenidad? —No, pero no sé por qué, la vida me parece mucho más preciosa ahora que hace una semana.

— ¡Caramba! ¡Tú estás enamorado! —Quizá sí — reconoció, con acento sorprendido, Jimmy, como si la idea no se le hubiera ocurrido hasta entonces. Ángel consultó su reloj.

— Las diez—dijo.—Es hora de que todas las personas decentes estén ya en la cama. Pero como yo soy un vicioso y además deseo quitarme de la boca el sabor a tragedia, propongo que entremos en un bar.

Entraron en un pequeño bar subterráneo de Leicester Square, donde una pequeña orquesta interpretaba la obertura de *Lohengrín.*

Estuvieron reduciendo el contenido de una botella de Jerez hasta que, de pronto, entró un hombre en la sala y después de dirigir una vaga mirada a su alrededor, hizo una imperceptible señal a Ángel. Luego, como si se hubiera convencido de que la persona que buscaba no se encontraba allí,

salió del bar.

Ángel y su compañero le siguieron.

— ¿Qué hay?—preguntó Ángel.

— Spedding piensa abrir esta noche la caja.

— Bien—asintió Ángel.—¿En nombre de quién lo hace?

— En nombre de Connor que, según creo, es uno de los herederos.

Ángel lanzó un silbido.

— ¡Ese será el gran final, Jimmy!

Pareció sumirse en hondas meditaciones y de pronto declaró:

— Será preciso que la señorita Kent se halle presente.

Media horas después, llamaban a la puerta del alojamiento de Kathleen. Esta les recibió sonriente, sin que en su rostro se advirtiera señal alguna del cansancio de la noche anterior.

— Sí, me he pasado durmiendo casi todo el día—explicó.

Ángel notó que la muchacha procuraba mantener apartada la vista de Jimmy, dedicando, en cambio, un gran interés a una lamentable marina que pendía sobre la chimenea.

— Esta es la última vez que la molestamos a una hora tan avanzada—aseguró Ángel.— Pero lamento mucho decirle que esta noche tendrá que acompañarnos.

— Haré lo que ustedes quieran—contestó la joven.—Los dos han sido muy buenos conmigo.

Al mirar a Jimmy observó por primera vez el vendaje que le envolvía la cabeza.

— ¿Está… herido?—preguntó, asustada.

— No es nada, señorita Kent. Se lo aseguro.—Jimmy sentía un extraño

pánico y deseaba no haber acudido a aquella casa.

— :Tropezó con una alfombra y cayó contra una chimenea de mármol—mintió Ángel.— Esa chimenea pertenecía a nuestra familia desde hace varios siglos y temo mucho que la haya dejado completamente irreparable.

Jimmy sonrió alegremente. —Por favor, hablen con seriedad—pidió Kathleen.—¿Fue Spedding?

— Sí — replicó el detective. — Un pequeño intento que resultó un fracaso.

Jimmy observó muy complacido la inquietud que reflejaban los ojos de la joven.

— No vale la pena mencionarlo—dijo.—Y creo que no debemos perder tiempo en marcharnos. El auto aguarda abajo.

— Estaré preparada en seguida—aseguró Kathleen, apresurándose a salir de la estancia.

— Jimmy—dijo Ángel en cuanto quedaron solos.—Crúzame la mano con plata y te diré la buenaventura.

— No digas tonterías—replicó Jimmy. —Te espera un porvenir muy brillante, una joven morena de ojos grises… —Por favor, que ya vuelve. Llegaron al Depósito de Valores cuando los relojes de la *city* anunciaban la media de las once.

— ¿Entramos?—preguntó Jimmy. —Es mejor que no lo hagamos—aconsejó Ángel.—Si Spedding se entera de que tenemos una llave, la función se estropearía.

El auto siguió por la calle Lombard, atrayendo la atención de los policías de servicio allí. La espera se alargó tres cuartos de hora. Hacía rato que había sonado la medianoche cuando apareció un auto que fue a detenerse frente a la casa. Un hombre con sombrero de copa descendió del vehículo. En ese instante el auto de Ángel se detuvo en el mismo lugar.

Spedding no demostró la menor sorpresa al verlos. Después de dirigir un breve saludo a Kathleen, abrió la puerta entrando en el Depósito seguido de los demás. Encendió la luz del vestíbulo y luego la del gran *hall.*

La muchacha se estremeció ligeramente al fijar la vista en la gran caja de caudales donde se materializaban las tragedias de miles de jugadores que habían perdido su dinero y otros muchos que, además, perdieron la vida. Solitaria, se levantaba en el centro del *hall,* sobre una masa de granito. El viejo Reale había tenido buen ojo para los contrastes y presintió perfectamente el efecto de aquella decoración.

Spedding cerró tras él la puerta y examinó a sus compañeros. En sus labios había una sonrisa de triunfo.

— Temo que hayan llegado demasiado tarde—dijo con su más suave acento.

— Eso creo—asintió Ángel, atrayendo sobre él la suspicaz mirada del notario.

— Le escribí una carta—dijo.—¿No la ha recibido?

— No he estado en casa desde esta tarde —replicó Ángel, notando un suspiro de alivio en Spedding.

— Lo siento—siguió éste.—Pero como consta en el testamento, 1a persona que descubra el secreto de la combinación de la caja debe anunciármelo. —Así es.

— Uno de los herederos, el señor Connor, me ha anunciado dicho hallazgo, y aquí tengo su autorización escrita para abrir la caja.—Y el notario mostró un papel a Ángel que, después de examinarlo, lo devolvió. —Ha sido firmado hoy—fue cuanto dijo. —A las dos de la tarde—aclaró el señor Spedding.—Ahora…

— Antes de que prosiga, debo recordarle que se halla presente una dama y que usted sigue con el sombrero puesto — dijo Ángel.

— Mil perdones—dijo el notario, con sarcástica sonrisa quitándose el sombrero. Ángel miró la copa. Estaba llena de polvo. —Si desea usted hacer de criado para mí, no tengo inconveniente—declaró el notario.

Ángel no contestó nada, limitándose a dejar el sombrero sobre el suelo de mosaico.

— Si antes de abrir la caja alguno de ustedes desea hacer alguna pregunta o poner determinada objeción legal, será un placer para mí tomarlo en consideración—declaró el notario.

— No tengo nada que decir—aseguró Ángel.

— ¿Y usted?— Spedding se dirigió a Jimmy.

— Nada—fue la lacónica respuesta.

— Tal vez la señorita Kent.

La joven le miró fijamente, contestando:

— Estoy de acuerdo con mis compañeros.

— Entonces, no me queda por hacer otra cosa que obrar de acuerdo con las instrucciones del señor Connor.

Spedding dirigióse al pie de la escalera de acero y comenzó a subir por ella. A mitad de camino se detuvo a cobrar aliento. Se hallaba en un pequeño descansillo y frente a él encontrábase el bloque de granito que marcaba el lugar de eterno reposo del viejo Reale.

PULVIS

CINIS

ET

NIHIL

Decía la inscripción.

— Polvo, cenizas y nada—murmuró el notario.—Hermosa sentencia para quienes persiguen las sombras de la vanidad.

Kathleen y sus compañeros le observaban mientras iba subiendo, hasta llegar a la amplia plataforma frente a la puerta de la caja. Entonces le vieron sacar un papel y consultarlo. Lo mira con todo cuidado y después hizo girar los discos uno a uno, hasta que la letra buscada quedaba frente al índice. Cuando hubo completado la palabra trató de abrir las puertas, sin que le obedecieran. Extrañado, Spedding volvió a examinar los discos y de

nuevo tiró de la empuñadura de la puerta, sin lograr mejor resultado. Al cabo de doce fracasos, descendió del pedestal, dirigiéndose al grupo que le observaba. En sus ojos había un brillo febril, mientras jadeaba:

— ¡La palabra! ¡Está equivocada!

Ángel no contestó.

— He hecho la prueba doce veces y ha fallado.

— ¿Quiere que haga la prueba yo?—preguntó Ángel.

— ¡No, no!— chilló el notario. —Probaré otra vez. Alguna de las letras está equivocada. Hay algunas que tienen varios significados.

Volvió a subir a lo alto de la plataforma.

— El pobre está sufriendo—dijo Jimmy.

— Que sufra — replicó, duramente, Ángel. —Mucho más ha de sufrir antes de que purgue todas sus villanías. Haz entrar a los hombres, Jimmy. Ahora encontrará la combinación. En cuanto empiece el baile llévate a la señorita Kent.

La joven observó la máscara de dureza que se extendía de pronto sobre el rostro de Ángel. El hombre suave había desaparecido, dejando paso al implacable representante de la Ley. Aquél era un Ángel nuevo y sin saber por qué, Kathleen sintió miedo y se acercó más a Jimmy, mientras en el vestíbulo sonaban los pasos de numerosos hombres.

Un grito de alegría llegó de lo alto del pedestal. Levantando la cabeza, la joven vio cómo el notario abría de par en par las enormes puertas de la caja de caudales.

Luego se oyó un salvaje alarido, semejante al grito de alguna bestia:

— ¡Está vacía!

Spedding permaneció como atontado durante unos segundos; luego, reaccionando, se precipitó dentro de la caja y salió un momento después con un sobre en la mano. Como ciego bajó la escalera, respirando agitadamente.

— ¡Vacía!—chilló de nuevo.—¡Sólo esto!— Mostró el sobre.

Luego, decidiéndose, lo abrió. Dentro había una nota con estas palabras:

"Recibido en beneficio de la señorita Kathleen Kent el contenido de esta caja.

"Firmado: *James Cavendish Stannard, Baronet Christopher Ángel.*

Como atontado, el notario releyó un par de veces el recibo, luego se volvió hacia los dos hombres.

— ¿Ustedes?—preguntó.

Ángel asintió con un movimiento de cabeza.

— Si—dijo.

— ¿Ha robado usted el contenido de la caja? ¿Usted? ¿Un policía?

— Sí—replicó Ángel, sin apartar la vista del notario. Al mismo tiempo hizo una seña a Jimmy, que condujo a Kathleen fuera de la habitación. Detrás de él, cuando volvió junto a Ángel, avanzaban seis agentes de policía.

— Cree que me ha atrapado, ¿eh?—silbó Spedding.

— No lo creo—replicó Ángel,—estoy seguro.

— Entonces, ya que sabe tanto, sabrá también lo cerca que está de la muerte.

— Eso también lo sé—declaró, con voz serena, Ángel.—Sobre todo, lo supe después de ver su sombrero. El notario no dijo nada, —Quiero decir—añadió, serenamente, Ángel,—desde que vi en la copa de su sombrero el polvo que se llevó de mi mesita, cuando lo dejó sobre ella antes de matar a Connor.

— ¿Ya lo sabe? — inquirió Spedding, sin ninguna emoción. De pronto se echó hacia atrás, llevándose la mano al bolsillo. Pero la pistola de Jimmy hundióse en sus riñones.

Por un momento, el notario vaciló; luego seis hombres cayeron sobre él,

rodando por el suelo. Cuando se levantó tenía las muñecas esposadas. Ante el fracaso de todas sus esperanzas, volvió a ser el hombre suave y tranquilo de siempre.

— Hermoso fina—comentó.—Es usted más listo de lo que yo imaginaba. ¿De qué se me acusa?

— De asesinato—replicó Ángel.

— Le será difícil probarlo—replicó fríamente Spedding.—Y como en estos momentos es costumbre que el acusado haga alguna declaración, diré que hace dos días que no he visto a Connor.

Vigilado de cerca fue conducido hacia la puerta. Al pasar junto a Kathleen, que se hallaba en el vestíbulo, la joven retrocedió, haciendo asomar una sonrisa a los labios del notario. Subió al auto que le había traído hasta allí, seguido de los policías. Mientras andaba iba tarareando una canción.

Antes de sentarse dirigió unas últimas palabras a Jimmy.

— Me creerá indignamente alegre, ¿no? Pero el caso es que me siento muy contento viendo que ante mí se extiende el descanso eterno.

Luego, en el momento en que el coche arrancaba, añadió:

— Claro que maté a Connor… fue inevitable.

Ángel cerró la puerta del edificio y entregó la llave a Kathleen.

— Que Jimmy la acompañe a casa— —dijo. —¿Qué te parece Spedding? — inquirió Jimmy.

— Ha obrado tal como yo esperaba. Representa el peor tipo de criminal del mundo. A hombres así no se les puede condenar ni comprender. Son un tipo especial. Pero hay algo en Spedding muy agradable.

Mientras Kathleen y su acompañante se alejaban, Ángel regresó a la comisaría de la *city.* El comisario le saludó al verle entrar.

— Le hemos metido en una celda especial —dijo.

— ¿Le han registrado bien? —Sí, señor Ángel. Hemos encontrado un

revólver con cinco balas cargadas y una cápsula vacía.

Ángel tomó el revólver. Aquella cápsula vacía y el arma eran suficientes para condenar a muerte a aquel hombre.

— Hace un momento pidió papel y lápiz, siguió el comisario.—Pero no creo que espere salir con fianza.

— No—replicó Ángel.—Seguramente, quiere escribirme algo.

Se abrió una puerta y apareció un carcelero.

— En el número cuatro ha ocurrido algo —dijo.

Ángel siguió al comisario hacia los calabozos, deteniéndose ante el número cuatro, el oficial observó por la mirilla, ordenando en seguida: —¡Abran la puerta!

Con fuerte chirrido la puerta se abrió. Spedding yacía de espaldas en el camastro. Una leve sonrisa entreabría sus labios. Ángel apoyó una mano sobre el corazón, sin captar el menor latido.

— ¡Que venga en seguida un doctor!— ordenó el comisario.

— Es inútil—advirtió Ángel.—El hombre está muerto.

En la cama se veía un trozo de papel. Era una carta dirigida a Ángel Esquire. El detective la leyó.

"Excelente Ángel:

"Ha llegado el momento en que se me presenta el problema de la inmortalidad. Debo afirmar que no siento el menor odio hacia usted, ni hacia su compañero, ni contra la linda señorita Kent. Hubiera tenido mucho gusto en matarles a los tres, pero afortunadamente mis deseos no se cumplieron, ya que las oportunidades no coincidieron con ellos. Por mucho tiempo he previsto la llegada de este instante, y en cada uno de mis trajes llevo un botón semejante en todo a los otros, pero que en realidad es una píldora de cianuro, a la cual se ha dado, forma de botón. Adiós."

Ángel echó una mirada al cadáver. El botón superior del chaleco había desaparecido.

XV. LA SOLUCIÓN

Quince días después de la terminación de todos los trámites referentes a la muerte de Spedding, Connor y a la solución del asunto Reale, Jimmy dirigióse hacia Streatham para cumplir su promesa de explicar a Kathleen la solución del criptograma.

Había decidido que aquella fuese su última visita a la joven. Al negarse a compartir con ella la fortuna del viejo Reale, sólo le quedaba un camino que seguir.

Kathleen le aguardaba sentada junto al fuego, volviendo distraídamente las páginas de un libro. Jimmy permaneció un momento en un embarazoso silencio. Era la primera vez que estaba solo con ella, excepto la noche en que la acompañó a su casa, después de la detención de Spedding y no sabía cómo empezar a hablar.

Comenzó, pues, con referencias al tiempo, y para no ser menos, Kathleen le ofreció una taza de té.

— Ahora, señorita Kent voy a explicarle la solución del criptograma del viejo Reale.

De un bolsillo sacó una hoja de papel cubierta de jeroglíficos.

— Como es natural, Reale comenzó a pensar en el jeroglífico en Egipto. Había vivido lo bastante allí para familiarizarse con la escritura en base a imágenes, y fuimos unos idiotas no dando con la solución desde el principio. Claro que si, en lugar de un verso, nos hubiese dejado una serie de dibujos de animales y pájaros, habríamos resuelto el problema en unos minutos.

— ¿Y qué ha sido del viejo profesor?— preguntó Kathleen.

— Ángel lo ha metido en una institución destinada a los que no llegan a locos furiosos. Allí estará bien. Es uno de esos tipos llenos de creencia, que se pasan él día en el Almirantazgo ofreciendo planos de navíos

insumergibles. "Un genio inferior", como dice Ángel. Ese hombre, reuniendo sus recuerdos, publicó un libro en el cual se reproducían todas las formas del alfabeto. Desde los primeros tiempos hasta nuestros días. En él se presentaba la transformación de las figuras jeroglíficas en signos más simplificados, hasta llegar a las letras que conocemos.

"No sé cómo Reale le encontró. Acaso leyera su libro y buscó al autor para que le ayudase, aunque en realidad no hubiera sido necesario. ¿Recuerda lo que dijo usted de las biblias? Pues en cualquier Biblia de maestro hubiéramos hallado la solución.

"Vea esta indicación. Tomemos una mano muy toscamente dibujada. La misma que encontramos entre los papeles de Reale —En la escritura jeroglífica egipcia la mano representaba el valor de nuestra "D". A continuación tenemos el signo que en fenicio ocupa el mismo lugar. Aunque distinto al egipcio, su forma es casi la misma. El *delta* griego se ha convertido en un triángulo que va sufriendo leves variaciones hasta llegar a ser la "D" moderna.

"Esto no es más que un ejemplo. El viejo Reale, entusiasmado por las posibilidades que le ofrecían los jeroglíficos fue reuniendo figuras de animales y de objetos hasta formar la palabra RULETA. Muy propia de él, ¿no? Casi no hacía falta ni el verso para adivinar qué palabra asociaría Reale a unos discos giratorios que guardaban una fortuna ganada, precisamente, a la ruleta.

En el verso, la primera palabra que aparece con mayúsculas es LEÓN. En el alfabeto monumental egipcio, el león equivale a nuestra "R" y también a la "L". La segunda es SIERPE, o serpiente, si se prefiere, y equivale a la "U", "V", "W" y "P". Como forzosamente tenía que haberse utilizado en el puesto de una vocal, podemos asegurar que valía por "U". Y otra vez aparece mencionado el LEÓN, con su valor de "L" o "R". Después tenemos la palabra CASA. Y esto que parece un problema indescifrable, pues en el alfabeto egipcio no aparece ninguna casa, está resuelto al leer en el libro del profesor, que la "E" egipcia está representada por cinco líneas que forman cuatro ángulos rectos y que quiere figurar el plano de una casa. En realidad, Reale debió emplear la palabra "Plano", pero quiso enredar un poco las cosas. La MANO puede ser "D" y "T", y en cuanto a las HOJAS, como ya se dice que son de caña, sabemos que en el alfabeto egipcio ese signo, junto con el "águila", ocupa el puesto de la "A".

"Spedding tuvo más dificultad que yo en formar la palabra, pues aunque en el primer intento la palabra "RULETA" no me salió, en seguida comprendí que "LULEDA" o "RULEDA" o "LURETA" sólo podían ser "RULETA".

"La noche en que usted fue raptada descubrimos la palabra y fuimos a abrir la caja, vaciándola a fin de evitar sorpresas. Claro que corrimos un gran riesgo al obrar sin autorización de usted.

— Hicieron bien—asintió la joven, deseando decir más, pero sin hallar palabras apropiadas.

— Y esto es todo—terminó Jimmy, consultando su reloj.

— Tome un poco de té antes de marcharse.

En aquel momento sonó en la calle un aullido muy peculiar.

— Es el nuevo descubrimiento de Ángel— explicó Jimmy, no sabiendo si bendecir o maldecir a su amigo por interrumpirle aquel *tete á tete.*

— ¡Oh!—musitó la joven.

— Ángel siempre está haciendo experimentos con sirenas de automóvil. No sé quién le ha vendido una que dice tiene una voz casi humana.

Sonó el timbre de la puerta y Ángel entró en el saloncito.

— He venido sólo para estar unos minutos—dijo alegremente.—Quería ver a Jimmy antes de que se embarque, y como tengo que salir de la ciudad…

— ¿Antes de que se embarque?—repitió Kathleen.—¿Es que se marcha usted?

— Ya lo creo—siguió Ángel.—Se va muy lejos. Creí que ya se lo había dicho.

— Pues…—empezó Jimmy.

— Se va al Congo a cazar elefantes—explicó Ángel.—Por cierto, que aun no sé qué daño han podido causarle los elefantes.

— ¿Cómo ha tomado tan de repente esta decisión?

Kathleen estaba arreglando las tacitas del té, vuelta de espaldas a Jimmy, para que éste no advirtiera el temblor de sus manos.

— Está usted derramando la leche, señorita—advirtió el entrometido Ángel. — ¿Quiere que le ayude?

— No, gracias.

— Este té es delicioso—declaró el detective, sin amilanarse por la seca respuesta de Kathleen. Había ido allí con un fin, y no pensaba marcharse dejando las cosas a medio resolver.—En el río Sangar no podrás tomar té, Jimmy.—dijo.—Lo sé porque he estado allí y no volvería aunque me hicieran gobernador de la provincia…

— ¿Por qué?—preguntó Kathleen esforzándose en vano por aparentar indiferencia.

— No haga caso de Ángel, señorita—pidió Jimmy. Y añadió malévolamente:—Es que Ángel es un gran cazador y quiere asombrarla con el relato de sus hazañas.

— Así es, señorita—replicó Ángel.—Pero de todas formas repito lo dicho respecto al Congo. Es un país horrible, lleno de fiebres. He conocido gente que a las cuatro de la tarde se han quejado de dolor de cabeza y a las diez estaban muertos. Y Jimmy también lo sabe.

— Está usted muy tétrico hoy, señor Ángel—declaró la muchacha.

Se sentía muy débil y trataba de convencerse de que era debido a no haberse aún repuesto de las emociones pasadas.

— Una vez hice una travesía por el río Sangar—continuó Ángel, con la mirada fija en el techo.—También buscábamos elefantes, cosa terrible y peligrosísima. Sé de un elefante que atacó a un cazador y…

— ¡Ángel!—exclamó Jimmy.—¿Quieres tener la bondad de dejar para otro momento tus recuerdos?

Ángel se puso en pie, dejando tristemente sobre la mesa su tacita de té.

— Está bien—murmuró con su más lúgubre acento.—Al fin y al cabo la vida es una carga y tanto da morir en el Congo como en la ciudad. Claro

que aquello es un lugar muy solitario y desagradable. Bueno, adiós, Jimmy.

Y le tendió la mano como si se hallara en un funeral.

— No seas así—replicó el otro.—Ya te escribiré dándote noticias mías. Puedes contestarme vía Sierra Leona.

— ¡Sierra Leona!—exclamó Ángel. — ¡La tumba de los hombres blancos!

— Cuando vuelva te explicaré cómo me ha ido.

— Si vuelves—advirtió Ángel.

Después se despidió como si estuviera seguro de no volver a verse con Jimmy en este mundo, enjugó una furtiva lágrima y un instante después llegaba hasta la habitación el horrendo aullido de la sirena.

— ¡Maldito Ángel! — exclamó Jimmy, al quedarse solo.—Con sus fúnebres ideas…

— ¿Por qué no me dijo que se marchaba? —preguntó Kathleen.

— Había venido a decírselo.

— ¿Y por qué se marcha?

Jimmy carraspeó.

— Porque necesito cambiar de ambiente.

Hablaba casi con brusquedad.

— ¿Está cansado de sus… amigos?—preguntó la joven, sin levantar la cabeza.

— Tengo tan pocos amigos…—La voz de Jimmy estaba preñada de amargura.—Todos conocen mi vida y no quieren ser mis amigos.

— ¿Y qué es lo que saben?

— Pues todo lo que he hecho desde el día en que me expulsaron de Oxford hasta el momento en que heredé el título y la fortuna de mi tío… Saben que he rodado por el mundo en dudosas compañías. Saben que fui

uno de los que robaron al Banco de Rahbat Pasha; que tenía una gran parte en los negocios de Reale, parte que me robó, pero… Bueno, dejemos el pasado. Toda mi vida ha sido una lucha contra la ley.

— ¿En beneficio de quién? — preguntó Kathleen.

— ¿Quién sabe?—replicó vagamente Jimmy.—Nunca he sentido la necesidad del dinero. Mi tío me daba cuando me hacía falta. Nunca hubiera vuelto a ver a Reale de no ser por un afán de justicia. Si cree que he robado para ganar dinero, se equivoca. He robado por deporte, por la emoción de una lucha constante de astucia contra hombres astutos como yo. Han sido los hombres como Ángel los que me convirtieron en ladrón.

— ¿Y ahora?

— Ahora…—Jimmy se irguió.—He roto con la vida pasada. Estoy harto de ella.

— ¿Y esa excursión africana es una penitencia?—preguntó Kathleen.—¿O es que se marcha porque desea olvidar?

La voz de la joven era casi un susurro. Su mirada seguía fija en las llamas.

— ¿Qué?—preguntó Jimmy.

— ¿Para olvidarme? — susurró la muchacha.

— Sí, sí… eso es lo que quiero olvidar.

— ¿Por qué?. Kathleen seguía sin mirarle.

— Pues…, porque la quiero demasiado para arrastrarla hasta mi nivel. La quiero más de lo que creí podía quererse a una mujer. Y me siento feliz al sacrificar mi corazón, porque pienso que es un bien para usted que me aleje.

Mientras hablaba había tomado entre las suyas las manos de la joven.

— ¿Y no cree… no cree que debería consultarme?—musitó Kathleen.

— ¡Pero! ¿Usted…? ¿Tú…?

Kathleen le miró con una sonrisa de felicidad.

— Te quiero, Jimmy—dijo.—Te quiero.

Jimmy la rodeó con sus brazos y sus labios se unieron a los de ella. No oyeron sonar el timbre pero escucharon la llamada a la puerta. Cuando Ángel entró, Kathleen estaba recogiendo las tazas y el servicio de té.

El detective miró a Jimmy, quien jugueteaba con su reloj. Luego miró a la joven.

— Lamento infinito volver a molestar— dijo. — Pero acabo de recibir un aviso de que no es necesario que salga de Londres y por lo tanto, he vuelto para tomar una copa más contigo, Jimmy, antes de que marches hacia la tumba.

— No me marcho—replicó Jimmy, recobrando la calma.

— ¿No te marchas?—preguntó, con fingido asombro, Ángel.

— No—contestó Kathleen, hablando por encima del hombro.—Le he convencido de que se quede.

— Ya entiendo—sonrió Ángel, guiñando un ojo a su amigo.

Edgar Wallace

Richard Horatio Edgar Wallace (Greenwich, Inglaterra, Reino Unido, 1 de abril de 1875 – Beverly Hills, Estados Unidos, 10 de febrero de 1932) fue un novelista, dramaturgo y periodista británico, padre del moderno estilo thriller y aclamado mundialmente como maestro de la narración de misterio. Además es el autor del guion original de la película King-Kong.

Edgar Wallace creó el "thriller" con su novela Los Cuatro Hombres Justos (1905), y consolidó este género narrativo con su obra posterior. Las investigaciones detectivescas realizadas en sus novelas requieren siempre

un profesionalismo, y suelen desplegarse con el concurso de la maquinaria policial, lo que las diferencia de la corriente de la "novela problema" o "novela enigma", donde se supone que el lector dispone de todos los indicios necesarios para resolver por sí mismo el misterio, rivalizando así con el protagonista de la narración, generalmente un detective aficionado. No obstante, Wallace sí brinda frecuentemente al lector la posibilidad de ejercer sus propias dotes de detección. Recordemos como ejemplo los problemas de habitación cerrada planteados en The Four Just Men (1905) Los Cuatro Hombres Justos, The Clue of the Twisted Candle (1917) (traducida como El misterio de la vela doblada) o The Clue of The New Pin (1923) (La pista del alfiler). No obstante, incluso en estas novelas prepondera la acción sobre el análisis. Esto se debe a que, como cultivador del thriller (narración inquietante), Wallace da preferencia a la tensión dramática y a la unidad narrativa sobre la lenta exposición de indicios característica de la "novela enigma".